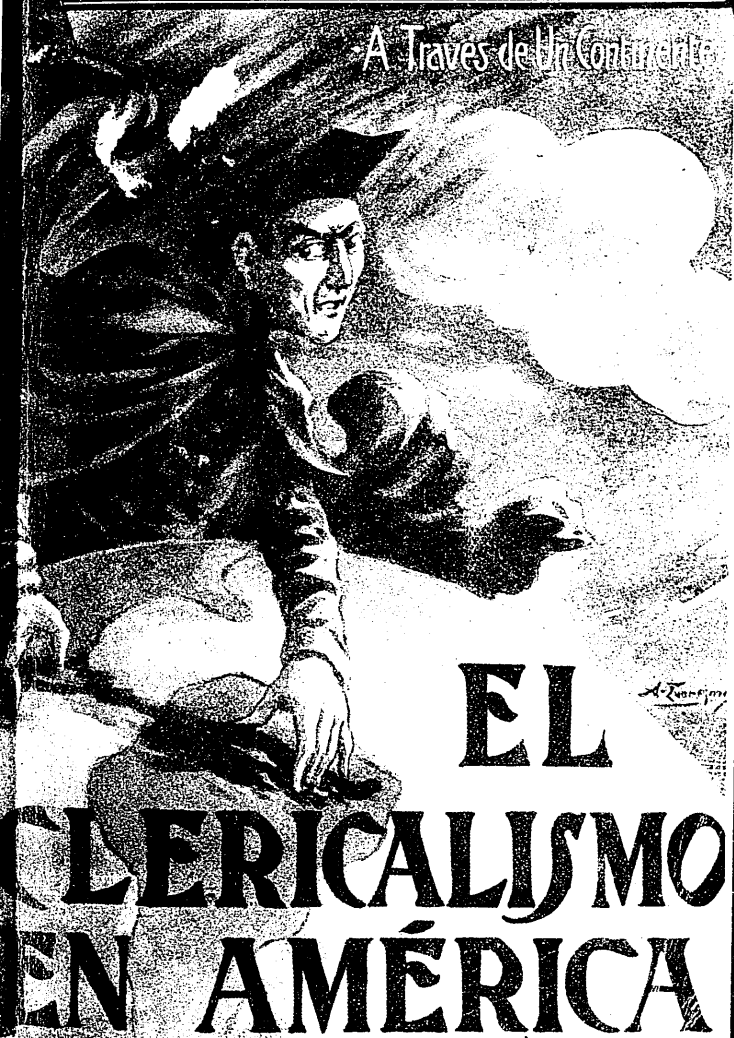
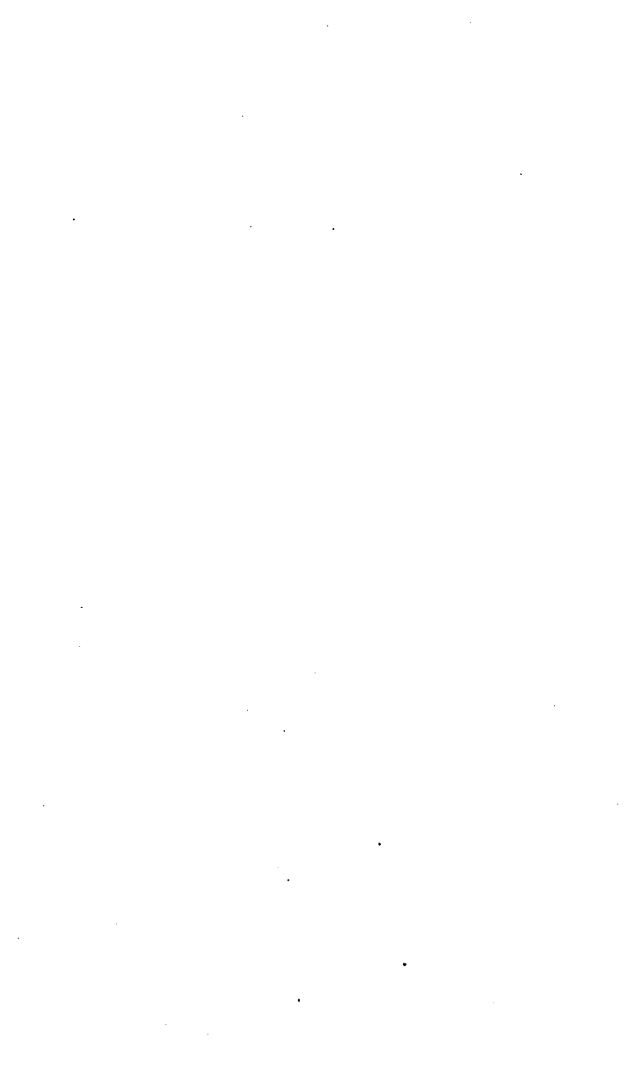


BELÉN DE SÁRRAGA

A Través de Un Continente





(A TRAVÉS DE UN CONTINENTE)

EL CLERICALISMO EN AMÉRICA

EN PREPARACIÓN

DE LA VIDA ARTICULOS DOCTRINARIOS

ESCENAS VIVIENTES CUENTOS FILOSÓFICOS

CHILE SEGUNDO LIBRO DE LA SERIE
«*A través de un Continente*»





Belén de Sárraga

(A TRAVÉS DE UN
CONTINENTE)

El Clericalis-

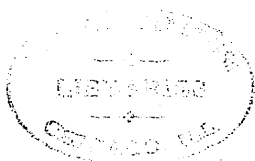
mo en Amé-

rica



BX1426
S3

Es propiedad



*Dist
Cui*

☼ **LA EDITORIAL LUX** ☼

APARTADO DE CORREOS N.º 91

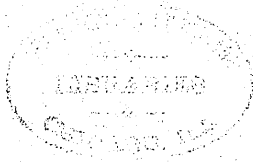
✚ **LISBOA (Portugal)** ✚



BX1426

53

Es propiedad



Handwritten signature or initials.

❀ LA EDITORIAL LUX ❀

APARTADO DE CORREOS N.º 91

❀ LISBOA (Portugal) ❀



BELÉN DE SARRAGA

BELÉN DE SARRAGA



1304548



AL SR.

José Batlle y Ordóñez

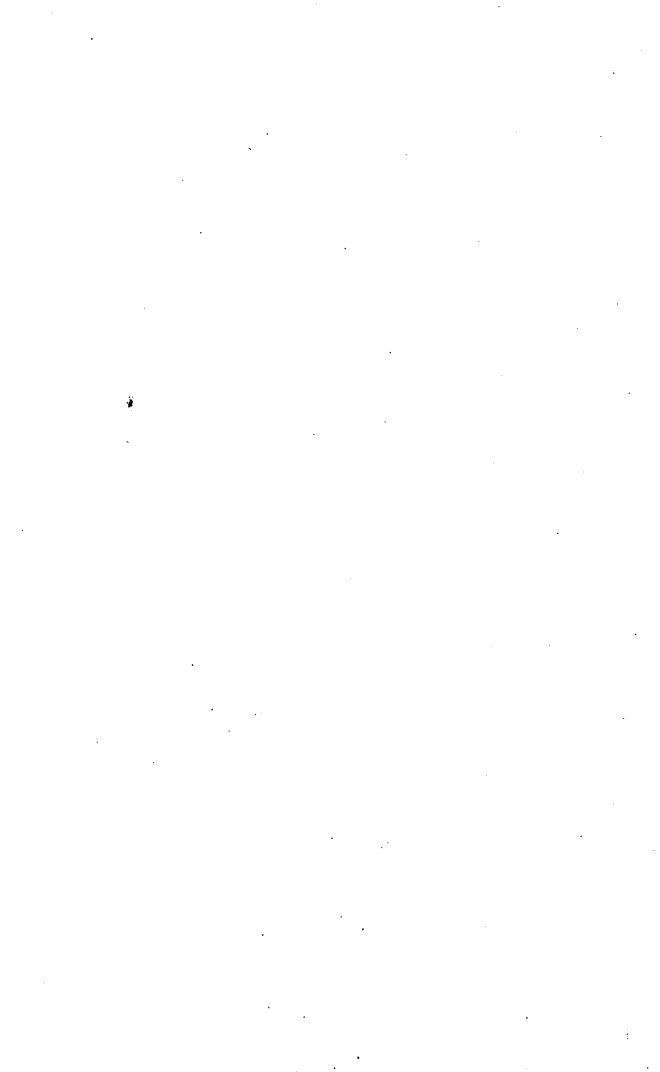
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Homenaje de

La AUTORA



152460



AL LECTOR

Proponíame, cumpliendo promesas hechas durante el viaje que realicé por América, publicar mis impresiones sobre ella describiendo su vida, tan intensa y tan varia, la psicología de sus diversos países, su grado de cultura y sus progresos intelectuales y económicos. Pero ¿como encerrar esta labor de especialización, siquiera fuese ella trazada á grandes rasgos, en tres ó cuatro centenares de páginas?

He preferido, pues, dividir mi trabajo, dedicando este libro á tratar un problema de solución urgente y común á todas las repúblicas, sirviendo él de prolegómeno á otros varios, en los cuales, debo ocuparme de las diversas fases que en estas tierras ofrece la vida nacional. ⁽¹⁾

Habrà de permitirme esto más extensos relatos sobre las particularidades de cada uno de los esta-

(1) El primero de estos libros—*Chile*—se publicará en Enero del próximo año 1915.

dos á que deseo referirme; facilitando, así, mi sincero propósito de cooperar, en la medida de mis fuerzas, á que los pueblos de este Continente, no tan relacionados, entre sí, como á sus intereses conviene, se conozcan y se aproximen moralmente, preparandose, de este modo, para la obra magna que, por determinaciones del tiempo, cumple á América realizar.

*

* *

Lo expuesto ya indica que este libro no ha sido escrito para entretener horas de ocio ni para estimular fantasías pueriles. La solicitud por una causa que ocupa enteramente mi vida lo ha dictado, y, en sus páginas, van unidos mi amor hacia la humanidad, empeñada en la conquista de la dicha, y mi entusiasmo por esta América á la que considero como tierra de promisión para los destinos del mundo.

Rompo, al declarar esto, con uno de los viejos convencionalismos que ordena al hombre circunscribir su afecto al perímetro de su patria, y aun, á veces, de su pueblo natal. Pero al hacerlo, al señalar, yo europea, la mayor potencialidad de América en relación á las demás partes del mundo, para atender á las necesidades del futuro, me siento orgullosa por vencer, en mi misma, un vicio atávico que ha retrasado el desenvolvimiento humano, anteponiendo, al sentimiento de la justicia, un falso concepto del sentimiento patrio.

Tan atados hemos vivido á los exclusivismos que, cada individuo, como cada grupo social, considerándose superiores á sus semejantes, han tenido, en sus juicios para con ellos, más encono que tolerancia, más desdén que respeto.

El egoismo del «yo» se ha opuesto tenazmente á la confraternidad y por ese egoismo nefando, hombres frente á hombres, pueblos frente á pueblos y razas frente á razas, han perpetuado, hasta nuestros días, la barbarie primitiva, aunque ella se disimule hoy, con discreteos diplomáticos y corteses mentiras.

La perfección moral de nuestra especie nos llama, sin embargo, á otro orden de ideas más justas, más nobles, más en armonía con la vida libre de artificios. Por ellas el sentimiento de la patria no se pierde, sino que se ensancha; y si siempre seguimos amando al rinconcito de tierra que guarda nuestros recuerdos infantiles, como se ama siempre el hogar en que se goza y se sufre, ello no obsta para que nuestro sentimiento, ensanchando el radio de sus afecciones, vea en la tierra la patria natural del hombre y considere una la humanidad, como es una la justicia, como es uno el deber, dentro de las eternas prescripciones de la conciencia.

Nacer, crecer, desarrollarse en toda su plenitud para decrecer luego, hasta extinguirse, aparentemente, disgregándose en átomos que dan vida á otras vidas: esa es la ley para los individuos, las nacionalidades y las familias humanas. Las cualidades que á unas y otros distinguen entre sí, son puramente circunstanciales. El niño es el hombre futuro; el viejo revive en la cuna del nietezuelo. Del mismo modo, las razas fuertes de hoy, fueron débiles ayer y serán decrepitas mañana. Tal es el mecanismo de la existencia en el cual, el hombre y las generaciones, figuran como piezas dentadas del eterno engranaje.

¿Qué significa, en la historia del mundo, el Continente asiático, contra el cual la raza blanca hoy se previene en actitud hostil? Es la cuna de nuestros

progenitores; es la fuente de nuestras civilizaciones actuales.

¿Y qué suponen esas razas consideradas por nuestra cultura grecorromana, como inferiores é irredentas?. Son nuestras hermanas menores; son lo que fuimos y serán lo que somos.

Porque las leyes naturales, libres de ese egoismo que inspira á las dictadas por el hombre, ni admiten prescripciones ni reconocen privilegios, sino ese determinismo por el cual la humanidad, siempre en marcha, renueva constantemente sus elementos de vida.

*

* *

Subordinada á esas leyes, Europa llenó, cumplidamente, los deberes que la impuso el destino. Madre augusta de titanes, ocupó un sólio en la época guerrera y dió á esta lo que ella le pedia: soldados y conquistadores. Cuando ya su misión es cumplida, tiende su brazo á las tierras ignoradas del Atlante y les lega, con Colón, su cetro.

Y América surge, en los albores de una nueva era mundial, obligada á producir para la humanidad lo que esta necesita y reclama: moldes nuevos para nuevas y más dichosas sociedades.



CAPÍTULO PRIMERO

América Promisoria

SUMARIO:—I AMÉRICA—II CENTRO
DE ACCIÓN — III EL CRISOL 



AMÉRICA

AMÉRICA es un país desconocido, más que desconocido, erróneamente imaginado por la casi totalidad de Europa.

Las hampas del viejo continente, que entretienen sus hambres crónicas en los garitos y tabernas, entre horas de disputa, que degeneran en violentas riñas y horas de ilusiones en que se prometen bienandanzas, hablan, entre copiosas libaciones, de esa América-jauja donde el hombre, rindiendo gustosísimo culto á la tentadora vagancia, recibe, en recompensa, las monedas de plata y de oro que, para recreo de la vida, hace llover, copiosamente, una Providencia benigna.

Los agiotistas, esos que representan la huronería bursátil, al referirse á América, citan al indio rico á quien, por usar plumas, debe ser cosa fácil desplumar.

Las juventudes de la clase media, de esa tan desdichada clase media de Europa, empeñada, desde su nacimiento, en disfrazar penurias con alardes

aristocráticos, cuenta, entre los idealismos de su mocedad, la esperanza de encontrar, como llovido del cielo, el pasaje para llegar á América, donde puede, sin los preliminares de enojosos estudios ó molestas obligaciones, obtener pesos, muchos pesos conque volver á su pais natal, haciendose envidiar del vulgo y abriendo, con llave de oro, las puertas de blasonados salones.

Los gobiernos — que ya no sueñan, como en pasadas épocas las potencias del mundo, con hacer del tesoro americano un botin para los servidores de las casas reinantes — ven todavia, en las inmensas extensiones americanas, una especie de correccional gratuito á donde la emigración conduce, sin mayores cuidados para el pais remitente, á los desesperados por el hambre y á los hartos de absolutismos, cortando, por tan facil manera, el peligro de la revuelta y alargando asimismo, con regocijo de las «gentes de posición» la soberania de las cosas viejas en el más viejo Continente.

La intelectualidad europea, que cree firmemente poseer la hegemonia de la cultura porque de Grecia la heredó, juzga, con gesto de compasiva tolerancia, lo que el arte y la literatura, jóvenes todavia, como de jóvenes pueblos nacidas, producen en América. Y si es cierto que, de muy pocos años á esta parte, un intercambio intelectual se ha iniciado entre ambos continentes, cierto es tambien que los que van de Europa hacia las tierras nuevas y en ellas reciben atenciones y homenajes y aun rendimientos pecuniarios conque, en la mayoria de los casos, jamás soñaron en sus tierras de origen, vuelven á ellas, salvo muy raras excepciones, con el gesto del dómine que examinó al discípulo y vierten ese gesto de suprema sabiduria en las páginas de un libro que, entre las descripciones, más ó menos líricas, de un

bosque virgen, de un centro docente y una extensa avenida, lleva la mordedura de la sátira despiadada, agresión postrera de los descendientes de galos, romanos y godos á los herederos del guaraní, del inca y del azteca.

Y jóvenes y viejos, avariciosos y necesitados, gobernados y gobernantes, hombres de trabajo y de letras, no ven más, no quieren ver más, no pueden, acaso, ver más en esas tierras que se ofrecen, para la mayoría, tan lejos de su horizonte sensible, con todos los espejismos de lo desconocido, que una prolongación á la esperanza de las ambiciones personales ó un mercado de rendimientos seguros para la explotación de hombres, de cosas y de ideas.

Y bien; América no es nada de lo que el europeo imagina y lo es todo. Ni jauja, ni indiada, ni mercado, ni penitenciaría. Es un enorme, prodigioso conglomerado de actividades que se funden, al calor del trabajo, en el inmenso crisol de una tierra fecunda; es un centro de actividad humana donde las razas rompen la tradición atávica; es el taller inmenso hacia el cual, hombres de diversos pueblos, llevan ideas antagónicas que, al chocar, por efecto de inmutables leyes, producen la chispa de la idea nueva, de la costumbre nueva, de la ley innovadora.

Tierra aun moza y caracter en el periodo de la gestación, el peso de las tradiciones, que hace lenta la marcha de los pueblos en Europa, no la abruma. La herencia de griegos y romanos, llega hasta ella quebrada por la edad milenaria, como se se quiebra la luz solar entre las nubes y, cual en estas, los brillantes colores, produce en el caracter americano, una admirable irradiación de cosas bellas.

Y por eso, porque en estas fecundas tierras el criterio cambia de rumbos; porque aqui, el engran-

decimientto de la patria ya no depende de las glorias de los muertos sino de la actividad de los vivos; porque, á pesar del americano mismo, la conquista de todo progreso no se funda en la tradición de un pueblo sino en el esfuerzo de una colectividad; porque aquí, la supremacía, no se conquista con los pergaminos sino con la fortuna, lo que, dando beligerancia al plebeyo, es ya un paso trascendental hacia más justos equilibrios sociales; porque aquí, la fusión de las razas y de las ideas, puestas al servicio de una ambición que estimula el trabajo, crea el prodigioso desenvolvimiento de la riqueza pública y hace más asequible al bienestar individual; porque éste, librando al hombre de su antigua condición de bestia, le permite horas de ocio, que bien pueden aprovecharse en beneficio de la cultura; porque aquí, siendo más productivo el trabajo, anima al individuo á la lucha en vez de desfallecerle, como en otros países, donde el fisco y el interés capitalista exprimen la producción hasta agotarla; porque aquí pesa menos el partidatismo de frontera que el cuidado de la tierra fecunda, y no importa de donde venga el hombre, siempre que aporte su concurso á la obra de mejoramiento colectivo; porque aquí, las vanidades históricas de raza y de progenie, se esfuman ante la camaradería que se estrecha en el campo, en el taller, en la fábrica, como nuncio de un venturoso día de confraternidad humana; porque aquí, si no está concluido nada, puede hacerse todo — á diferencia de Europa que, habiendolo hecho todo, no tiene alientos para emprender nada — es que América, no siendo lo que los europeos creen, es todo y mucho más de lo que ellos presumen; porque es una esperanza en marcha y una realidad en perspectiva; porque es el camino hacia el provenir.

CENTRO DE ACCIÓN

SI, América abre una nueva era porque no es ya hoy, y lo será mucho menos mañana, la patria de una raza sino el centro de todas las razas; porque no es un puñado de tierra geográficamente denominada continente, sino el punto hacia donde convergen, los múltiples radios de la actividad mundial.

Recorriendo, trecho á trecho, la tierra americana, no se encuentra sino lo mismo en todas partes: una nacionalidad geográfica y un cosmopolitismo real.

Las colonias de los diversos países no son, como en Europa, grupos más ó menos numerosos que nada pesan y nada significan en la vida pública, sino factores importantes en el desenvolvimiento nacional.

En los círculos oficiales de las naciones europeas, aparte de las misiones diplomáticas, nada se sabe ni se quiere saber del extranjero. Solo cuando se trata de alguna poderosa compañía que concierta, con el gobierno, cualquier servicio público, obte-

niendo generalmente un contrato leonino que, si bien perjudica al país, hace, en cambio, ganar crecidas sumas á diputados y ministros, es que la firma extranjera adquiere nombre y los firmantes personalidad.

Pero en América es distinto: el europeo que a ella llega, con ansia de mejorar su suerte, no tarda en americanizarse, como los naturales del país no tardan en americanizarlo. Y en vano viejas tradiciones, que arrancan de las luchas por la independencia, mantienen, en el vocabulario popular, motes para los no nacidos en el Continente; porque el nombre de «gringo» que en otro tiempo se aplicaba despectivamente al europeo en las Repúblicas del Plata, y el de «gallego» con que se designaba al español en Chile, como el de «godo» en el Perú y el de «gachupin» en México, se han tornado, á la postre, en epíteto cariñoso que expresa, en el presente, no el eco de apagados odios, sino la cariñosa familiaridad.

El hecho de americanizarse, significa algo más que el adaptarse á los usos y costumbres americanos: es tomar parte, no solo en el desenvolvimiento económico de sus países, sino en su vida intelectual. Médicos, abogados y artistas adquieren renombre y con él fortuna, bien ejerciendo libremente sus profesiones ó desempeñando empleos en dependencias públicas, sin que nadie se ocupe en discutir sus méritos por virtud de su filiación extranjera. Profesores y profesoras, no nacidos en el país, regentan escuelas y desempeñan cátedras y aun en los actos oficiales, el extranjero, tiene acceso, y conquista, por su propia valía, respetuosas consideraciones.

Es por eso que las colonias suponen verdaderas influencias sociales. Aparte de las que ha mantenido la española, por razones históricas en la gran mayoría

de las repúblicas, la italiana es una fuerza en la Argentina y Brasil; pero, con ambas, las demás, sajonas, eslavas y latinas y aun las ramas de la raza amarilla — no obstante los obstáculos que sistemáticamente le opusieron — aportan algo á la formación de las costumbres y el caracter común. Ello traza un armónico plan de acercamiento entre las familias humanas, enemigas hasta ayer y hostiles, entre si, en Europa; armonía que puede ser prenda segura de futuras y necesarias concordias.

Pero esto, que es sencillamente un expresivo signo de coordinación universal sobre un plano común de actividades, se ha prestado á curiosas interpretaciones por parte de los que llegan á América para observarla, como a través de un calidoscopio y sin pasar de las ciudades del Plata, lo que equivale á darse por enterado de un libro, leyendo sus primeras páginas, ó juzgarse conocedor de un museo desde el umbral de su primera sala. De los diversos visitantes, el italiano la encontró italianizada, afrancesada el francés, y todavia con el fervor patriótico de la colonia, el español. Y cada uno pretendió ver, ya en los vocablos que americanizan el castellano primitivo, ya en los honrosos cargos que muchos de sus compatriotas ocupan, en la atención con que se les recibe y hasta en lo mucho que se les comprende, cuando se expresan en su idioma patrio, la marcada influencia, de este ó aquel país, en la cultura continental.

Hablando de esto y refiriendose á un libro publicado por Clemenceau, á su regreso á Europa, en el cual manifiesta que «ha encontrado la Francia» en sus auditorios, en los clubs, en las redacciones de diarios y hasta en las recepciones familiares, un uruguayo me decia: «De no pasar Mr. Clemenceau á vuelo de conferencista por nuestros paises, se hu-

biera enterado. de que, si saboreamos la literatura francesa, tambien nos empachamos con la filosofía alemana, y si poseemos modismos que degeneran la pureza del habla española, tanto provienen del francés como del italiano y aun de nuestro guaraní primitivo. Y es que nosotros somos así, siempre y en todo pródigos; como abrimos nuestras puertas al cosmopolitismo, hacemos polígloto nuestro lenguaje».

Tenia el oriental razón. No es por puro deporte intelectual ni tampoco por especiales preferencias, que el natural americano asimila á su idioma y costumbres los de otros países, sino porque, unos y otras, acaban por serles familiares en el continuo trato comercial, literario, social y hasta doméstico. Y esto que el escritor francés, italiano ó español explican como una preminencia para sus respectivas naciones, tiene muy superior importancia á la que le conceden las deducciones de su patriotismo, porque encierra una bella promesa en el vasto horizonte de las ideas.

Nada acerca ó separa tanto al hombre de sus conterráneos, como la igualdad ó diferencia de lenguaje; y cuando pueblos, distanciados por el idioma, hallan el medio de una mutua asimilación, en un centro común de actividades, ¿no puede ser éste, plantel de sentimientos solidarios que permitan más tarde un estado de confraternidad en el mundo?

III

EL CRAN CRISOL

VISITANDO el Brasil, una de las más bellas tierras de América, y observando, no ya sus grandes capitales sino sus poblaciones pequeñas — porque en ellas es donde más palpita el corazón popular — hube de detenerme un día en un bello pedacito de tierra denominada Villa Americana. El nombre ya es un símbolo porque, en efecto, la ciudad diminuta parece un croquis caprichosamente trazado por la naturaleza, para darnos idea de lo que será América en el correr del tiempo.

La República Brasileira, por la extensión enorme de su territorio, gran parte de él aun ocupado por razas indígenas; por la asombrosa feracidad de su suelo que ha llamado á los hombres más hacia el cultivo que hacia el taller, no ha podido fundar, igualándose en esto á los demás pueblos latino-americanos, sino escasas industrias.

Cuando, despues de recorrer kilómetros y más kilómetros de via férrea, por entre cafetales, se llega á Villa Americana, los ojos del visitante europeo

tienen como un deslumbramiento: es la visión del viejo continente, con sus ciudades fabriles, coronadas de chimeneas, que extienden al aire sus cabelleras de humo; es la vida industrial que, en el pequeño pueblo, acompaña á la labor agrícola; es la potente voluntad humana que, en la graciosa villa, no ha querido contentarse con esperar, un día dado, la recolecta del fruto, por la tierra ofrecido, prefiriendo unir la obra del hombre á la de la naturaleza, para dar complemento á su labor productora.

¿Y á qué obedece esa enorme actividad humana tan limitada en otros sitios?. ¿Por qué extraño misterio el caracter latino, ya de suyo contemplativo, evoluciona allí en tal forma tomando caracteres de actividad?.

Solo unas cuantas horas bastaron para darme la solución de aquel problema. Por el hotel en donde me hospedaba desfilaron, con un gesto de amabilidad hospitalaria, que es la característica del brasileiro, autoridades, corporaciones y familias, mezcladas, confundidas, hermanadas cariñosamente. Colegas en el municipio, camaradas en las sociedades recreativas, mutualistas ó políticas, miembros de un mismo hogar vi, conjuntamente con los brasileiros, alemanes, ingleses, italianos, españoles y rusos. ¡Un pandemonio de razas donde, las que hacen gala de su energía física, se mezclan á las otras que legaron al mundo los frutos de la mentalidad y el ingenio!. La inteligencia avalorando la voluntad; la poesía sublimando la fortaleza; junto á lo bello, lo útil; junto á lo ideal, lo positivo; junto á la ardiente imaginación que fantasea, el brazo fuerte que labora.

Observando de cerca aquellas variedades del tipo humano, extrañas, con la extrañeza atrayente de las cosas nuevas; al sonar en mi oído frases de todos los idiomas, que todos entendían; al fijarme en la

linda pequeña, que me ofrecía flores, y observar su cabeza de lánguida hermosura alemana y sus ojos rasgados, brillantes, de mirada andaluza, y, en su cuerpo robusto, que envidiaran las hijas del norte, esa línea ondulada, propiedad exclusiva de la indígena americana; al contemplar, en su belleza exótica, una forma expresiva de cuanto la natura puede crear aún en los secretos laboratorios de la vida, vi despejada la incognita. Aquella población pequeñita era un boceto que se exponía al mundo, para advertencia y enseñanza humanas; boceto susceptible de reproducirse en mil formas, en variedades infinitas, conservando, no obstante, la línea de perfección que lo iniciara. Libre de los estrechos moldes que crean los orgullos étnicos, los fanatismos patrióticos, él se ofrecía, como expresión sintética de la infinita variedad de la especie, ni eslavo, ni sajón, ni latino: americano, esto es, producto de los conglomerados humanos.

Aquel bello trazado tan expresivo y tan ingénuo, á un tiempo, me hizo ver á América no como un continente agregado, por su descubrimiento, á la extensión territorial del mundo, sino como un crisol de proporciones inmensas, donde, la aleación de las razas, daban el metal puro de la vida; como un plantel humano donde la selección natural, daba, por el constante cruce, la especie mejorada.

Y en la pequeña villa, perdida en los repliegues de la fecunda tierra brasilera, ví retratada la obra gigante de venideros siglos, en los cuales, el Continente Americano, hermanando pueblos y destruyendo seculares odios, venciendo tradicionales privilegios, enmendando degeneraciones atávicas, lograría obtener, en la inmensa retorta de sus profícuas tierras, las primicias del hombre nuevo.



CAPÍTULO SEGUNDO

El Peligro.≡≡ ≡≡ Religioso

SUMARIO: — I DEL TIEMPO VIEJO —
II EL PELIGRO — III DIFERENCIAS
DEL MEDIO ≡≡≡



DEL TIEMPO VIEJO

PARA que el Continente Americano llegue á ser, pueda ser aquello para lo cual la prodigalidad de sus tierras y el momento histórico en que aporta su concurso á la civilización le consagran, necesita una preparación y una defensa; preparación como la ha menester todo elemento de vida en la época de su desarrollo; defensa, contra los posibles fermentos de males inoculados en su sangre indígena, por los contactos latinos.

La época de su descubrimiento fué tambien la del absolutismo y la teocracia europeos. La feroz edad media con sus monjes-soldados y sus condes-salteadores y sus obispos de horca y cuchillo y sus mesnadas incultas y sus pecheros envilecidos y sus mujeres supersticiosas y sus señoríos bárbaros; la época de rodrigones y dueñas, cobradores al barato de la lujuria disfrazada con tocas y remilgos de honestidad; la que esculpió en su arte el atleta aplastado bajo el peso de la cornisa granítica, símbolo del pensamiento humano aplastado por la barbarie,

y afirmó su moral prodigando los hijos bastardos, no pudo dar al siglo xv, en su agonía, si no una ética invertida, un derecho de *fuerza* y un criterio supersticioso.

Y los hijos de aquellos que, en pos de Colón, marcharon hacia las nuevas tierras, ansiosos del vellocino de oro, no llevaron como bagaje para la obra civilizadora, sino aquello que su época les daba: una audacia guerrera, ayuna de cultura, y una fe religiosa desprovista de sentido moral.

España, á la que corresponde la gloria y la responsabilidad de la conquista, pudo vanagloriarse, con motivo, de haber clavado los pendones de Leon y Castilla en las vírgenes tierras; puede siempre sentirse orgullosa de haber sido el lazo que ligara la América al mundo; pero debe tambien lamentar que el engaño, la astucia, la inhumanidad y el exterminio, empañaran los lauros de una inmortal empresa.

La historia de América, durante los tres primeros siglos que siguen al descubrimiento, no es sino una prosecución de hechos que, si admiran por su valor temerario, espantan por su ferocidad. Hernán Cortés, gigante cuando quema sus naves en la playa desconocida y frente á la incognita terrible de unas tierras inexploradas, se empequeñece traicionando la ingénua credulidad de Moctezuma, se degrada junto á la hoguera en que sufre martirio el infeliz Cuauhtemoc, y se envilece convirtiendo en esclavas de su serrallo las vírgenes aztecas ofrecidas por el emperador, al caudillo, como prenda de segura amistad. ⁽¹⁾

Las huestes de Pizarro, dejando á través de los

(1) Memorias de Bernal Diaz del Castillo, compañero de Hernán Cortés. Y otros.

rios y de las selvas rastros luminosos de gloria, anulan estos con la bárbara muerte de Atahualpa. Y donde quiera que la planta exploradora se posa y el espíritu de la conquista habla, dejan, para la historia, un monumento de grandeza marcado con un sello de barbarie que atraerá sobre ella, confundidos, la admiración y las imprecaciones de la posteridad.

¿Quien ignora que, á semejanza de aquellas célebres patentes de corso concedidas en los cristianísimos tiempos del dominio papal, los católicos reyes y sus ungidos mentores daban, asimismo, patentes de corso, en tierra firme, á los aventureros?

Un soldado de Hernán Cortés, Bernal Diaz del Castillo, refiere en sus memorias, con detalles que espantan, el reparto y la venta de indios despues de haberles puesto, como seña de esclavitud, una «marca candente en la mejilla». La operación infame era llamada, al igual que aquella á que se somete á las bestias, *hierra*; y se aplicaba á mujeres y niños.

«Mandó Cortés — dice el citado B. Diaz — dar «pregones en el real y villa, que todos los soldados «lleváramos á una casa, que estaba señalada para «aquel efecto, á *herrar todas las piezas* que tuviesen «recogidas... y todos ocurrimos con las indias y «muchachos y muchachas que habiamos habido, «que hombres de edad no curábamos de ellos.

«... que buenas ó malas indias sacarlas á almoneda y la buena se venderia por tal y la que no lo «fuere por menos precio.»

Agrega este testigo que los indios «que no querian venir y daban guerra» los marcaban con una T, distinguiendolos de otros, cuyos dueños, podian revenderlos y á los cuales se señalaba con una R.

¡Y este tráfico inícuo que subsistió en algunos sitios de América hasta despues de la independencía, era reglamentado por la autoridad real y la eclesiástica!

«Proveyeron — sigue diciendo Bernal — la real «audiencia y los frailes jerónimos; fué dar la licencia conforme á una provisión con ciertos capítulos «de la orden que se habia de tener para les echar el «hierro por esclavos... la misma real audiencia y «frailes jerónimos lo enviaron á hacer saber á su «majestad cuando estaba en Flandes y lo dió por «bien.»

¡Así se conquistó, así se cristianizó (?) América!

Ciertamente que si hablasen las cuantiosas riquezas acumuladas, la mayoría de ellas, en las hornacinas de los templos, en las arcas reales ó en los cofres del Vaticano ¡cómo nos contarían historias siniestras y espantosas en que la cruz sirve de escudo al puñal, que hiere sin piedad ni misericordia; en que el guerrero y el sacerdote, ambos en ansia de proselitismo, dictan la terrible condena que impone á América la servidumbre; que despoja sus razas aborígenes de su indomable orgullo; que las aniquila para vencerlas; que las oprime para explotarlas; que las fanatiza para reducirlas; y las entrega á las nuevas generaciones agotadas, estériles, como tristes despojos de lo que fueron, en esas mansas caravanas que hoy se ven transitar por las regiones del Centro y Norte, inclinadas bajo el peso de su carga, resignadas y taciturnas, con aspecto de bestia rendida, ó en esas otras tribus feroces que se refugian en los bosques del Sur, como fieras acorraladas por la jauría!

Si, la conquista americana fué cruel en exceso. ¿Cual hasta hoy no lo ha sido? España — y Portugal que la imitó durante su dominio en el Brasil — no están solos ante el juicio severo de la historia. Inglaterra en la India y en el Transvaal, Italia en Trípoli, se han encargado de advertirnos, ya en épocas más cultas, que aún, como en los tiempos

de Alejandro, la razón de estado, legítima la usurpación.

El propio Norte América ¿no ha cazado como á fieras los pieles rojas? ¿No tiene en vigencia contra los negros la monstruosa ley del lynch?

Quintana, refiriéndose á la conquista de España en América, dice:

«Su atroz codicia, su inclemente saña,
crimen fueron del tiempo y no de España».

Ciertamente fueron culpas del tiempo, pero *fueron*. Negarlo sería obscurecer la verdad.

Fué, en efecto, la época quien dictó esos horrores, pero esa época perteneció por entero á una doctrina. La iglesia romana la formó, presidió sus instituciones, inspiró sus sentimientos, gobernó su justicia y dirigió su moral. No se movió el brazo de un hombre sin que su confesor lo permitiera. No se dió una pragmática real en disconformidad con el papado. ¿A quien cabe, por tanto, la responsabilidad del delito, sino á la institución que poseía la conciencia del individuo y pudiendo glorificarla, por la piedad, prefirió indignificarla por las crueldades?

Roma, con sus turbas de frailes, dirigió la conquista. Necesitaba riquezas y á las tribus americanas se arrancaron; necesitaba siervos, y la catequización, por la violencia, se las dió. España, súbdita espiritual suya, veló por sus intereses en América; y por eso, si no dió á los aborígenes una cultura de que ella carecía, les legó, en cambio, dos enfermedades endémicas: latiranía política y la mentira religiosa.

EL PELIGRO

DEL primero de estos dos males se ha ido América emancipando paulatinamente. Tres siglos de esclavitud completa bajo la tiranía de los virreynatos, dejaron en el corazón americano la suficiente levadura de odios para amasar, con ella, las rebeldías de la independencias; y un siglo de guerras intestinas, de dictaduras y de oligarquias, ha derramada demasiado sangre, ha producido demasiadas lágrimas, para que estas no surtan efectos purificadores sobre los pecados cometidos por sus jóvenes y, como tales, inexperimentadas democracias.

Los hombres de cerebro que han visitado América no tuvieron tales cosas en cuenta al emitir su acerba crítica sobre las «falsas libertades de estas repúblicas». Tal vez influyó en ellos el partidatismo continental, impidiéndoles reconocer, que, aun con sus grandes ó pequeños defectos, aquí, la democracia, marcha.

Los aparentes fenómenos de inconsecuencia que

se observan en el Continente, tienen explicación sencilla con solo recordar que, las instituciones actuales, son nietas de las autocracias, y de las teocracias de ayer.

El natural americano, dominado por el europeo, heredó de éste despotismos seculares; la herencia de un pueblo no se pierde en una ni en dos generaciones.

El exceso de opresión en la época del coloniaje, si produjo la rebeldía y con ella la independencia, no fué ni pudo ser suficiente á borrar la naturaleza del caracter, porque la revolución armada cambia un régimen, pero solo la educación, que influye sobre la conciencia individual, puede modificar la idiosincrasia de las sociedades.

Las jóvenes Repúblicas que, en su corta existencia, han venido luchando con el analfabetismo interno y el que Europa les regala á toda hora, con sus remesas de aldeanos, no ha podido, lógicamente, completar la obra que sus caudillos emprendieron, librando á sus instituciones de la herencia absolutista, y emancipando la conciencia pública de aquellos atavismos que le inculcara su antigua servidumbre.

De ésta, su situación transitoria, resulta un curioso divorcio entre la ley que es producto de una general aspiración á la libertad — por causas ya antes enunciadas — y la costumbre que conserva resabios de viejas tradiciones.

Por eso el verdadero estado de la conciencia americana engaña á los que la juzgan desde muy lejos y a los que la examinan muy de cerca. «No son demócratas» — exclama el europeo al conocer ciertos detalles de la vida de América —. «Hemos conquistado la democracia» — afirma por su parte el hijo del Nuevo Continente, fundándose en sus instituciones políticas y en el espíritu liberal de sus

leyes —. Y el uno y el otro usan términos absolutos para lo que es relativo. Porque si en América el derecho igualitario, fruto sabroso de una verdadera democracia, no ha llegado á su madurez, posee ya, más fuerte que en la vieja Europa, un abono fecundo en el trabajo y un instinto de libertad muy propicio para sazonarlo.

Mas si tales condiciones de crecimiento rápido son suficientes para enorgullecer á sus hijos, no deben serlo hasta el extremo de hacerles olvidar los peligros inherentes á todo proceso evolutivo.

América vive amenazada de uno de ellos, cuya causa reside en el pasado. Este peligro, tanto más grave cuanto se desenvuelve en la esfera de los sentimientos; tanto más contagioso cuanto abarca todo el cuerpo social; tanto más destructor cuanto — como ciertos estados morbosos — carece de alarmantes síntomas que permitan diagnosticar á tiempo, es el peligro religioso.

III

DIFERENCIAS DEL MEDIO

HE dicho peligro religioso y dije mal; porque no es la religión, propiamente considerada, la que influye en América, sino algo que, suponiendo mucho menos para la conciencia, causa graves perjuicios á las costumbres. Este algo es el hábito de la religión.

Los que, luego de haber estudiado la cuestión religiosa en Europa, viendo á grandes pueblos sufrir todavía las consecuencias del pasado dominio teológico, la examinamos en América, podemos, más claramente que los americanos, por hallarnos más libres de las influencias del medio, apreciar la diferente fase que ofrece aquí esa enfermedad secular.

El cristianismo puro, portador de sueños de oro para los temperamentos sencillos y para las almas desoladas, dió, à la parte del mundo que dominara Roma, creyentes hasta el martirio y abnegados hasta la heroicidad. El mundo antiguo, harto de la pluralidad de dioses, que afirmaban una pluralidad de despotismos, vió en la dulce doctrina importada de

las orillas del Jordán, si no una liberación para los cuerpos esclavizados en el ergástulo y sacrificados en el circo, sí una nivelación consoladora para los espíritus.

La ingenua é ignorante credulidad de aquella época que habia confiado á los oráculos, á las pitonisas y sibilas el conocimiento de la vida, y que sentía gravitar sobre sí el peso enorme de divinidades vengadoras, debió rendirse, trasportada de entusiasmos y de esperanzas, á las promesas de un Dios que, aunque no mermaba el sufrimiento de la esclavitud, prometía, á los vencidos de la vida, la revancha en el cielo. Y así el cristianismo sin divinidades antropomorfas, sin altares idólatras ni sacerdotes consagrados, pudo, en tres siglos de existencia, crear un tesoro de espiritualismo legado á subsiguientes siglos.

Aprovechando aquel inagotable tesoro, que debía sustentar las almas en las terribles luchas que agitaran más tarde la Europa, pudo restablecerse el sacerdocio; pudo instaurarse el papado y nacer, por el ayuntamiento egoísta del imperio y la iglesia, ese engendro monstruoso que se llama el catolicismo romano.

Y cuando en las épocas bárbaras que acompañaron á la formación de las nacionalidades europeas, el poético evangelio cristiano se transformaba en el dogma duro y despiadado que expiaba en la confesión, maldecía en la encíclica y quemaba en la plaza pública; cuando la igualdad nazarena huyó vencida por aquella teocracia que convirtió al sucesor de Pedro en un pontífice, y al «siervo de los siervos» en orgulloso rey de reyes; cuando á la continencia de los cristianos primitivos sucedieron los escándalos de la Roma papal, que hizo de la lujuria, de la avaricia y del homicidio, las tres virtudes teologales de su doctrina, aun pudo, por el impulso dado en los

primeros tiempos, mantenerse inviolable la fe de las almas, perpetuando, en medio de las depravaciones sacerdotales, la esperanza de ideológicos cielos.

Por tal motivo, Europa ha llegado hasta nuestros días llevando sobre sí el tosco fardo de sus tradiciones religiosas. Sacrificada políticamente á las ambiciones de las dinastías; agotada económicamente por los desenfrenos del cetro y la tiara; anulada intelectualmente durante un lapso de siglos, en que la amenaza del santo oficio detuvo los vuelos del pensamiento, ella se asió á la fe, como último refugio de sus ilusiones, y la mantuvo á despecho de la realidad científica, porque en la fe se habian vinculado sus inclinaciones afectivas, sus glorias patrias y sus tradiciones de progeñe.

Y es por eso que la iglesia pudo actuar, durante muchos siglos, en un medio absolutamente sometido; y es por eso que el sacerdote allí se atrevió á todo y pudo realizarlo todo; porque el nombre del cristianismo, conservado en la nueva religión, sirvió á sus maniobras de escudo.

América, surgida para el mundo en bien distinta época, no ha podido gustar, afortunadamente para ella y para la civilización futura, de aquellos absorbentes idealismos que hicieron á la opinión del mundo viejo inmune, durante tanto tiempo, contra la acometida de la negación. El cristianismo, muerto á manos de un emperador ingenioso ⁽¹⁾ en los co-

(1) Durante el imperio de Constantino, que era pagano y cristiano á un mismo tiempo, porque así convenia á su política, el cristianismo se desnaturalizó aceptando fórmulas gentílicas. Esa metamorfosis, que comenzó en el Concilio de Nicea (año 325) dió lugar al catolicismo romano.

mienzos del siglo IV, no pudo, lógicamente, acompañar al sacerdote católico en sus incursiones por el Continente Nuevo, ni á los enviados de la iglesia les fué posible hallar en aquellas tribus, salvajemente independientes, la incondicional sumisión que había preparado el espíritu cristiano, bajo el imperio de Roma. ⁽¹⁾

Por eso la lucha fué tenaz y despiadada; por eso, en muchas ocasiones, hirió el puñal para obtener el triunfo de la cruz; por eso, en la terrible contienda en que se defendían por las tribus bárbaras el derecho natural á la libertad y por las huestes civilizadas el derecho brutal de la conquista, no fueron los más feroces ni los más inhumanos, el indio que degollaba al blanco ni el blanco que asesinaba al indio, sino el sacerdote, que, al excitar las pasiones del uno, en nombre de los intereses católicos y al someter al otro, por el hierro y el fuego, aunaba en sí la brutalidad de ambos y legaba á la civilización americana, manchada de odio y sangre, la cruz que fué, en los albores de la civilización europea, bello signo de piedad y de amor.

Así el natural de estos países — no conociendo de la religión más que lo efímero y superficial: el culto y el rito sometidos á los cánones, y no aquella dulce influencia del cristianismo primitivo, tanto más entronizada en la conciencia cuanto su imperio provenía del propio sentimiento del bien —, si es cierto que no pudo gustar las suaves influencias de un espiritualismo filosófico, se libró, en cambio, de esa resistencia atávica que impide abrir de par en par

(1) Se considera que, en muchas de las provincias sujetas al imperio de Roma, solo una décima parte de la población era libre.

las puertas del entendimiento, á las innovadoras corrientes del positivismo científico.

Falto de la herencia secular que convirtiera en retardatario el audaz espíritu heleno, sin aquella fe ciega que acaudilló fatalmente á los pueblos, hasta la feliz hora en que se proclamaron los derechos del hombre, el americano se desenvolvió en condiciones ventajosas para la libertad del pensamiento, y, más próximo heredero de la Enciclopedia que de las tradiciones bíblicas, mantuvo libre su cerebro de aquellas petrificaciones doctrinarias que poseen el triste privilegio de exaltar la imaginación, hasta la locura del misticismo, con grave detrimento de la salud moral.

Y por estas circunstancias, que hacen á la *materia prima* susceptible de modalidades nuevas y dan á la juventud americana el medio de aprovechar discretamente la experiencia que los hechos consumados le brindan, es que el problema de la libertad de conciencia, que en Europa es substancial, aquí es circunstancial solamente; porque si allí supone una grave cuestión de fondo, que necesita el paso de las generaciones para resolverse, aquí es una cuestión de forma, que ha menester, tan solo, un poco de empeño, dentro de un tiempo breve, para hallar solución.





CAPÍTULO TERCERO

El Clericalismo

SUMARIO:—I LA COSTUMBRE HACE
LEY — II TÁCTICA CLERICAL —
III MARCA DE CLASES — IV ¡NO
HAY PROBLEMA! =====



LA COSTUMBRE HACE LEY

EL problema á resolver en América es de costumbres más que de ideas. Por eso necesita un urgente remedio.

La doctrina se combate con la doctrina; la costumbre no acepta el raciocinio. El que posee convicciones propias, sean ellas de la índole que fueren, es susceptible de modificarlas, bajo el influjo de un distinto criterio, adquirido por el ejercicio de su razón. Pero el que solo tiene ideas reflejas, ofrece al cambio resistencias más fuertes; porque su obcecación se apoya en el hábito de ejecutar el acto.

Un filósofo, materialista ó espiritualista, puede modificar sus conclusiones, siempre que se le pruebe que sustentó un error. Mas ¿cómo convencer al indiferente ó rutinario que se encoge de hombros ante todo razonamiento, respondiendo, à la más conclusiva lógica, con un «¿qué me importa, si todos lo hacen»?.

La iglesia, gran psicóloga, ha tenido esto en cuenta, y, comprendiendo que en las tierras emanci-

padas de la tradición, no reinaría por la fe, puso todo su empeño en gobernar por las costumbres.

¿Como lo consiguió?

Sus métodos variaron segun la época en que necesitaban aplicarse.

Cuando la lucha entre las razas indígenas y las conquistadoras tomó aspecto latente; cuando en los bosques se levantaron las factorías y éstas se convirtieron en pueblos y los pueblos en ciudades y las ciudades en señoríos; cuando el conquistador, que había sucedido á los descubridores, dió á su vez paso al hacendado, mitad agricultor mitad negrero, y el número crecido de las expediciones exigió un número infinito de brazos esclavos, que permitieran avalorar la producción, iniciando el comercio, la conveniencia dió forma menos aguda al exterminio, y, hombres laicos y hombres religiosos, se acomodaron á las circunstancias para usufructuar, sin detrimentos, la famosa gallina de los huevos de oro.

Repetidos ejemplos habían enseñado á los soldados de la conquista — y enseñan todavía á los que, con extraño empeño de civilizar destruyendo, persiguen al indio, cazándolo cual á las fieras en el interior de los bosques —, cómo ese ejemplar del hombre primitivo, si en las invitaciones á la paz da á la amistad cuanto posee, acosado por la violencia muere antes que entregarse. ¡Altivez de caracter que para sí quisieran nuestras razas super-civilizadas!

La iglesia, en la difícil empresa de esta época del coloniaje, mudó de táctica pudiendo á maravilla, por virtud de este cambio, servir á los intereses del papado y de la corona. Y el indio, que había resistido con la flecha, tendida sobre el arco, la acometida guerrera, se entregó confiadamente á quien se le acer-

caba, como emisario de los dioses, brindándole paz en la tierra y goces infinitos en el paraíso.

Los historiadores católicos han citado las conversiones de las tribus como prueba de la influencia civilizadora de su religión, y los sacerdotes del culto no han dejado de aprovechar, en su obra de proselitismo, tales hechos demostrativos, según ellos, de «la protección divina á la religión verdadera».

Nada más lejos, sin embargo, de la verdad que unas y otras afirmaciones; porque lo que triunfó en América, lo que convirtió al indio en neófito no fué el espiritualismo cristiano ni siquiera la religión católica; sino una mistificación idólatra en que vinieron á mezclarse las supersticiones indígenas con las supersticiones importadas de Roma.

La diplomacia clerical vistió, una vez más, con traje de arlequín á su doctrina, modificándola en cada tribu, según los gustos de los antiguos dioses. Y las creencias indígenas, diferentes en sus formas rituales según eran sus pueblos distintos, pero homogéneas en el culto á la naturaleza, que parece inspirar el instinto del hombre primitivo, si perdieron, con el contacto católico, su poético significado evidente en las fiestas dedicadas al sol, ⁽¹⁾ en los homenajes á la diosa generadora de la vida, ⁽²⁾ y á las divinidades tutelares de sus operaciones agrícolas, ⁽³⁾ conservaron, no obstante, la tosca envoltura de su idolatría. Porque el clericalismo, dando aquí un nombre católico á un ídolo indígena; agregando allá un rito indígena al culto católico; bendiciendo acullá sobre

(1) Perú: Los Incas elevaron magníficos templos al sol en los cuales adoraban también á la luna y á las estrellas.

(2) México: *Xipetotec*, diosa de la generación.

(3) México: *Chalchiuhtlicue* dios del agua; *Quetzalcoatl* dios del viento; *Centeotl* diosa del maíz, etc., etc.

el pecho del catecúmeno medallas de santos, mezcladas con los amuletos de la rana sagrada ó el sapo milagroso, no hizo sino ratificarla, pudiendo así aparecer como vencedor siendo en realidad vencido.

Llena está América de ermitas y santuarios que deben su origen á haberse adorado en los mismos lugares ídolos indígenas. Solo el nombre ha cambiado, la superstición es la misma. El docto mexicano, profesor Cecilio A. Robelo, dice en su estudio etimológico sobre los nombres mexicanos, que los misioneros acostumbraban á convertir el templo idólatra en otro cristiano, «y cuando aquel era muy frecuentado edificaban el nuevo con suntuosidad».

Agrega que el actual templo de la Soledad es el sitio donde habia un *teocalli* (templo) elevado al dios Coltzin.

El prof. García Icázbalceta, cita tambien, en su informe al arzobispado de México, un código existente en la Biblioteca Nacional en que se lee: «como «en esta ciudad de México, en el lugar donde está «santa Maria de Guadalupe, se adoraba un ídolo «que antiguamente se llamaba Tonantzin y *entien-denlo por lo antiguo y no por lo nuevo*. Otra disimulación semejante á esta hay en Tlaxcala en la «iglesia que llaman santa Ana».

El dominico fray Martin de Leon, en su «Camino del Cielo», dice: «Adoraban á un ídolo de «una diosa que llamaban Tonantzin que significa «nuestra madre y *este mismo nombre dan á nuestra «señora*».

Basten estos ejemplos, á los que pudieran ser agregados otros muchos, si el espacio lo permitiese, para probar, como la decantada conversión, no se realizó sino á expensas de una comedia sacerdotal. Mas para los propósitos de los conquistadores religiosos y laicos, bastaba. Hubo brazos indígenas que

labrasen la tierra y extrajesen el oro de las minas ⁽¹⁾; y hubo cruces sobre los templos idólatras que atraían las ricas ofrendas para el sacerdote. ¿Qué más podrían desear?. ¿Moralizar al indio, civilizarle, sustituir su fetichismo, su politeísmo por la enseñanza de un Dios impersonal, de un supremo principio de la vida?. ¿Como podrían difundir tal creencia los que llevaban, como base de su doctrina, tres dioses en uno á imitación de la *trimurti* bramánica?. Además, no se trataba de moralizar ni de catequizar, sino de someter. Para esto era más conveniente utilizar los fanatismos que destruirlos.

América pagaría, más tarde, muy caros estos fanatismos, al aplicarlos á su política, pero en cambio la iglesia, debía, con ellos, asegurar su triunfo.

En las obras de un gran patriota y escritor chileno, Dr. José M.^{ria} Vallejo, encuentro reseñada la procesión del corpus en las postrimerías de la dominación española. «Agregábanse al corpus — dice — «en aquellos felices tiempos las compañías de *turcos*, *turbantes* y *catimbados* que al son del pito, «guitarras y tamboril ejecutaban sus bailes y pantomimas en obsequio del sacramento, del cura, del «gobernador y de cuantos daban que beber ó para «comer. Estas danzas eran lo principal y *un acceso-* «*rio suyo* la procesión.

«Teníamos tambien la *gresca del toro* y los *caballitos*, los *gigantes* y los *cojuelos* que iban allí á «hacer mil graciosos mimos y no menos raterías y «obscenidades.

«El cura solía á veces interrumpir la salmodia

(1) El historiador Pereyra dice: «En la dominación española, los «encomenderos», ponían obstáculos á la introducción y propagación de las bestias para utilizar, como tales, á los indígenas.

«de David, con que ensalzaba al Dios que llevaba
«en sus manos, para apostrofar de ¡«animales»! á
«los que no se hincaban por atender á los *cojuelos*;
«los prelados eclesiásticos *se disputaban á trompa-*
«*das* el incensario».

Como se vé, las danzas de origen puramente indígena habian arraigado en las ceremonias católicas: Idólatras cristianizados y cristianos idolátricos se confundian en un mismo culto.

La costumbre estaba implantada; bajo la acción del tiempo constituiría una necesidad. Y sobre ella fundaría, el clericalismo, su dominio en América.

II

TÁCTICA CLERICAL

LA suma de la astucia la posee un clérigo en acción. Y si á esa astucia sistemática se agrega la ambición tentadora de usufructuar un rico Continente, ella llega hasta lo inverosímil en materia de sagacidad y de cálculo. Tal sucedió en América.

El sacerdote, que había triunfado de las resistencias indígenas y gobernado durante el período vi-reinal, se halló frente al escollo de la independencia. Aquel primer grito lanzado por la libertad, al tratar de abolir privilegios dinásticos ¿no abría camino para rebelarse, más tarde, contra los privilegios sacerdotales?

Los que, al alzarse en armas contra el trono de Fernando VII, comenzaban por libertar esclavos ⁽¹⁾, ¿tolerarían, si triunfaban, el empleo del «borceguí»

(1) Bolívar comenzó la obra de la independencia con quinientos esclavos suyos á quienes dió libertad.

y el «potro» usados, hasta entonces, como recurso para obtener la evangelización de las almas?. El sacerdocio, salvo excepciones condenadas por la iglesia ⁽¹⁾, puso todo su empeño en detener el movimiento emancipador, sin perjuicio de que, cuando vió á este triunfante, se adaptase á las nuevas instituciones, aunque con el propósito de obstacularizarlas, si es que no le era dable destruirlas.

En las actuales épocas, el régimen republicano que sustituye á una monarquía, se preocupa muy principalmente, de asegurar la libertad de conciencia. Así se ha hecho en Portugal y en China. En el principio del pasado siglo, cuando aún el pensamiento se estremecía ante el temor de la inquisición y ejercía influencia en el ánimo el prejuicio dogmático, no podía pensarse de igual modo y los héroes de la independencia que levantaron, con valor, su brazo para emanciparse de extranjeras tutelas, se detuvieron indecisos ante los privilegios de la iglesia.

El clérigo, que había asegurado, á expensas de la autoridad monárquica, el predominio de la cruz, solo necesitó cambiar de aliado para sostener su influencia, dando nuevos derroteros á su política. Complaciente con los extravíos de la naciente democracia, como lo había sido con las monstruosidades monárquicas, él fué amigo de los oligarcas y consejero de los dictadores. Armado de su rodela de espiritualismo, haciendo alarde de una misión de paz, completamente ajena á todo partidismo político, él tuvo acceso en los más democráticos hogares. Y, tanto más fuerte, cuanto más ocultaba sus designios, evitó, en medio de las corrientes innova-

(1) Los clérigos que ayudaron á la independencia fueron considerados como herejes.

doras, el peligro de ser arrollado, pudiendo, así, mantener hasta nuestros días, la innegable influencia de su personalidad social.

La ciega superstición conservada por el indígena, á la que se unía la importada con las inmigraciones, debía permitirle afirmar su autoridad moral entre el pueblo. Este dejase conducir suavemente; y á falta de un ideal de justicia que guardó el sacerdote de poner al alcance de su inteligencia, tuvo, para satisfacer sus aspiraciones, santos proféticos, vírgenes milagrosas, amuletos salvadores y cabalísticas palabras que impidieran el «mal de ojo» y anularan, por encanto, los decretos de un sortilegio. En este sentido se ha conservado el catolicismo en América, aceptado por sus clases incultas sin entusiasmos ni resistencias; como se acepta lo inevitable, lo que tiene que ser y debe ser, porque fué siempre.

Sobre ese fatalismo tremendo, que pesa tanto en las inteligencias rudimentarias, el sacerdote ha podido actuar, con ventaja, dentro de instituciones que, doctrinariamente, no le son propicias, obteniendo inconscientes fuerzas para la defensa de sus intereses, cada vez más comprometidos, en los nuevos Estados.

No siendo ya el poder civil el brazo secular de la iglesia, y no pudiendo ya esta intervenir directamente en la confección y aplicación de las leyes, necesitaba organismos seculares que la sirviesen, influyendo en la marcha política. El rutinarismo se los proporcionó en abundancia. Las asociaciones de obreros católicos, con sedes en sacristías y conventos, son el producto de esa rutina popular obligada además por causas de que hablaré más tarde. Por ellas el clericalismo tiene pueblo, hoy que el pueblo representa opinión; tiene organismos, con personalidad civil, que firman peticiones y protestas, gritan,

se manifiestan, aplauden ó silban, segun las necesidades del momento. Son á la iglesia lo que el volante al motor: se mueven ciegamente y por ajeno impulso; pero sus movimientos, no por ser inconscientes, dejan de prestar vigorosa energía á una institución y una doctrina muertas en el criterio intelectual de los pueblos.

Con este nuevo procedimiento el clérigo, falto de aquella autoridad absoluta que en otro tiempo le proporcionara la fe, triunfa, sin embargo, sobre masas no creyentes en un dogma que ni siquiera conocen, sino habituadas á la práctica de determinadas ceremonias y á la presencia del sacerdote en ellas.

Però esas costumbres, puramente externas, que no parecen tener importancia en el desenvolvimiento nacional, la tiene y grande; porque permiten la ingerencia del clero en los asuntos del Estado; porque le arman contra la libertad, salvaguardia de las modernas instituciones, de quienes la iglesia fué siempre enemiga; porque inutilizan la obra reformadora que privó al papado del poder temporal y se lo devuelven, por sus agentes eclesiásticos, que á su vez lo disfrutan mediante la acción del clericalismo seglar en las cámaras y en los ministerios; y porque, en fin, perpetuando la vieja lucha entre el poder civil y el religioso, tan disimulada hoy como ayer franca, mantienen un constante peligro para la paz interna y la concordia externa de las naciones.

III.

MARCA DE CLASES

LA influencia del clérigo que, entre las clases pobres y ayunas de cultura, se manifiesta por el inteligente aprovechamiento de la ignorancia y el hambre, busca procedimientos distintos cuando de gentes instruidas y acomodadas se trata.

El desgraciado á quien falta el trabajo y acosa la necesidad, si no ha alcanzado un grado intelectual que le permita sostener, dignamente, su infortunio y aún trabajar, en comunión con los de su clase, para vencerlo, es un predestinado á la servidumbre clerical. El bono de pan y carne, entregado en la sacristía á cambio de la papeleta de confesión, le compra. Sus servicios los presta en los actos solemnes y públicos en que la iglesia necesita número y en los comicios donde emite su voto por el candidato que se le designa. De este modo la caridad se trueca en el precio estipulado para la venta de la libertad ciudadana.

Pero esto, que basta para la sumisión del indi-

gente, no sirve para el que tiene independencia económica. Cuando de las clases trabajadoras, pasa el clérigo á la burguesía, se transforma.

La superioridad de linaje entusiasma aún en América á los espíritus triviales; culpa es esta dolencia moral de aquellos pruritos feudales que atacaron á los hidalgues del coloniaje al verse repentinamente elevados, desde una insignificante medianía, á la brillante condición de grandes y poderosos señores.

Proscrita la heráldica de las Repúblicas, no ha dejado de tener adoradores; y si el blasón perdió ya el derecho de establecer privilegios ante la ley, conserva aún la fuerza tradicional suficiente, para hinchar muchos rostros de vanidad ridícula y empalidecer muchos otros de envidia.

Estados Unidos nos da de esto frecuentes ejemplos, transmitiendo por cable, día á día, los nombres de ricas herederas, que compran, con dotes de millones, un marido aristócrata, en los pobres mercados europeos.

En Perú, la pueril vanidad de las familias pudientes, anda á la caza de antecedentes genealógicos para probar su parentesco con los reyes de España, de cuyos antepasados todos pretenden descender.

En Chile, mucho más demócrata, no faltan, sin embargo, algunos monomaniacos del blasón. Hace muy poco tiempo, un diario de la capital santiaguina notició que existían en la República «títulos de Castilla que pagaban derechos á la corona española, por no perder los suyos en la corte».

Brasil también posee sus pergaminos de «nobleza» venidos ceremoniosamente desde Roma. Son títulos pontificios concedidos, por el sucesor de Pedro, á algunos millonarios del rebaño de Cristo.

Claro es que el «agraciado» agradece á su vez, enviando una suma relacionada con la cuantía del beneficio, á las arcas del Vaticano, y quedando ligado por la gratitud, con alguna congregación religiosa, mediadora en el asunto, y á la cual no vacila en «proteger» con la entrega de unas cuantas hanegadas de tierra. Todo esto, por supuesto, con el mejor deseo, por una y otra parte, de servir á Dios, practicando las buenas obras...

Estas ínfulas nobiliarias, que causan todavía la admiración de tantas gentes, sirven á los intereses de la iglesia, porque determinan, en los atacados del mal, un afán por establecer, para ellos, visibles señales de supremacía social. El mismo deseo guía frecuentemente á las clases adineradas aún cuando no hayan caído en la chifladura aristocrática.

Distinguirse del vulgo; levantar una barrera infranqueable entre la «gente bien» ⁽¹⁾, «la gente decente» ⁽²⁾ y el resto de los ciudadanos, es la ambición de muchos. ¿Como hacerlo en países donde la ley ha abolido los privilegios de clase?. La iglesia ha abastecido esta necesidad aristocratizando la religión.

«Nuestra clase es católica» —, se oye decir con demasiada frecuencia á personajes encumbrados —; «solo esas gentes desordenadas y demagogas hablan mal de la iglesia».

«La religión — agregan otras — es un indispensable freno, en estas heterogéneas sociedades; sin el temor que ella produce la turba multa lo arrasaría todo».

(1) Nombre que se aplica, á las familias acaudaladas, en las Repúblicas del Plata.

(2) Sinónimo de persona de posición en los países del Centro y Norte.

Estas y otras parecidas razones, cuya fuente de origen no es difícil adivinar, se oyen en sitios públicos, en reuniones privadas, en conversaciones familiares y en discusiones de club. La idea, sin cesar repetida, va formando opinión y acaba por establecer, á manera de axioma, que el sostenimiento de la religión es una medida de defensa social. De este modo queda el catolicismo ligado á los intereses mundanos. Desde que su práctica da nota de distinción ¿quien lo recusaría?

Las mujeres, que temen al ridículo cómo á uno de los pecados capitales, son las más empeñadas en huir del peligro. Sin reflexionar nunca, sin querer escuchar, siquiera, si es bueno ó malo, falso ó verdadero el catolicismo, lo practican. Asisten á las fiestas solemnes, oyen misa en el templo de moda y figuran, «por no hacer mal papel», en alguna congregación de damas, que preside el obispo. Esto suele imponer sacrificios: hay *Kermesses* y cuestaciones á diario para erección de altares, fundaciones piadosas, ofrendas al Papa... Los padres y esposos, no aceptan, sin previa protesta, un programa que resulta muy caro pero «¿qué se ha de hacer»? No es posible romper con el medio», — se oye decir á muchos de ellos.

Un caballero, que acababa de desempolvar, en el estante de su memoria, dos docenas de hechos históricos para afirmar lo inútil y hasta pernicioso del culto, cerraba así el período de sus declaraciones: «Yo comprendo, no obstante, la imposibilidad de oponerse á los usos establecidos. Mi esposa no es nada beata... pero nuestra posición... mi caracter profesional... esos mil compromisos sociales»... Terminó confesándome que acaba de contribuir al establecimiento, en la ciudad, de unas monjas francesas. Se lo había pedido un comité de damas pre-

sidido por la señora X, emparentada con un alto personaje político.

Por aquella expresiva confidencia, repetida á mi oído, no pocas veces, en diferentes sitios, comprendí la inteligente trama urdida por el interés eclesiástico. Ella explicaba por qué, pueblos incrédulos, aparecen devotos; por qué, en tierras donde la libertad es palabra sagrada para los corazones, puede vivir aclimatada la institución que representa el más feroz de los absolutismos. El aprovechamiento de todos los errores y todas las ingenuidades y aún de todas las virtudes humanas, permitía «el milagro». El clericalismo no triunfaba por el influjo de sus dogmas, ignorados de unos y filosóficamente desdenados por otros; sino por haber conseguido hacer de su doctrina, una marca de clases.

IV

¡NO HAY PROBLEMA!

OTRA de las formas empleadas por el clericalismo para gobernar, es la de negarse á sí mismo.

Difícil resulta hallar sitio en América donde, al tratar de la influencia eclesiástica, deje de oírse esta frase: «Aquí no hay problema». Y si entre los que escuchan, surgen objeciones al concepto, no faltan palabras con que reforzarlo: —¿Los Estados católicos?—De nombre—. ¿El culto?—Pura fórmula—. ¿Los embajadores en el Vaticano?—Cortesías diplomáticas—. ¿Las iglesias?—Monumentos públicos—. ¿Las congregaciones?—Sociedades de enseñanza y beneficencia—. ¿Los sacerdotes?—Inmigrantes de hábito—. Así responden el americano sajón, el latino y hasta el europeo aclimatado aquí; agregando que, las luchas clericales y anticlericales, tan temibles en la vieja Europa, no tienen, en estos pueblos nuevos, razón de ser. Tal desconocimiento del propio medio extraña al principio y se comprende luego. Es que el mal toma aquí formas suaves, la-

tentes, tranquilizadoras. Es que aquí el invasor escoge ocultas sendas para ocupar la plaza.

Aquel clérigo adusto, intransigente, gruñón, dominante y hasta grosero que sufrieron nuestras abuelas, y cuyo tipo se conserva al otro lado del Atlántico, apenas se conoce en América. A la devota creyente se la puede, sin peligro, mandar. A la devota convencional, se la exorta. La iglesia, con sus procedimientos medioevales, hubiera ya alarmado la conciencia pública y dictado su propio destierro. Disfrazada le ha sido posible subsistir.

El sacerdote inmigrante se complace en mostrar una amable benevolencia y hasta cierto discreto acercamiento á toda modernización. Su táctica consiste en hacer que las gentes olviden el caracter de su ministerio; habla poco de religión fuera del templo y, aun allí, su lenguaje no abusa del misticismo. Hace vida de sociedad como un laico; visita las aristocráticas casas en calidad de amigo, discutiendo, cuando se tercia, sobre arte, literatura y política. Huye de la polémica doctrinaria; y si ante él se alude á la impiedad del siglo, la disculpa, con frases de afectada indulgencia, achacándola á error de criterio. Aprovecha el momento para repetir la consigna que trae el clericalismo á América: «la libertad no es incompatible con la religión» y acaba lamentando que propaguen esas «imaginarias antítesis, unos cuantos demagogos *ridículos* sin mérito ni *arraigo social*».

Después de estas afirmaciones, mientras el clérigo suele emprender una larga disertación sobre el tiempo, y sus relaciones con la gota, cerca de alguna rica anciana, muy próxima á hacer testamento, las personas que le escucharon piensan que, con semejantes sacerdotes, no corre la libertad peligro; y se afirman en sus propósitos de seguir las cos-

tumbres establecidas, para «no confundirse con la ridícula demagogia.»

Claro que este criterio no es aceptado sino por una parte de la sociedad. Ello basta, no obstante, para hacer opinión entre el número inmenso de gentes, que no poseen ninguna, generalizando la idea de que, las luchas antirreligiosas no tienen ya, en el día, razón de ser. En virtud de esta conclusión los unos hacen, dejan hacer los otros, y así, librando de resistencias el camino, puede la perspicacia clerical recorrerlo sin riesgos.

Ella aprovecha estas franquicias. América está invadida de iglesias, ermitas, santuarios y monasterios. Las ciudades se muestran, á lo lejos, erizadas de torres. En los caminos, los ojos del viajero, hallan los campanarios, como los postes de la via ferrea, de uno en otro kilómetro.

Los hábitos talaes, las capuchas monásticas, las tocas monjiles, han invadido plazas, calles y campos. Se acomodan en edificios públicos: hospitales, casas de corrección y beneficencia y en otros muchos que sostiene la propaganda católica.

La enseñanza les pertence. Donde es posible, dirigen la escuela del Estado; donde no, siempre les quedan sus establecimientos en competencia con aquella. Poseen institutos, universidades, talleres de artes y oficios y aulas nocturnas para proletarios.

Explotan, además, industrias. Fabrican telas, calzado, muebles. Tienen talleres de sombrerería y sastretería. Elaboran vinos, licores y aceites.

Una gran parte de la tierra es suya. Tienen chacras, estancias, cafetales y plantaciones de caña. Siembran, recolectan y exportan. Trafican con ganado y con pieles.

La propiedad urbana les rinde incontables millones. Poseen barrios enteros, en algunas ciudades;

fincas y más fincas en todas partes. Compran, venden, alquilan.

Son financieros. Hacen operaciones de bolsa. Tienen bancos. Ejercen la usura con particulares y gobiernos.

Influyen en la vida social. Casan, dan fe de nacimientos, arreglan matrimonios y hasta suelen desarreglarlos.

Intervienen en la vida política. Tienen «partido». Nombran diputados, senadores, ministros y hasta presidentes.

He aquí la *insignificante* acción de los clérigos en América.

¿Cuántos son?... Incontables. ¿Cual fué la base económica de sus operaciones?... Cero. ¿Qué capital ha producido?... Millones de millones de millones.

!Y no hay problema! ..





CAPÍTULO CUARTO

La Educación≡

SUMARIO:— I LA ESCUELA DEL ESTADO — II LA IGLESIA EN LA ENSEÑANZA OFICIAL — III INFLUENCIA SOBRE EL PROFESORADO — IV LAS ESCUELAS CATÓLICAS — V LAS ESCUELAS CATÓLICAS EN LA AMÉRICA LATINA — VI DOS PAISES EN ESTADO GRAVE — VII LA ESCUELA RELIGIOSA EN AMÉRICA SAJONA =====



LA ESCUELA DEL ESTADO

LOS ideales modernos pueden sintetizarse así: embellecer la vida para el hombre haciendo al hombre apto para la vida.

En este sentido la educación del niño, asunto secundario en otras épocas, pasa á ser fuente de beneficios sociales, puesto que á mayor suma de individualidades conscientes habrá de corresponder, forzosamente, un mayor grado de superioridad colectiva. Los legisladores de casi todos los países, dándose cuenta de esto, han tratado de fomentar la enseñanza, poniéndola bajo la salvaguardia del Estado y acomodándola á los métodos pedagógicos tendientes á imprimir en cada uno de los escolares, aquella robustez de criterio indispensable para encuadrar, sobre un fondo de positivismo científico y de moral sana, los grandes problemas humanos.

En esta progresiva labor, en que América vive empeñada, se ha conseguido mucho. La instrucción obligatoria y gratuita y las clases nocturnas para obreros, han hecho frente al analfabetismo. Los Kin-

dergartens protegen el desarrollo físico de los pequeños, al que atentaban las antiguas escuelas de párvulos. El método objetivo y experimental sustituye en muchos sitios, á las formas subjetivas de la vieja pedagogía. Las escuelas de artes manuales y mecánicas; las de industrias, las profesionales para la mujer; las de educación física y estética dotan á la enseñanza de un practicismo sano, tanto como es útil, para facilitar la vida; mientras las universidades, creciendo cada día en importancia y número completan, con las profesiones, el vasto plan de estudios y vierten por todo el Continente, las pléyades de sus doctorados.

Los magníficos edificios escolares, orgullo de la mayor parte de los pueblos de América, ya advierten al viajero cuanto es el afán de aquellos por el fomento de la instrucción.

Estados Unidos, que gasta millonadas en ella, posee verdaderos palacios escolares cuyo costo fluctúa entre 200 á 250 dólares por alumno. Y hay escuelas elementales que cuentan 1.500 niños.

Sus centros superiores diseminados por la inmensa República y en los que se difunde una enseñanza técnica, podrían darnos la clave de ese gran practicismo de la vida que observamos en el americano del Norte.

El progreso educativo de la Argentina, admira. Entre sus grandes universidades, la de La Plata, puede competir con las mejores de la América sajona. Sus escuelas primarias distribuyen la enseñanza hasta en las más humildes rancherías; y sus institutos normales, de comercio, de agricultura, de ganadería, industriales, de bellas artes y profesionales para mujeres, son verdadera fuente de progreso nacional.

Brasil se interesa vivamente por las cuestiones

educativas, sobre todo en el Centro y Sur. Río de Janeiro y San Pablo tienen grandes edificios escolares. La Politécnica de la capital paulista, es, por su plan de estudios y el magnífico material con qué cuenta, una de las mejores instituciones de esta índole que me ha sido dado visitar. En Río Grande del Sur la instrucción está muy difundida y en la universidad de Porto Alegre existe un plantel de profesores é inteligentes alumnos, dignos de aquella cultísima región.

Chile se preocupa activamente de su desarrollo intelectual. Su constitución política declara que «la educación pública es una atención preferente del gobierno». Los partidos políticos, tanto el liberal como el radical — hoy este último con mayor empeño — la han atendido y mejorado en sus instituciones fiscales. Hombres de tan conocido mérito como el Dr. Tomás de La-Barra, actual subsecretario de Instrucción Pública, viven empeñados en darla cada día mayor auge.

Uruguay, la liberal República del Plata, tiene rumbos perfectamente definidos para su enseñanza, no desmereciendo, en esto, de las más adelantadas Repúblicas. Sus centros escolares, dotados de material excelente, son, en su mayoría, contruidos *ad hoc*. Los mismos asilos maternos — nombre conque el Estado suaviza el sentido de la caridad para no hacerlo humillante — son magníficos establecimientos que ocupan manzanas enteras. El número de sus escuelas aumenta día á día.

Venezuela cuenta también con muchos y buenos centros escolares. En la universidad de Caracas, vigorosas inteligencias juveniles constituyen una esperanza para el futuro de aquel país.

Perú, Bolivia, Paraguay, Ecuador, Colombia y algunas de las Repúblicas del Centro, son las más

atrasadas en métodos educativos. Verdad que es allí donde el clero conserva su mayor poder.

En cambio Costa Rica se inspira en un admirable espíritu progresivo. El Dr. Roberto Brenes Mesén, Subsecretario de Instrucción Pública y alma del movimiento pedagógico que se desarrolla actualmente en el país, influye poderosamente en la prosperidad de la enseñanza; y es admirable ver, en aquella pequeña República, establecimientos escolares que son verdaderos palacios.

El gobierno guatemalteco se preocupa mucho del fomento de la enseñanza.

Cuba tiende, asimismo, al progreso de su cultura por el cuidado que pone en la modernización de sus programas escolares. La universidad de la Habana y otros centros similares, se desarrollan en muy buenas condiciones educadoras.

El deseo de adquirir instrucción es innato en el pueblo puertorriqueño. Durante la dominación española, á pesar de la escasez y malas condiciones de las escuelas públicas, el número de analfabetos era ya reducido, al compararse con el porcentaje que arrojan otros grandes países. La iniciativa particular lo ha hecho allí todo, y en los mismos bohíos, levantados en pleno campo, es difícil hallar hombres que no sepan leer y escribir.

México, en fin, posee numerosas escuelas en las poblaciones urbanas. La universidad de la capital federal, los institutos de Guadalajara, San Luis de Potosí, Monterrey y otros; algunas instituciones nacionales, como la «Casa del Estudiante», son vigorosos centros de desarrollo intelectual.

Es, pues, evidente la tendencia general de los pueblos americanos á obtener el mayor grado posible de cultura, por el fomento de la enseñanza del Estado.

Pero...

LA IGLESIA EN LA ENSEÑANZA OFICIAL

LA iglesia que no ve sin verdadero pánico el horizonte amplísimo, hacia el cual se encamina la enseñanza, trata de detenerla aprovechando los restos de su antiguo dominio sobre el poder civil. Para ello emplea su eterna diplomacia, que consiste en afirmar en un lado aquello que en otros niega, según la conveniencia del momento.

En los países, cuyo código fundamental acepta todavía el catolicismo, pretende por ello que se mantenga, con carácter obligatorio, el curso de religión en las escuelas; mientras que en aquellos otros, ya separados de la iglesia, funda en el principio de libertad su derecho á mantener colegios puramente católicos. En Venezuela, donde existe el patronato del Estado sobre las iglesias, la católica halló el modo de obtener la exclusiva para los beneficios, invocando la ley de mayorías; lo cual no

impide que, en Estados Unidos, donde la mayoría es protestante, haga valer el respeto que merecen las minorías y aún amenace con ellas á fin de obtener garantías para sus centros doctrinarios.

La legitimidad de su influencia no le interesa tanto como la influencia misma; por eso cuando no penetra en la escuela por la puerta de la legalidad, lo hace por el portillo de la intriga. Muchas de las Repúblicas que figuran como católicas, más que por el espíritu de sus pueblos por arcaísmos de la ley, han hecho modificaciones en los programas escolares, declarando voluntaria la clase de religión. Pretendieron, con esto, los legisladores, librar la enseñanza de toda presión dogmática; mas sus buenos propósitos no dieron los efectos deseados. La ley escolar argentina, por ejemplo, determina que «el sacerdote de cualquier culto no podrá enseñar su religión en las escuelas sino al alumno de su propia confesión que lo solicitare y fuera de las horas de clase». En muchos casos, esta prescripción no se cumple, porque el clérigo se entiende con la madre de familia — aunque ésta lo sea en un hogar cuyo jefe no es católico — y con la educacionista.

Una circunstancia favorece á la iglesia: el mayor número de profesoras que de profesores existentes en las escuelas primarias de casi toda América. Esto, que es plausible, porque revela un progreso en la cultura de la mujer y su inclinación á conquistar independencia económica, viene por el momento, dada la atávica religiosidad femenina, á proteger las tentativas clericales. En Chile, cuyo reglamento escolar se asemeja al de la Argentina, en lo que se refiere á los cursos voluntarios de religión, han sido denunciados muchos casos de profesoras que contravienen las disposiciones legales, obligando á sus alumnas al ejercicio de prácticas religiosas, reci-

biendo comisiones de «Hijas de Maria» que, en plena clase, explican el catecismo; ó, como me aseguraron en La Serena: colocando altares en cada una de las aulas y llevando procesionalmente sus alumnas á las fiestas litúrgicas. En el Liceo de Señoritas de Los Angeles, era tal la presión ejercida por algunos elementos del profesorado, sobre las alumnas, que los padres de muchas protestaron ante la Junta de Vigilancia y, como no se les atendiera, elevaron sus quejas al ministro del ramo que apercibió á los denunciados.

Estos hechos peculiares á todos los países que mantienen en la enseñanza oficial cursos de religión más ó menos obligatorios, suelen producirse tambien en los otros que han establecido la educación laica. Con motivo de mis conferencias en el Brasil, algunas profesoras se sintieron polemistas dentro de la escuela, dirigiendo á sus discípulas fogosos discursos de propaganda católica. Hubo periódicos que protestaron, recordando las leyes constitucionales que prohíben tratar de religión en las escuelas del Estado. La Logia masónica de Rio Pardo, una de las poblaciones en que esto sucedió, quejóse al Consejo Superior de Instrucción Pública. Las profesoras viéronse obligadas á guardar más reserva.

Pero ello había revelado un peligro: el de que la enseñanza fiscal no estaba libre de la influencia eclesiástica.

Y este peligro es común á casi todos los países americanos.

III

INFLUENCIA SOBRE EL PROFESORADO

LA subordinación femenina no es el motivo único que permite al clérigo intervenir en la educación que da el Estado; hay otros muy diversos que vienen de lejos enrolados á la política y á las convivencias sociales.

Observando al profesorado en cada una de las Repúblicas, he podido llegar á la convicción de que, á parte de un núcleo en todos sitios adicto á la iglesia, el resto, tanto de uno como de otro sexo, posee un criterio absolutamente liberal en materia religiosa. No obstante es corriente el temor de «significarse» en cuestiones que puedan herir la susceptibilidad del clero. Y no les falta razón para ello; una razón económica que, en nuestros días, no es de las más despreciables.

Un educacionista colombiano me explicaba la causa de esa actitud del magisterio: «Es peligroso — decía — vivir en guerra con los obispados. Los apercibimientos, las suspensiones, los expedientes, son muy fáciles cuando hay deseo de molestar al pobre

maestro y se cuenta con influencias cerca de las autoridades escolares y aún en los ministerios. Por otra parte nuestra carrera es tan lenta! ¿Quien se arriesga á perder relaciones cuyas solas tarjetas de recomendación se atienden tan bien en las altas esferas?».

Una inteligente maestra santafecina me escribía: «Desde que V. nos visitó y conocieron mis ideas la vida aquí se me hizo insoportable. Vime obligada á pedir mi traslado, aunque esto me perjudica mucho».

Algunos profesores de México me referían la sumisión en que vivieron durante el gobierno porfirista, siempre pendientes de evitar actos que les hiciesen sospechosos para la iglesia.

El preceptorado chileno, que en su gran mayoría tiene conciencia de su alta misión, vive bajo la vigilancia de un celoso Argos. Ciertos actos de independencia, salidos de las filas del magisterio, han puesto en guardia al clero. Hubo conciliábulos sacerdotales, insinuaciones, advertencias. Por fin se ha declarado la guerra sorda, latente, enconada contra el profesorado oficial, combatiéndole en mil formas; bien por medio de la prensa católica ó valiéndose de los partidos conservadores. Esta hostilidad dura años.

El caso de Chile, más ó menos disimulado, se observa en todos los lugares donde, como en esta República, el magisterio pretende mantener su libertad profesional. Para la iglesia la escuela del Estado constituye un estorbo, aun siendo católica, por que perjudica á los colegios congregacionistas; un peligro, si no lo es, porque emancipa el criterio de la juventud. Por eso, donde no la gobierna, la combate. El profesorado oficial no puede ser sino su servidor ó su adversario.

La presión ó el ataque sistemático á la más noble y respetable institución del Estado, ha producido, sin embargo, á la iglesia, resultados contraproducentes. Ciertó que todavía muchos timoratos se entregan ; pero en cambio los fuertes, los caracteres bien templados, viéndose de tal modo ofendidos, sujetos a un sistema de vigilancia y delación constantes, acaban por convertirse, de indiferentes, en decididos adversarios del clericalismo.

El ambiente de franca reacción que se observa en el profesorado americano, en los últimos tiempos, es una garantía para el futuro.

IV

LAS ESCUELAS CATÓLICAS

PRESINTIENDO una próxima y total derrota, la iglesia, siempre prudente y previsora, mientras defiende los últimos reductos que le quedan en la escuela oficial, reconcentra su esfuerzo en la privada.

Los colegios congregacionistas acaparan las inteligencias infantiles; las escuelas dominicales y nocturnas, al obrero.

Empeñada en disputar al mundo la dictadura sobre el niño, prepara muy bien sus posiciones. La mujer es en ellas señuelo; y desde la modesta obrera, que conduce su pequeño al asilo «para que se lo enseñen» hasta la aristocrática dama que educa sus hijos en los «Sagrados Corazones» para que «no se rocen con el pueblo», todos los elementos sociales, obligados por esa poderosa aliada, contribuyen, en diferentes formas y por causas diversas, al constante crecimiento de los centros de enseñanza católica.

¿Como se obtiene esa general cooperación?

La escuela del Estado da enseñanza gratuita; la

de la iglesia viste y calza, cuando no mantiene. El necesitado no vacila; su miopía intelectual, que es triste compañera de la miseria, le impide apreciar cuanto le cuesta, en realidad, lo que recibe como limosna: los sacramentos que se hizo administrar, las misas que pagó, las mandas que llevó al santuario, las contribuciones que en muchos casos le exigió el Estado para cubrir el presupuesto de culto; y solo ve un beneficio que utiliza y una caridad que agradece. Los niños de las clases menesterosas dan así contingente á las escuelas congregacionistas.

En cuanto á las familias pudientes, el motivo es distinto. La escuela gratuita no agrada á la mujer rica. Los costosos internados de los padres B. ó H. abastecen, en cambio, su orgullo; son motivo para hablar, en visitas, de «lo mucho que cuesta la educación del hijo». La minuta de gastos escolares viste como un traje de seda y adorna como una joya. La vanidad del buen rentista tiene que agradecer á los fundadores de esos centros, el que les proporcionen los medios de lucir su dinero. Los hijos de las familias acaudaladas llenan las bancas de las escuelas católicas.

Los empleados, comerciantes, industriales y profesionales sin fortuna, cooperan también, aunque en menos número, al sostenimiento de los colegios religiosos. Está, entre ellos, la mujer para conseguirlo. Las escuelas de «padres» son centros de gentes distinguidas; el niño hace amistades que le serán muy útiles más tarde; y por los hijos los padres pueden relacionarse bien. Hay que hacer sacrificios pecuniarios que se compensan con ventajas sociales. Si el internado no es posible, cuando menos el pequeño asistirá á las clases externas, no tan costosas aunque siempre caras. Un número determinado de niños, pertenecientes á la clase media, van también á las aulas congregacionistas.

Teniendo en cuenta las diversas razones que impulsan á los padres de familia á entregarles sus hijos, cuidan mucho los clérigos de que ellas no desaparezcan. Las congregaciones se han distribuido cuidadosamente la población escolar. Salesianos, escolapios, paulinos, se dedican preferentemente á las clases pobres; redentoristas, franciscanos y, sobre todo, jesuítas, á las otras de rango social.

Cuando las circunstancias obligan á converger en un solo establecimiento elementos distintos, se establecen severas divisiones: los «de pago» á un lado; los «gratuitos» á otro. Y completa incomunicación entrambas ramas de una misma familia cristiana. (1)

Semejantes procedimientos, no serán ciertamente los que ayuden á suavizar las terribles odiosidades de clase, pero sirven para inspirar confianza á las gentes de condición elevada, que dejan librado al «criterio» de estos modernos evangelistas, el educar su prole libre de «todo contacto con la plebe».

Ello no impide que protejan á ésta como mandan las máximas cristianas. Las damas ricas organizan fiestas, representaciones teatrales, bailes y banquetes con fines benéficos. Su filantropía es onerosa para su peculio; hay que renovar trajes y joyas, gastar sumas enormes en flores. Las postulantes más bellas y distinguidas interesan más á los hombres, á quienes demandan «la limosnita» tendiéndole, con *pose* elegante, su mano en guantada. El *flirteo* es en estos casos una virtud cristiana; la vanidad es su

(1) El distinguido escritor chileno Dr. J. Valdes Gange, afirma en su libro «Sinceridad» que «en el Seminario Conciliar de Santiago, los *plebeyos* tienen una sección aparte, la de San Pedro Damían (por lo que les llaman los damianos) y no se ven nunca con los otros, ni siquiera en las festividades religiosas».

aliada, el lujo su agente y con ellos y por ellos, las aristocráticas sociedades católicas, reúnen los miles y miles de pesos que dedican á fines altruistas.

Cierto que sería más rápido y más económico, dar directamente y en silencio, cada uno según sus fuerzas y «sin que la diestra se entere de lo que ofrenda la siniestra» conforme rezan los evangelios. Pero entonces ¿donde estaría el aliciente de la caridad?

Generalmente las recaudaciones van á manos de clérigos que las emplean en fundar asilos y en sostener escuelas gratuitas, las cuales, funcionando, obligan la gratitud del pobre. De este modo ha podido extenderse por toda América, esa red de edificios clericales dedicados á la enseñanza.

¿Su número?. Contad las provincias, los departamentos, ciudades, villas y pueblos rurales de cada República; multiplicad la suma por el número de órdenes monásticas, patronatos y juntas de damas que funcionan en todos los sitios y obtendréis un total asombroso, que os anonadará con su linea interminable de cifras. Ese es el número de las instituciones que difunden la instrucción religiosa.

¿Cuales son sus planes?. Combatir la enseñanza laica, á que se inclinan los Estados, anulando los esfuerzos de la escuela oficial.

¿Cuales sus fines? Impedir la robustez del caracter americano, apoderándose del porvenir, por el niño.

V

LA ESCUELA CATÓLICA EN AMÉRICA LATINA

EL peligro de la enseñanza católica es común á todos los países americanos.

Paraguay, que aún sufre la triste herencia de sus antiguas «misiones»; Bolívia, que apenas comienza á desembarazarse de sus fanatismos, bajo la influencia liberal de sus actuales gobiernos; Ecuador, uno de los primeros pueblos emancipados y hoy sujeto á una triste servidumbre; Panamá, Honduras, El Salvador, Nicaragua, son focos clericales en donde la enseñanza, todavía entregada á los antiguos métodos en la escuela oficial, vive bajo el dominio del clérigo, en los colegios particulares.

Guatemala, no obstante la ninguna protección que á la iglesia concede el gobierno, está llena de edificios católicos. En Venezuela actúan toda clase de congregaciones religiosas; lo mismo que en Cuba donde, no obstante los anhelos reformistas de sus educadores, los internados de Guanabacoa y

Belén, dirigidos por jesuitas, siguen educando á la mayoría de la juventud.

México, á pesar de sus leyes prohibitivas para la iglesia, no sufre menos que la citada Antilla la influencia de la escuela congregacionista. La lista de colegios católicos sería interminable: el de Mascarnes, el Josefino, el Teresiano, los del Sagrado Corazón.....

Supe, al visitar Monterrey, — uno de los más ricos estados de aquella interesante República — un caso que revela cual es la tendencia de la educación clerical. El alcalde de la ciudad, Sr. Alfredo Perez, recibió la denuncia de que, en un internado religioso, se había impuesto á un niño tres días de reclusión por escribir en su libreta de apuntes «¡Viva Juárez!».

Comentando el caso en aquel y otros sitios, me aseguraron que en las escuelas católicas de todo el país, el nombre del restaurador de la democracia mexicana, del benemérito de las Américas, es execrado.

El clero, que no puede perdonarle sus liberales leyes, (1) odia su memoria, y este odio lo trasmite á los niños mexicanos que educa. ¡Así forma ciudadanos la iglesia!

En las grandes Repúblicas del Sur el peligro de esta perniciosa educación no desaparece. A pesar de la opinión liberal que sustenta la mayoría del país, las congregaciones religiosas extienden por Chile sus establecimientos de enseñanza. La comunidad de S.^{to} Tomás de Aquino, tiene trece colegios y dos patronatos. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas, hacen funcionar un crecido número de éstas, á las cuales hay que agregar los talleres de S. Vicente

(1) Como es sabido Juárez dió á México las «Leyes de Reforma» que separaron la iglesia del Estado.

Paúl. El Patrocinio de San José cuenta con trece escuelas, once de ellas en provincias.

Las instituciones de segunda enseñanza, dirigidas por jesuitas y padres franceses, mantienen lujosísimos internados para hijos de familias ricas. Los incontables centros escolares patrocinados por damas, la normal de S.^{ta} Teresa, la de preceptores, que pertenece al arzobispado, y, por último, la universidad católica, con un colosal edificio, bastan para dar una idea de la poderosa organización eclesiástica.

Las normales católicas no admiten sino alumnos venidos de las escuelas de su comunión. Así es fácil moldear al maestro. En cambio, los exámenes rendidos en la normal de S.^{ta} Teresa, habilitan á las profesoras para ejercer en los colegios nacionales. En parecidas condiciones están los internados de jesuitas y padres franceses, cuyos exámenes dan suficiencia para aspirar al título de bachiller en humanidades y filosofía.

No es necesario demostrar la preponderancia que concede á la iglesia semejante organización. Quiero anotar, no obstante, un dato elocuentísimo: Según las cifras contenidas en la última memoria de las Escuelas de S.^{to} Tomás, los ingresos anuales de esta institución, fueron en sus comienzos de \$2.000. Las actuales entradas ascienden a \$17.326:40. ¡Más del 800 % sobre los beneficios primitivos!

El creciente desarrollo de la escuela oficial en la Argentina, no impide que la influencia eclesiástica se manifieste en la enseñanza privada. Se puede calcular, según los datos estadísticos (¹), que, casi

(¹) De las 5,321 escuelas que figuran en el censo de 1909, pertenecen 203 á comunidades religiosas; 851 á instituciones particulares, y 89 á la beneficencia. De la suma obtenida por las dos últimas cifras, solo un 30 %, cuando más, son laicas.

una sexta parte de la población escolar, recibe educación netamente católica. Mas si se tiene en cuenta que el esfuerzo de las congregaciones se reconcentra en las ciudades, mientras el del Estado se extiende hasta los campos, podrá afirmarse que en los grandes centros, la enseñanza católica puede competir con la fiscal; no olvidando, además, que si á la escuela pública concurren las clases modestas, dedicadas generalmente á desempeñar oficios manuales, en la católica se congregan los llamados, más tarde, á ocupar puestos dirigentes en el país.

Casi en idénticas condiciones se encuentra el Brasil: plagado de asociaciones monásticas que acaparan la enseñanza privada. Muchos centros de segunda enseñanza, en manos de los jesuitas, están equiparados á los de la nación.

Tres pequeños países, Uruguay, Costa Rica y Puerto Rico, han sido los más afortunados, en esta lucha que está obligada á sostener la instrucción contra el prejuicio sectario.

El gobierno de Batlle y Ordóñez, en el Uruguay, lejos de permitir licencias á la iglesia la ha mantenido á raya; impidiéndola toda extralimitación en sus funciones y ejerciendo una extrema vigilancia sobre la escuela pública y privada.

No quiere esto decir que la República se halle libre de todo cuidado en lo que afecta á la cuestión religiosa. Contándose en el número de los países que aún no reformaron su Constitución, en el sentido de separar el Estado de la iglesia, ⁽¹⁾ ésta tiene sus prerrogativas que, si hoy están limitadas por la

(1) La actuales cámaras laboran para suprimir de la Constitución Uruguaya el artículo, 5.º que declara al Estado católico; artículo que pugna con la tendencia general del país.

acción gubernamental, pueden mañana expandirse nuevamente al amparo de gobernantes más débiles. Batlle y Ordóñez es demasiado inteligente para dejar de conocer este peligro y posee las altas dotes de carácter suficientes para evitarlo; terminando en este período presidencial, la obra libertadora que emprendió en el primero.

Mientras tanto, la iglesia apela á las clases aristocratizadas para mantener sus escuelas y patronatos, tratando de resarcirse por estos medios, de los perjuicios que le irroga la rápida liberalización del país.

Costa Rica se halla casi en las mismas condiciones. En plena reforma educativa no puede decir todavía que extirpó completamente la herencia de los viejos tiempos; mas sí que el espíritu público, encontrando en el actual gobierno un intérprete de sus aspiraciones liberales, va afirmándolas cada vez más.

En puerto Rico la iglesia católica, apoyada por las autoridades Norteamericanas (1) y los núcleos de creyentes, pretende todavía influir sobre la educación. Las escuelas religiosas abundan. Pero la mayoría del país, ya de antiguo independizada y teniendo convicciones propias é ideales filosóficos arraigados, resiste á la obra catequista y funda, independientemente del gobierno, escuelas y liceos laicos.

(1) He aquí lo que, en afirmación de ésto, dice un periódico puertorriqueño, *La Conciencia Libre*. «El colegio de niños es una madriguera del jesuitismo .. El colegio de niñas está convertido en un convento de monjas.. En tiempos de la dominación española no había tantos santos en el colegio ni se pul-saba tanto la nota religiosa».

VI

DOS PAISES EN ESTADO GRAVE

DOS naciones sud-americanas, presentan caracteres más graves en esta enfermedad común: Perú y Colombia. Son ambas á manera de cuarteles generales para las fuerzas eclesiásticas que actúan en América. No ya la escuela elemental del Estado y la enseñanza privada, como acontece en otros países, sino los centros universitarios y ateneos, todas las fuentes de la cultura pública y de la moral familiar y social; todas las iniciativas del gobernante y las prerrogativas del código, viven, en ellos, sometidas á la religión omnipotente.

Treinta años de gobierno conservador en Colombia, han permitido al clero adueñarse de la situación. Es lógico. Siempre correspondió el mínimum de libertad política al máximun de licencia religiosa, por que en esto precisamente estriba el secreto de las servidumbres populares. ¿Es necesario decir que allí la enseñanza no es obligatoria y que la instrucción pública está en manos del clero?

Sin embargo, en Colombia existe una bien fun-

dada esperanza de salvación. Sus partidos liberales, que están allí perfectamente definidos, conocen el mal y buscan el remedio difundiendo la enseñanza laica en las muchas escuelas que sostienen. En ellas educan sus hijos apartados de la influencia eclesiástica, esperando así formar generaciones nuevas, aptas para la obra de emancipación.

¡Mas en Perú!... Su actual estado de subordinación apenas, porque allí el sometimiento es absoluto. El imperio de los altivos incas se ha trocado en un feudo clerical.

He aquí como lo describe un distinguido publicista peruano, el Dr. Manuel G. Prada, actual director del museo en Lima.

«¿Que parece Lima? Un mar muerto en que iglesias y monasterios asoman como islotes sin agua y sin vegetación. Donde se proyecta una calle surge ya un plantel de jesuitas; donde se traza una avenida, blanquea ya un edificio de salesianos. Conventos nacionales que por falta de personal debieron clausurarse legalmente, se repletan de frailes extranjeros, resurgen de sus ruínas y *como si obedecieran á una voz de mando*, se transforman en colegios. Así, la población que tal vez encierra mas de cien edificios destinados al culto y á la enseñanza religiosa, no posee una sola escuela municipal, digna de un pueblo civilizado.»

«El Concejo Departamental edifica hoy el Liceo de Guadalupe; mas va desplegando tanta magnificencia en la capilla ⁽¹⁾ que sin duda considera el

(1) ¿Capilla en los Liceos? Es la última palabra de la previsión religiosa.

Liceo como un accesorio y la capilla cómo lo esencial.»

.....
«De la capital las congregaciones irradian á toda la República: reinan en Arequipa, dominan en Cajamarca, invaden Huanuco, se extienden á Puno y terminarán por adueñarse de las últimas rancherías ó pagos. Todo con tolerancia de congresos, anuencia de gobiernos y beneplácito de municipalidades....»

«No puede haber instrucción donde no existen escuelas normales, donde todas las lecciones del preceptor se limitan á la desgredada repetición de manuales extractados de obras añejas y recalci-
trantes.»

«Todos nuestros doctores pertenecen á la Unión Católica, a la Adoración Perpetua y á la Archicofradía de N. S. del Rosario».

Tan negro es este cuadro que he preferido dejar su relato á un prestigioso peruano á fin de que, por pluma estraña hecho, no pareciese exagerado.

Infelizmente, Perú vive hoy así. Su antigua grandeza, se ha convertido en aletargadora mansedumbre: lo manifiestan sus leyes arcáicas, su Constitución anticuada, sus ciudades impregnadas de misticismo, sus mujeres envueltas en la sombra del confesonario, y hasta su juventud mustia, sin bríos, como agobiada por una vida que no llegó á gustar.

Inmovil, mientras todos los países á su alrededor marchan, él siente cada día el peso del desastre y de la fatalidad sobre sí.

¡Triste castigo reservado á los pueblos que, abdicando de su soberanía, se entregan como muertos en vida, á las servidumbres voluntarias!

VII

LA ESCUELA RELIGIOSA EN LA AMÉRICA SAJONA

LOS métodos escolares de Estados Unidos si superan á los de los países latinos por el practicismo de que dotan á la enseñanza y su tendencia á desarrollar la personalidad, le son inferiores en cuanto á la educación del sentimiento. Y sin embargo, la religión interviene en la escuela más, mucho más que en algunas Repúblicas del Sur.

Mr. Weulersse, estudiando este asunto después del viaje realizado á Norte América por una comisión de la universidad de París, dice: «... en muchas escuelas secundarias existe la costumbre de iniciar las clases con la lectura de un pasaje de la Biblia ó con alguna oración. En Harvard y en Yale las ceremonias del *Class Day* y del *Commencement*, empiezan y terminan con una oración pública ó con un salmo que los asistentes cantan en coro. .»

«En la enseñanza que da el Estado, la religión

solo tiene una forma tradicional, siempre vaga y á veces vacía, en la que se moldea la moral laica.»

«La laicidad perfecta no se realiza en ninguna parte de los Estados Unidos».

Estas observaciones explican las frases siguientes que escuché repetidamente en Nueva York:—«Aquí todos los individuos son por igual considerados, sea cual fuere la religión que profesen; pero se conceptua mal, generalmente, al que no posee ninguna»—.

¡Extraña forma de entender el respeto que merece la libertad de conciencia!—me dije. Pero cuando estudié aquel medio comprendí que en él, salvo los «enmancipados»—muchos y buenos—la opinión de la masa no podía ser otra que la ya indicada. No una sino dos religiones influyen, en aquel país sobre el espíritu público y, aunque existe entre ambas un abismo de odios, aparentan respetarse mutuamente y parecen coaligadas para evitar que se difunda el descreimiento, que es peligro de muerte para todas las escuelas fundadas sobre la inconsistente base de la fe. Esta alianza defensiva de las dos escuelas religiosas, produce la tolerancia entre sus respectivos creyentes; tolerancia que se detiene ante el irreligioso.

Facil es observar como el pastor y el sacerdote, quē en la América latina se combaten, en la sajona se respetan. Esto obedece á que, en la primera, ve el clérigo católico, en el ministro protestante, un molesto competidor que ayuda, con frecuencia, á los librepensadores, en la obra común de descatolizar conciencias; mientras que en la segunda, le considera una fuerza á la cual, no pudiendo vencer, es necesario aprovechar. El protestante, por su parte, desprovisto del espíritu mercantil que previene toda competencia, cuanto absorbido por el espíritu de catequización, que es inherente á toda creencia nue-

va, si fuera de Estados Unidos combate al clérigo romanista; es porque le impide hacer prosélitos y si dentro le acepta, es porque, considerándose él más fuerte, no le teme.

Hubo en esta seguridad de su influencia, un error que ya empieza á reconocer el protestante; por que si es cierto que sus doctrinas tienen gran superioridad sobre las del catolicismo en lo que se refiere á reglas disciplinarias y morales, también lo es que la religión romanista, por su dogma duro que hiere profundamente la conciencia; por su estrecha disciplina eclesiástica que la permite unidad en la acción, es más eficaz para subordinar los espíritus predispuestos á la credulidad, que la «libertad de interpretación» y la multiplicidad de iglesias, adoptadas por la Reforma. Por eso el clérigo que entró en Norte América como huesped, ya se prepara á convertirse en amo.

Para lograrlo, usa la tolerancia como un arma. En los colegios congregacionistas, que son allí incontables, se reciben niños protestantes respetando, aparentemente, sus creencias. En el magnífico internado de los «Sagrados Corazones» que en Nueva York dirigen monjas jesuítas, donde «es moda» que se eduquen las hijas de familias adineradas de Centro América y las Antillas, y donde asisten niñas que profesan la religión reformada, muéstranse en los testers principales de las aulas y sobre otros sitios visibles, grandes letreros que prohíben «hablar de religión y de política». Es una táctica empleada por la iglesia romana, para sus fines de «ocupación pacífica».

Los resultados económicos y doctrinarios, han respondido á estos manejos: La escuela católica no es menos importante que la evangélica y ambas pesan sobre la educación nacional.

Esta influencia religiosa no da por resultado, como en el Sur, la anulación del carácter, sino su deformación. Los norteamericanos, empachados de Biblia y catecismo, no han conquistado, sin embargo, la superioridad moral á que aspira la especie.

El agudo individualismo que caracteriza á Estados Unidos, cosa es ya demasiado sabida. Todos sus actos tienden á beneficiar el «yo». Para eso se trabaja y se piensa. Aun en los donativos cuantiosos con que allí se manifiesta la filantropía, suele verse este espíritu de moral utilitaria: el benefactor lo es para *su* estado, para *su* barrio, para *sus* empleados, para algo, en fin, que si no es el propio donante refleja, cuando menos, su personalidad.

Hasta en la emulación por la cultura se revela esta manera de pensar y sentir. La «American Society of Mechanical Engineers» batía el *record* del utilitarismo, publicando, no ha mucho, una memoria en la que, sobre columnas y columnas numéricas dedicadas á fijar el capital que supone cada profesión, se deducía el *interés* que le produce al norteamericano el dinero invertido en la enseñanza. ¡El colmo del tanto por ciento!

Un educacionista cubano, que escribe haciendo grandes elogios de los métodos educativos norteamericanos, cita el caso de una niña que encontrándose con varias personas en el salón de un hotel, se asustó ante la acometida de un perro empeñado en arrebatarle su muñeca. «Nadie se movió — dice — ni la propia madre que se contentó con advertir á la criatura que no debía tener temor».

Considera el publicista que, tan sabia indiferencia, fue saludable para la educación de la criatura, porque la libró de un miedo infundado. Pero esa indiferencia general, ante su demanda de socorro y su llanto, ¿no pudo resultar perniciosa para la

formación moral de la pequeña, inculcando en ella la idea de que *no es necesario molestarse para acudir en socorro de nuestros semejantes?*

Durante mi permanencia en Nueva York fué destruido por un incendio el edificio de la «Equitable Life Assurance Society»: un soberbio *rasca-cielos*. La baja temperatura de una noche de Enero, congelaba el agua de las mangueras, impidiendo los trabajos de salvamento. En los sótanos, bajo los escombros, quedaban cinco hombres, tal vez vivos. Al día siguiente, algunos diarios Newyorkinos, dedicaban unas líneas á referir la horrible situación de aquellos desgraciados, y columnas enteras á reseñar el proyecto de un nuevo edificio que se elevaría á tanta altura y tendríá tantos pisos y costaría tantos millones...

Estos casos de «practicismo» que alguien llamaría de inhumanidad, no demuestran la condición ingénita de una raza; mas sí las consecuencias de ese egoismo del «yo» individual, ó su derivado, el «yo» nacional, que se cultiva en la escuela de la América sajona.

El profesor G. Weulersse, refiriéndose á esto dice: «En las escuelas los niños entonan el canto á América ⁽¹⁾, compuesto durante la guerra con España, ú otros. El amor á su patria lo fundan en que ella es superior á todos los países del mundo».

«Cuando el maestro expone los vicios de los gobiernos extranjeros, no deja nunca de agregar esta frase: «Estamos mucho más adelantados».

(1) Para los naturales de E. Unidos, América no significa el Continente, sino su patria. Así dicen: «Nosotros los americanos; ellos los mexicanos, argentinos, etc».

Tal criterio explica el desdén del norteamericano por todo lo que no sea él ó emane de él.

¡Y esto cuando los altos ideales humanos tienden á la confraternidad de los pueblos!

Ciertamente que para obtener tales resultados en la moral del individuo, no valía la pena de haber acumulado sobre su educación, el peso de dos religiones.



I

EL NEGOCIO

EL negocio es la exclusiva ocupación de la iglesia. Sus ministros los hacen espirituales y mundanos. Todos son mercantiles.

El cuidado de las almas produce mucho... Limpiarlas, de cuando en cuando, de la lepra pecaminosa; lavarlas y acicalarlas para ofrecerlas al esposo divino, es un servicio molesto que merece retribución. El monto de ésta, depende de las circunstancias; á veces es el óbolo modesto, á veces la cuantiosa fortuna. Siempre algo.

La atención de las cosas profanas, debe ser carga enorme para los que viven volando, con el pensamiento, por las etéreas regiones. El sacerdote la soporta. Toda clase de operaciones comerciales absorben su tiempo, dándole rendimientos cuantiosos que él acepta, por amor á Jesús.

El altar en que oficia, el confesonario en que absuelve, la pila en que da patentes de cristiano, la escuela en que dogmatiza, el asilo donde acoge á los necesitados son centros de operaciones económicas.

Donde está el sacerdote, hay una Bolsa. En ella se cotizan pasiones; se negocia con los vicios y con las virtudes; se hacen transacciones con el delito y contratos con la vanidad; se expecula con la miseria y se trafica con el remordimiento.

La religión es una fórmula bancaria. El clérigo la utiliza donde quiera que pone su planta. América es hoy el centro principal de sus operaciones.

Necesitada, para su comercio, de más ricos y prósperos mercados que los empobrecidos de Europa, la iglesia funciona cambiando su capital místico por otro más positivo; y colocando éste á crecido interés. Todo en ella es expeculación.

Aparte de los lujosos internados, que ofrecen gran confort á los niños ricos — por el cual cobran muy buenos pesos á sus padres — funcionan las comunidades monacales, dedicadas á la explotación de industrias. Son éstas agrícolas, comerciales, manufactureras. Cada parroquia es una sucursal; el cura, agente.

Ni los mismos palacios episcopales contienen, ó cuando menos disimulan, su desmedido afán de lucro. Compran y venden tierras; negocian con edificios; abren comercios y, para sostenerlos, hacen valer sus influencias. El escrúpulo no les detiene. No es la índole del negocio sino sus rendimientos, lo que les preocupa.

He aquí un caso: Encontrándome en la bella islita puertorriqueña, que guarda para mí gratos recuerdos de la infancia, y recorriendo las calles de su capital, deseosa de verlo todo y acariciarlo todo, con esa plácida caricia que pone en la mirada la evocación de horas dichosas, me detuve, con la amiga que me acompañaba, frente á una vieja iglesia.

— La favorita de tus abuelos — me dijo ella — donde tu y yo veníamos para cantar á la virgen.

El recuerdo de mi niñez creyente, me hizo sonreír.

— ¿Quieres que entremos? — agregó — Hay fiesta. Tomaremos billetes.

— ¿Eh.?

— Ahora se paga cuando se acude al templo.

— Y ¿quien es el que cobra?

— ¡Quien ha de ser: El obispado.

Seguimos andando. Frente á la catedral nos detuvimos.

— ¿Qué se ha hecho del antiguo atrio? — pregunté.

— El obispo lo ha convertido en esa finca de alquiler.

Y me señalaba una, magnífica. Luego, como viese en mí un gesto de sorpresa, agregó:

— Te extraña? Mira, pues, allá al frente.

— El convento de las monjas.

— Era.

¿Que existe hoy en él?

— En los bajos, á este lado, un *garaje*; al otro, habitaciones para familias. En los altos, un teatro.

— ¿También del obispado?

— Que lo arrienda al mejor postor.

— Entremos. Conoceré la escena mística. — Mi amiga me detuvo.

— No. Es un teatro... alegre. Ahí no entran señoras.

iii...!!!

II

EL ASILO

EL que desea establecer una industria lo primero que necesita es capital. Por su empleo se instalará convenientemente; obtendrá maquinaria; pagará contribuciones; retribuirá al operario. Solo después de haber expuesto toda ó parte de su fortuna, comienza el negocio que le reintegra, primero, las sumas invertidas y le produce, luego, más ó menos ganancia. Cuando de la industria religiosa se trata, nada de esto es preciso. Los «hermanitos» ó «hermanitas» llegan á una ciudad y se instalan al amparo de las autoridades eclesiásticas; si es que no cuentan, como es frecuente, con el de los poderes públicos. Una modestísima casa y cuatro ó seis infelices, recogidos en el arroyo, constituyen la base de su especulación futura. La casa se denomina «Asilo»; las monjas ó frailes, «hermanitos de los pobres». Estos... sirven de muestra para los corretajes.

La caridad virtualiza, en este caso, el asalto á la bolsa del pródigo. «Para los pobrecitos asilados»

— musita la monja, con su vocecilla quejumbrosa, tendiendo su mano pedigüeña en el palacio y en la modesta casa. — «Para los pobrecitos asilados» — pide el bonachón «hermanito,» de puerta en puerta. — «Para los pobrecitos asilados» — dice el letrado impreso en la alcancía que se coloca á la entrada del templo y, á veces, en los paseos públicos.

¿Quien se resiste cuando de esta manera se invocan la infancia y la ancianidad desvalidas? Desde la moneda de níquel, que entrega distraidamente el transeunte, hasta los miles de pesos obtenidos en las fiestas de caridad, que no tarda en organizar algún grupo de damas, la dádiva no cesa. Ya hay sumas de interminables cifras; ya está formado el capital.

Entonces, la casa modesta se torna en magnífico edificio. Los-asilados aumentan. Por éstos y para éstos, se obtienen subvenciones de municipios y sociedades filantrópicas. Vienen, luego, los donativos de las millonarias que gustan de exhibir su piedad en las columnas periodísticas. Las cifras crecen. El capital se redondea.

¿Terminó el negocio? No. Ahora empieza. El edificio benéfico se convierte en industrial. Sus salones, destinados á albergar la indigencia, se tornan en talleres. Muchachos de todas las edades trabajan en ellos cepillando maderas, moviendo grandes sierras, haciendo girar rotativas, transportando fardos, almacenando géneros. Las niñas cosen, tejen, bordan, hacen calados. Las más inteligentes confeccionan el rico *trousseau* y la delicada canastilla para el recién nacido; las más torpes se dedican á proveer de ropa al convento. Otras sirven en los talleres de lavado y planchado.

Los ancianos no quedan ociosos: hombres y mujeres, atienden al servicio doméstico. Y, en verdad, que no sé quienes inspiran más conmiseración;

si esos pequeñuelos, obligados en el albor de la vida á una ruda faena, ó esos viejos, empleados en trabajos serviles, cuando la aureola de sus cabellos blancos debía harcerlos objeto de veneración.

Pero el asilo congregacionista no entiende de sentimentalismos. Necesita brazos. Hay que resignarse y trabajar.

La elaboración de los talleres se ofrece en el mercado á bajo precio; esa moderna prestación personal lo permite. ¡Ahí es nada! Un negocio en que todo ó casi todo es ganancia!

Atraídos por estas ventajas llueven los compradores. Los pedidos crecen, el trabajo se multiplica, las congregaciones amontonan miles y miles; compran fincas, levantan edificios. Y vienen luego congregaciones nuevas con nuevos asilos y nuevas industrias.

La caridad eclesiástica renta mucho á los que la ejercen. En cambio produce graves daños á la sociedad. Perjudica al comercio por la competencia; al proletario por que impone una baja de jornales; á la moral porque acapara el trabajo de aguja, únicos medios de defensa económica para la obrera, empujando por tal motivo á ésta, hacia la pendiente del vicio.

Estos funestos resultados los tocaron ya varios países en Europa. Por lo que á América se refiere, quiero copiar aquí algo de lo que á este respecto dice un periódico puertorriqueño *La Conciencia Libre*: «Algunas industrias libres han comenzado ya á sentir los efectos del funcionamiento de talleres en el obispado por la competencia que estos hacen. En algunos talleres han tenido que emplear agentes especiales para que vayan de casa en casa y de obra en obra, anunciando los trabajos y ofreciéndolos á bajo precio. Actualmente hay casas que han tenido que suprimir operarios...

«El obispado está adueñándose del pan de muchas familias».

Puerto Rico es muy pequeño y tiene cerca de dos millones de habitantes; por eso los perjuicios se sienten ya allí.

En las grandes Repúblicas, donde funcionan más en grande también las industrias eclesiásticas, no puede todavía apreciarse la crisis operaria que ellas provocan; por que el número de brazos es menor del que la tierra necesita.

Pero que pasen años, que las Repúblicas empiecen á sentir el exceso de población y el problema, se habrá planteado.

III

TALLERES DE D. BOSCO

LOS principales agentes en América de las colosales empresas á que hice referencia, son las comunidades salesianas. Sus colegios funcionan bajo la advocación de Maria Auxiliadora. Sus talleres se denominan de «D. Bosco».

Este D. Bosco fué un clérigo italiano, de esos de misa y olla, que hartó sin duda de la medianía en que se hallaba, muy distinta por cierto de la gustosa vida disfrutada por otros de sus muchos colegas, dió en cavilar buscando el medio de hacerse rico lo más católicamente posible. Y después de pensar y pensar *fué* y... se le apareció la virgen... Y le mandó fundar la orden salesiana dedicada á colegios y asilos para niños pobres.

Ya pueden sospechar mis lectores el tragín que se armó en el sitio donde ocurriera tan archifenomenal suceso y en unas cuantas leguas á la redonda. Glosáronlo obispos, canónigos y párrocos; disciplináronse, en reverencia á la *aparecida*, algunas congregaciones monjiles; cantaron otras, latinizaron to-

das y hasta entiendo que hubo devotísimas beatas que se desmayaron de alegría.

Pasaron las emociones y los éxtasis, que todo pasa en esta vida, y quedó reducido el «milagro» á producir una imagen más en los altares, una congregación más en la iglesia y un comercio más en el mundo.

Con la fianza de la virgen y — lo que era más práctico — haciendo números, de los cuales se deducían tentadores dividendos, no fué difícil á D. Bosco encontrar colaboradores. Los salesianos comenzaron á extender sus colegios y talleres por Europa y América y el éxito no les abandonó. Era el éxito mismo que hizo potentados á los negreros. Doscientas casas, con más de quinientas industrias, se calcula que poseen actualmente. ¡Quinientas industrias que no pagan contribución, ni operarios ni indemnizaciones por accidentes del trabajo! D. Bosco era un gran calculista.

El negocio que en estos años últimos ha decaído en el viejo mundo, aumenta en el nuevo prodigiosamente. No hay ciudad importante de cualquiera de sus Repúblicas que deje de poseer, cuando menos, una de estas instituciones industriales. Los asilados confeccionan zapatos, sombreros, trajes, muebles; trabajan en tipografía, litografía y encuadernación. Los talleres de estos y otros muchos oficios surten á los establecimientos religiosos, á las casas católicas y otras que, aun no siéndolo, buscan en ellos la economía del centavo. Hace ya mucho tiempo que el clericalismo ha dado á los suyos esta imperiosa consigna: «guerra al comercio liberal». Mas para que esto sea posible hace falta crear el comercio netamente católico. Aquí de los talleres de D. Bosco. Una de las empresas en que más lucran, es la tipográfica. La iglesia, que hoy funda en el re-

clamo más que en el propio dogma la seguridad de su vida, hace enorme consumo de papel impreso. Libros de texto para sus escuelas y de oraciones para sus feligresas. Boletines de sociedades, hojas de propaganda, periódicos, revistas, estampitas con indulgencias, avisos de sacristía y pastorales. Todo se imprime en los talleres salesianos. Los pobres muchachitos recogidos *caritativamente* en el asilo, pasan la vida en los departamentos dedicados al trabajo, levantando letras, moviendo linotipos, manejando prensas, echando moldes en las grandes platinas y siempre respirando el envenenador antimonio. ¡Esto, en la edad del desarrollo, cuando más necesitan los pulmones de aire puro!

Como es muy frecuente que estas imprentas no se hallen inscritas en los registros correspondientes, la inspección oficial no llega á ellas y el niño y el joven trabajan sin las garantías de la ley.

El fuerte de estos talleres tipográficos es la hoja de combate. En tal sentido prestan un gran servicio á la propaganda católica, por que en ellos es seguro y discreto el servicio. ¿Molesta alguien?. Hoja al canto. ¿Hay que emprender una campaña electoral y herir en ella muy duramente al adversario?. Aparece el manifiesto insidioso que firma *uno*, el uno cabeza de turco que nunca falta para tales casos. La iglesia no se mezcla directamente en esto. Así puede combatir á su enemigo sin perder en la contienda, ante los ojos del vulgo, el carácter evangélico de su ministerio.

Tal es la obra de los talleres salesianos que hoy realizan tambien, por que el negocio vale la pena, muchas congregaciones, entre ellas, las de los paulés, franciscanos y redentoristas.

¡Santa y apostólica empresa dedicada á hacer millones á expensas de la infancia desvalida!

IV

LOS SANTUARIOS

LOS santuarios en América son ricas minas cuyo filón no se agota. En sus altares hay imágenes de origen indígena é *importadas*. Las de Lourdes y Monserrat abundan. Todas ellas son «aparecidas» y «hacen milagros». Esto produce millonadas.

La guadalupana de México, que apareció, según la iglesia, pintada sobre la capa de un azteca convertido, posee una fortuna principesca ⁽¹⁾ y es el ídolo de los indios que adoran en ella á una de sus antiguas divinidades. Del mismo modo se reverencia la de Guápulo en el Ecuador, la de Andacollo en Chile y la de la Caridad del Cobre por los negros de Cuba. Los santuarios del Perú, muchos de ellos contruidos sobres los antiguos en que ado-

(1) La basílica de Guadalupe costó \$500:000. Contiene un verdadero tesoro. Hay en ella un gran trono de plata maciza. El marco de oro que encierra la pintura pesa 12 kilos; Lo que produce la capa de un indio en buenas manos!

raron los incas á la luna y el sol, ⁽¹⁾ cuentan todos con santos milagrosos.

Argentina tiene la virgen de Luján, en un santuario capaz para 30:000 personas; la de Itatí en Misiones; el Señor del Milagro, que *milagrea* en Salta, en competencia con *Pacha-Mama* (*la madre tierra*) divinidad indígena á quien el indio ruega; la del Valle, aparecida en las excavaciones de una sierra, juntamente con objetos del culto indígena; y por último, la de Cuyo, coronada recientemente según la nueva usanza.

Existe en el Uruguay la del Verdún, virgen de piedra que, expuesta á la intemperie en un cerro, hizo el milagro de descabezarse para que los católicos le regalasen un santuario. Hay también numerosas en el Brasil, aunque no deben ser suficientes por que hace poco se apareció otra nueva. Así al menos lo atestiguaban, en un telegrama que leí en «O Estado» de San Pablo, varios graves doctores de Río de Janeiro.

En la Antilla Dominicana, «hace milagros» una rama de níspero conservada en forma de cruz en la catedral y con la cual cree el isleño que Colón sometió á los indígenas. Un cicerone religioso enseña al viajero el árbol de donde esa rama fué cortada. Da todavía fruto; y los devotos dominicanos se comen los nísperos y adoran la corteza.

La virgen de Chiquiquira es el orgullo de los indios colombianos que van á ofrecerla ricas esmeraldas de sus serranías, en peregrinaciones anuales. Su nombre indica la procedencia indígena, pero pasa por cristiana, como tantas otras.

(1) En el Cuzco, el templo de S. Francisco está edificado sobre las ruinas del antiguo templo del Sol. El de Santa Catalina sobre las del palacio de las vestales.

Es aparecida y milagrosa. Así, á lo menos, lo dice la comunidad de dominicos que usufructúan el negocio de su santuario. ¡Los millones que él ha producido!

Sin embargo, la imagen está en estos momentos bajo la amenaza de una terrible competencia. Ello es cosa de los jesuitas: En su templo, acaba de transformarse una hostia en la imagen del corazón de Jesús ⁽¹⁾ ¡Ahí es nada! Una efigie que será tan gentil y *expresiva* como todas las que los ignacianos exponen, en sus templos coquetones, á la admiración de las románticas devotas. Malo, muy malo es esto para la señora de Chiquiquira, y peor, mucho peor para los dominicos.

En cuanto a los creyentes; ¡por una imagen más ó menos! ¡Hay tantas y tan milagrosas todas!

Aunque aquí se me ocurre preguntar: ¿Por qué no se aparecían los santos y las vírgenes en este Continente antes de que vinieran á él los sacerdotes católicos?

Los creyentes no incurren en el grave pecado de discurrir sobre tal cosa, contentándose con acomodar su fe á las palabras de S. Agustin: «*Credo quia absurdum*». Por eso alrededor de los santuarios es posible al sacerdote desarrollar lisonjeros negocios.

Uno de ellos es la contrata de favores divinos. Los salesianos y jesuitas lo usufructúan, manteniendo, unas á manera de agencias, bajo la razón comercial de la imagen que se venera en el santuario. Los bo-

(1) He aquí el telegrama publicado por varios diarios Colombianos: = Medellín Diciembre 11-1912. Arzobispo de Medellín—Bogotá En Concepción viernes pasado cuarenta horas transformose hostia en imagen Corazón de Jesús.—Vicario General.

letines que se publican al efecto, contienen el balance de las «operaciones». He aquí algunas de estas:

«Arauco—Madre mia, Maria Auxiliadora. Yo te ruego (aquí una petición minuciosa). *Si me alcanzas esta gracia te mandaré 15 pesos*».

«Rancagua Agosto 1912. . . . Vos, madre mia, sabéis cuanto sufro. *Os doy dos meses de plazo* para que me sanéis y os prometo ir yo en persona al santuario á dejaros 10 pesos».

Como puede observar el lector, se trata de un contrato de venta con todas las generales de la ley: expresión de la cosa vendida, precio de la extipulación y condiciones de pago. El sacerdote interviene como corredor, y conviene advertir, que hay por parte del cliente tan poca confianza en la casa remitora, que solo abona contra reembolso. Aun con estas reservas comerciales el negocio es bueno, por que generalmente, los pedidos se hacen para enfermos que cura el médico y cuya curación cobra puntualmente la virgen.

Mas no es solo en el orden espiritual que la iglesia aprovecha el prestigio del santuario, la especulación vá más lejos. En un comercio mexicano encontré, sirviendo de reclamo á la casa, una reliquia de tierra santa. Se ofrecía á las clientes en una linda cartera que contenía, con el anuncio del establecimiento, la certificación de autenticidad expedida por la basílica de Guadalupe y firmada por un presbítero. Otra no menos curiosa vi publicada en un diario de Guadalajara, también México. Iba firmada por el pro-secretario de la Sagrada Mitra, del Saltillo y testificaba la pureza del vino que se elaboraba en unas bodegas. ¡El colmo!

Estos ejemplos eclesiásticos han animado á algunos laicos ingeniosos á imitarlos. Las hechicerías

abundan entre la gente católica. En Perú, las echadoras de cartas, que son muchas, anuncian á las clientes las suertes de amor en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo.

Estando en el Brasil presencié la aparición del famoso «santo de Barretos»: un buen hombre que, buscando los fáciles medios de vivir, se declaró apostol con poder especial de Jesús. Pretendía imitar al nazareno usando una túnica blanca, manto rojo y el cabello partido, cayéndole sobre los hombros. Se ocupaba en vender un te confeccionado con cera que, según él, tenía virtudes curativas. Predicaba por los caminos y la gente le seguía á bandadas, acompañándole de pueblo en pueblo. Al fin la policía intervino y el pobre «santo» terminó su odisea en el hospicio de Juquery.

La iglesia clama contra estas supercherías pero ¿tiene derecho?

Entre ese «santo» que comercia con su te, diciendo que sana y los frailes que expenden estampitas milagrosas para curar enfermedades; entre la adivina que vende la «piedra maravillosa del amor» y el sacerdote que negocia con los «cabos del santísimo» eficaces contra los rayos, ¿existe alguna diferencia?

LAS CONGREGACIONES Y EL MILLÓN

EL millón es la unidad numérica para los bienes congregacionistas.

En América los pobres cuentan por centavos, las clases acomodadas por pesos, los grandes *truts* y las congregaciones religiosas por millones.

Hay repúblicas como Perú, Bolivia y Paraguay, en que la iglesia regular posee quizá mayores bienes que toda la riqueza conjunta de los particulares. Un país como Colombia que cuenta seis millones de habitantes, de los cuales se calcula que un 10 % son frailes; un Estado que paga á la iglesia tres millones de dólares anuales ¿qué no habrá dado á sus congregaciones?

En algunos estados del Brasil las rentas monacales son superiores á aquellas con que cuenta el erario.

Si en la Argentina os detenéis ante el obscuro edificio de alguna institución congregacionista y preguntais de que vive, se os responderá siempre lo mismo: «¡ Oh! la comunidad tiene millones. Cuando

sus miembros llegaron aquí, pedían limosna... ahora también, á pesar de que son dueños de chacras, estancias, muchas cabezas de ganado y fincas en la capital.

En Puerto Rico las congregaciones no solamente conservan sus antiguas riquezas sino que, aprovechándose del cambio político ocurrido en la Isla, exigen á las autoridades norte-americanas nuevos reconocimientos de bienes. Ultimamente han pretendido hacer valederas reales cédulas que cuentan casi un siglo, para pedir ¡nada!... ¡una bicoca!: casi media población de Arecibo, una de las mejores de la Isla y además ocho calles de Bayamón, otra importante ciudad.

Ya que se pide hay que pedir millones.

Tal vez para esa descabellada demanda alentó á las autoridades religiosas, en Puerto Rico, el ejemplo de sus colegas en Cuba, las cuales, terminada la guerra hispano-americana y quedando la Isla bajo el gobierno militar de Estados Unidos, representado allí por Mr. Wood, obtuvieron de éste, en concepto de indemnizaciones y venta de derechos, previamente reconocidos, *cuatro millones setenta y cuatro mil cuatrocientos quince pesos oro* ⁽¹⁾

El millón parece formar parte integrante de la vida congregacional y tan habituado está á ello el americano que, generalmente, ni lo censura ni lo extraña. La holgura económica de América, la costumbre de ver desembarcar al emigrante sin otro equipo que un lio de ropa bajo el brazo y encontrarle en muchas ocasiones, pasados años, haciendo

(1) Escrituras notariales de 23 Octubre de 1901 y 11 de Enero de 1902.

operaciones de bolsa, ha inducido al hijo del país á aceptar como un hecho, triste para muchos pero legítimo para todos, el enriquecimiento del inmigrante de sotana.

Tal vez á causa de la poca atención que hasta ahora se prestó á este asunto de la propiedad eclesiástica, es que la verdadera riqueza monacal no se conoce. Si se hicieran investigaciones y se publicasen estadísticas, las cifras resultantes asustarían.

El censo de 1906 en Estados Unidos; valuaba en \$1,257¹575,867 la riqueza eclesiástica. Y hay que tener en cuenta que *solo un 87 %* de las organizaciones religiosas respondieron á las inquisitivas del gobierno. Mr. M. Mangasarian, al tratar de esto en una conferencia dada en Chicago, hace notar que en la aludida cifra no están comprendidos mas que los edificios religiosos y no las riquezas que ellos contienen; así como tampoco los palacios episcopales, escuelas de parroquias, seminarios, monasterios y otros, «por lo que muy bien se puede fijar la cifra verdadera en *dos billones y medio de dolares*». ¡Una insignificancia!. Aunque fuese distribuida esta cantidad entre las dos religiones que allí se disputan la dirección de la conciencia, aún resultaría la católica — representada en su gran mayoría por congregaciones — poseyendo alrededor de *un billón doscientos cincuenta millones de dolares*.

Un incidente ocurrido hace muy poco en Chile, dió también allí actualidad á este asunto; y el país se enteró con espanto, del monto á que ascendía el capital acumulado por algunas, solo algunas congregaciones.

Las carmelitas descalzas de S. Rafael, por ejemplo, son dueñas de la antigua población Ovalle. Llegaron pobres y sus bienes raices han sido apreciados en veinte millones de pesos. ¡Se han puesto las botas!

Los franciscanos mendicantes cuentan un capital de seis millones de pesos. Su granja, cerca de Santiago, fué valuada en un millón. Los terrenos que poseen en una de las mejores avenidas de la capital, valen cuatro millones. Hace dos años, aproximadamente, vendieron al gobierno tierras por valor de un millón doscientos mil pesos.

¡Y mendigan! «Hay gustos que merecen palos» — dice un adagio antiguo. Pero en el caso presente, sería difícil averiguar á quien debían aplicarse primero: si al que pide ó al que da.

Los agustinos y dominicos son poseedores de dos manzanas de edificios ubicados en el centro de la capital y apreciadas en varios millones. Igual puede decirse de los jesuitas que tienen un cuerpo de propiedades en arriendo, aparte del convento, el colegio y la iglesia; y de los padres jacintos con una millonada en fincas; y de las monjas teresianas, cuyas propiedades se valúan en un millón quinientos mil pesos; y las de Santa Victoria dueñas de varias posesiones que valen un millón y medio.

¿A qué seguir? Monjas del Carmen, Capuchinas, de los Sagrados Corazones, de la Providencia, de San Juan Bautista; monjes Lazaristas, Hermanos de S. Vicente, Salesianos. Todos son millonarios.

Y esto es lo que ha podido saberse con referencia á los bienes raíces. Pero ¿cómo averiguar los negocios de préstamo usurario, hipotecas, títulos de la deuda y acciones de ferrocarriles, de minas y de empresas navieras?

A pesar de tan colosales riquezas, hay algunas Repúblicas que presupuestan para el culto unos cuantos millones.

¡Siempre el millón!

VI

SANGRÍAS NACIONALES

TAN ricas son las congregaciones, que la ola creciente de su riqueza amenaza ya ahogarlas.

Es muy sabido que las fuerzas regulares y seculares de la iglesia, han vivido en perpetua aunque disimulada lucha y que solo se entienden cuando se trata de aunar fuerzas contra comunes adversarios.

Cada una de las diversas órdenes de que consta el clero regular, ha pretendido crear una iglesia dentro de la iglesia católica, procediendo á enriquecerse por cuenta propia y con perjuicio del clérigo secular, simple sacerdote subordinado al obispo. A tanto llegaron las órdenes monásticas que el papado, receloso, ejerció represión más de una vez sobre ellas⁽¹⁾.

En América no existen apenas clérigos seculares; casi todos los que pasan por tales son regulares,

(1) Urbano VIII con fecha 28 de agosto de 1624 prohibió erigir nuevas órdenes religiosas y mendicantes por que «arruinaban á las antiguas.»

frailes sujetos á una regla y á la obediencia de su casa-matriz que está en algunos de los países de Europa. Hasta obispos y arzobispos pertenecen á determinadas órdenes. Esto perjudica al papado porque le impide disponer á su antojo del cuantioso tributo americano.

Los nuncios apostólicos se encargan, en cada país donde el gobierno lo permite, de inspeccionar las congregaciones; y por su parte las casas centrales de Europa, desconfiando del vaticano, envían también de cuando en cuando, al «padre» ó á la «madre» visitantes que hacen su jirita por América «poniendo en orden» los asuntos de la comunidad.

Se ha venido observando la frecuencia con que las congregaciones enajenan sus bienes. Ello coincide frecuentemente con las visitas indicadas; lo que induce á sospechar que si el comisario papal tiene «sus exigencias» que han de ser forzosamente atendidas, la casa central previéndolas y queriéndolas evitar discretamente, vigila el aumento de capital, en sus sucursales y cuando hay más de lo necesario, hace liquidación forzosa.

Esta cristianísima (?) competencia del apostolado católico produce en el Continente los efectos de una sangría suelta. Cada congregación arranca á los fieles por la limosna, por la herencia, por los negocios espirituales un capital que aumenta día á día. Cuando él llega á millones, intervienen de un lado el vaticano, de otro el generalato de la orden. Los bienes inmuebles son reducidos á metálico. Este vuela hacia Europa ¡Una fortuna retirada de la circulación, arrancada á la entraña productora de cada país! ¿Es esto suficiente? No. La comunidad ha quedado *con lo preciso*; es necesario comenzar de nuevo hasta que otros millones, tornados en bienes raíces, den lugar á otras visitas y otras ventas y otros giros.

Mientras tanto muchos pueblos americanos lamentan la falta de capitales propios para acometer determinadas empresas que impulsarían el desarrollo nacional, pendiente á menudo de un empréstito hecho por las grandes casas bancarias de Europa ó entregado á compañías extranjeras, que explotan las minas, los caminos de hierro y los servicios públicos.

Con el importe de los beneficios pecuniarios que rinde el Continente, solo en un lustro, á la iglesia ¡qué obra gigante podría realizar América!

Pero aún no llegó el tiempo; y, mientras tanto, las congregaciones van acaparando y van vendiendo. Ningun país se libra del tributo, ni aún aquellos constitucionalmente independizados del culto. Hace dos años la prensa brasilera se ocupaba de la venta del convento *da Ajuda*, valuado en \$1.850,000; cuya venta dió motivo para que la oficina del Patrimonio Nacional elevase una queja al ministro de hacienda donde hacía constar que dicha venta era opuesta á la Constitución.

En Chile se han vendido últimamente propiedades de las monjas clarisas, de las agustinas, de los frailes de la recoleta, de los dominicos, los mercedarios y otros. La menor de estas ventas se calcula en más de un millón; la mayor en doce millones.

Por cierto que ellas ocasionaron una protesta pública. La llegada de monseñor Sibilia, delegado apostólico y persona poco grata al país, por los recuerdos nada agradables que conservaba éste de su primer visita, dió motivo á la prensa para iniciar una campaña contra esas mermas hechas en la fortuna del país; y el pueblo, rompiendo al fin el silencio que durante mucho tiempo guardara, manifestó su contrariedad en una formidable manifestación de desagrado. La Federación de Estudiantes fué inicia-

dora del movimiento que acompañaron todas las clases sociales; y aquel príncipe de la iglesia que entraba en Santiago custodiado como un reo, y a quien arrebataron el sombrero cardinalicio para alzarlo, á guisa de estandarte sobre la multitud, pudo ver en sí mismo á las instituciones clericales condenadas, por la opinión pública, á la más terrible de las muertes: la del ridículo.

VII

LA CONQUISTA DE LA TIERRA

LA fecunda naturaleza brasilera, lo variado de sus producciones, atraen al viajero que marcha encantado á través de sus inmensos campos.

Sugestionada por espléndidos panoramas, viajaba yo admirando á mi paso el poderoso esfuerzo de la actividad humana, en lucha con la selva hostil. Desde la ventanilla del tren veía en unos sitios, las «facendas» ⁽¹⁾ enclavadas en medio de los risueños cafetales; en otros, las plantaciones de tabaco ó los prados extensos, sobre los cuales forma manchas enormes el ganado; y en todas partes el hombre sembrando, recogiendo, desgranando, dirigiendo la máquina, enlazando reses, abriendo surcos en la tierra bajo la ardiente caricia del sol. Y el tren corría. Y yo hacía preguntas y más preguntas á mis acompañantes.

(1) Haciendas.

— Ricas tierras. ¿A quien pertenecen?

— A San Antonio.

— ¿¡Eh!?

— A San Antonio; sí, señora.

Miré á mi interlocutor, un hombre serio, circunspecto. No hablaba en broma, no. Media hora más tarde, yo preguntaba nuevamente.

— ¿Aquella colina cubierta de cafetos?

— Es de San Antonio.

— ¿Y ese lindo poblado?

— De San Antonio.

— ¿Y el bosque de bananos? ⁽¹⁾

— De San Antonio.

— ¿Y?...

— Casi todo, señora, hasta el sitio á donde V. se dirige, forma una sola propiedad.

Y lo mismo al cruzarse las líneas férreas que cuando, llevada de mi curiosidad, me internaba á través de las tierras en el rústico *trole*, ⁽²⁾ oía asombrada, parecidas respuestas á mis interrogaciones.

— ¿Aquella propiedad tan extensa?

— Pertenece á Santa Clara.

— ¿Y ésta?

— A San Francisco.

— ¿Y su vecina?

— A Santo Tomás.

— ¿Y las chacras lindantes con la población?

— Al Santo Cristo.

— ¿Y aquellos prados?

— A la Virgen.

(1) Plátanos.

(2) Carricoche primitivo.

Al fin me explicaron. El Brasil, como todas las tierras americanas, fué usufructuado durante el coloniaje por las congregaciones religiosas que se apropiaron de la tierra. La valorización de ésta permitió ventajosas negociaciones; y las comunidades cedieron á particulares parcelas en enfiteusis, cobrando el foro á que quedaban sujetas, en el nombre del santo patrono de la ermita, de la parroquia ó de la orden á que pertenecían. Los antiguos, incapaces de defraudar intereses de las entonces temibles imágenes, pagaron de buen grado el canon; y así fueron propietarios San Blás, San Ciriaco, Santa Teresa y las once mil vírgenes.

El negocio se sostuvo perfectamente hasta luego de obtenida la independencia y proclamado el imperio. Con la República tiene fuerza legal. La Constitución brasilera que separa la iglesia del Estado, concede á las asociaciones religiosas el derecho de poseer bienes y no hay por qué decir la prisa que las tales asociaciones se han dado para usar y abusar de ese derecho.

Sobre las tierras sujetas á censo se han hecho plantaciones, se han levantado edificios y construido pueblos. El fruto pertenece á los cultivadores, las casas del pueblo, que á veces es ciudad, tienen propietarios; pero la tierra sigue siendo tributaria del Santo (?). El dueño de una finca paga allí dos contribuciones: la una al Estado, la otra á la iglesia. El tributo es irredimible y pasa de padres á hijos. Estas negociaciones, se hacen en todos los Estados de la inmensa República (1).

(1) Aunque estos contratos usurarios están más que ninguna parte extendidos en el Brasil, no dejan de existir también en algunas de las demás Repúblicas.

El creciente progreso del país no mejora la situación. La selva, que es y será por mucho tiempo un recurso para el Brasil, atrae los brazos y los capitales. Las vías férreas se tienden hasta ella; arde el bosque y deja al hombre franco el paso. Sobre la tierra conquistada, surgen los pueblos como los palacios de Aladino. Entonces aparece la iglesia. «Puesto que allí hay cristianos, es necesario el templo». Y el capitalista ó la compañía explotadora de aquella extensión, que funda su negocio en el concurso del colono, generalmente español ó italiano, ambos católicos — ó considerados como tales — da tierras de las muchas incultas á un sacerdote ó á una congregación. Lo demás se comprende: el sacerdote ó la comunidad ceden parcelas, con sujeción á censo, y el párroco del reciente poblado asume el doble oficio de llevar á los feligreses la gracia de los sacramentos y el recibo de la contribución.

A veces este recibo se trueca en una papeleta de apremio, porque ya en estos días el negocio suele torcerse. En Bargem Grande, un anciano me refería que habiendo, de joven, comprado un pequeño terreno, con el producto de sus primeros ahorros y edificado sobre él su vivienda, una modesta casita, veíase constantemente amenazado de perderla por causa del tributo á la iglesia. — Llevo cincuenta años pagando *aforamento* ⁽¹⁾ y la casa, ¡siempre con el mismo gravamen! ¿Es esto justo?. Una vez resistí. El cura me llamó. Disputamos. Indignado, al fin, le dije que no pagaba, que me excomulgase si quería.

— ¿Y lo hizo?

— No, señora. Eso no da dinero; el apremio y el embargo son de efectos mas prácticos.

(1) Nombre que allí se da á esta clase de contribución.

El párroco de *Dois Córregos*, para vengarse de la afectuosa acogida que me había dispensado la población, amenazó con *ejecutar* á los morosos. Indignados los propietarios, resistieron. Cuando salí de allí circulaba, con la firma de una gran mayoría de contribuyentes, un documento que debía elevarse á los poderes, y en el cual se protestaba contra esa fórmula usuraria de la iglesia, que ha convertido la tierra brasileira en tributaria suya.

Hasta ahora las quejas han sido, como las de Dois Córregos, aisladas; pero la hostilidad contra el impuesto, cunde.

¿Que puede suceder mañana?

VIII

PATENTES DE PERSONALIDAD CIVIL

EN una de las más bellas excursiones que me fué dado realizar en México, paseaba, con varias familias, por el lago de *Xochimilco*, extraña y encantadora maravilla que no tiene semejante en el mundo.

Hace muchas centenas de años, individuos de tribus indígenas, replegados hacia aquellas regiones, tuvieron la feliz ocurrencia de lanzar en el lago unas á manera de balsas enormes, construídas con troncos de árboles. Sobre ellas apisonaron tierra, arrojaron en ésta la semilla y aparecieron plantas.

Con el tiempo, la naturaleza hizo el resto. Alzáronse, vestidos de follaje, los árboles; hundieron éstos sus raíces buscando el fondo de las aguas; corrieron las trepadoras por sus bordes; cubrióse el suelo de mullido cespéd; vinieron los pájaros á columpiarse y á hacer nidos entre las ramas, y cada una de las toscas balsas, quedó al fin convertida en una bella y diminuta isla. Los mexicanos las llaman *Chinampas*.

Son muchas. Colocadas á corta distancia unas de otras, dividen las aguas en caprichosos canales, sobre los que, en algunos sitios, forma el ramaje entrelazándose desde la una á la otra orilla, una bóveda de verdura. Cada *chinampa* es propiedad de una familia indígena que vive del producto de las hortalizas y flores cultivadas en su pequeño huerto.

¡Envidiable independencia!

En el típico *atcali* ⁽¹⁾ empavesado de flores, avanzábamos por aquellos perfumados canales, deteniéndonos aquí para cortar de su rama una flor que hundía su corola en las aguas; allá para admirar el conjunto de una de las isletas, con su casita oculta entre los árboles, con su huerta diminuta y graciosa, con sus rosas silvestres que le tejen un cerco de preciosos colores.

Dos indios manejaban la barca y al ruido de sus remos, que azotaban el agua, huían asustados los pájaros pasando sobre nuestras cabezas; y las indias de las *chinampas*, atrayentes mujeres de cara ovalada y tez ligeramente cobriza, se volvían hacia nosotros envolviéndonos en la caricia de sus ojos negros. De trecho en trecho, sobre el declive del terreno, encontrábamos á estas mujeres jóvenes, gentilmente ataviadas, con los brazos y el cuello desnudos, adornados de collares y brazaletes y el cabello partido en dos trenzas, tendidas hacia adelante, sobre el pecho. Junto al horno portátil, preparaban las sabrosas *tortillas*; y al acercarnos tendíannos su mercancía diciendo con voz dulce: — « Calentitas », *Andele*, mi señora.—

(1) Especie de piragua.

Un ambiente tan fuera de la vida social, tan alejado de nuestras costumbres, me sedujo. Aquellas *chinampas* donde el indio nace y muere; donde no hay ambiciones porque no se han creado las necesidades; donde la explotación no existe por que el indígena trabaja sin sujeción á un amo. Aquella vida tan simple, tan libre de mundanas agitaciones, ¿no era acaso un esbozo del imaginado paraíso?

Interrogué á uno de los indios: — ¿Segun parece viven Vds bien aquí?

Mirome él con ese mirar suave que es peculiar al mexicano y contestó: — «Se vive, mi señora».

— ¿Cada *chinampa* es propiedad de una familia?

— Lo es.

— ¿Y no pagan contribución?

— Le pagamos al «padre» los centavitos que nos pide.

— Al Padre... ¿Son Vds católicos? ¿Han sido bautizados?

— Todos; para conservar nuestras tierras.

— ¿¡Como!?

— El mismo padrecito nos lo ha explicado. Nuestros nombres antiguos no nos sirven ahora. Hay que tener otros; dos para cada uno. Así no puede nadie molestarnos.

— Ya, ya, pero esos nombres...

— Creo que son de unos caciques ó emperadores de otras tierras. Como los padres son tan ricos, se los habrán comprado.

— ¿Y á Vds?...

Nos los vendieron luego.

No quise saber más. ¿Para qué? Aquella simplicidad indígena tan diestramente aprovechada, aquella buena fe sorprendida, decían ya bastante.

En la barca, los indios silenciosos, remaban. Caía la tarde llenando de gracia soberana las *chinampas*, que en la suave penumbra parecían balancearse sobre el lago. Las lilas y heliotropos enviaban á nuestro *atcali* penetrantes perfumes...

Y yo pensaba, volviendo á mi admiración anterior, que aquello tan poético, tan soberanamente bello, era, sí, era un rincón del paraíso. Solo que la serpiente lo había envenenado ya.

IX

LA RUTA DEL PACÍFICO

LA ruta del Pacífico es una vía clerical. En el Atlántico, cruzado por vapores de todas las casas navieras del mundo, el sacerdote viaja mal. Los grandes buques que hacen el recorrido á Norte y Sud-América, congregando sobre su cubierta á los turistas, obligan á una vida de exhibición y lujo que deja muy al descubierto la personalidad, cosa bien poco grata para los que desean invadir América, sin que en esta se les sienta llegar.

En el Pacífico es diferente. La navegación por este mar, á donde acude más el comerciante que el ocioso; donde las compañías marítimas, atentas al servicio de carga, no se cuidan de procurar alicientes á los viajeros, es tranquila. Las escalas frecuentes, sobre todo en los barcos de cabotaje, impiden ese trato social que es obligado en las travesías largas. El pasaje se renueva constantemente; y nadie, por una ni dos noches, pretende entrar en relaciones con su vecino. Todo esto tiene grandes ventajas para un clérigo en viaje.

Además, esa costa del mar de Balboa itan rica y tan dispuesta, en algunos sitios, para ciertas especulaciones!... Allí tienen sus puertos Perú y el Ecuador. ¡Que dos minas para la iglesia! Luego, la costa de México con sus pueblos, en aquella parte muy atrasados todavía; la de Centro América, con sus pesquerías de perlas, y al extremo Sur, Chile, con los desiertos de Tarapacá y Atacama, las ricas tierras salitreras que producen á aquél Estado millonadas. Decididamente el Pacífico es una vía conveniente para la explotación de las mercaderías religiosas.

Así se comprende que no sea posible viajar en los vapores que recorren la costa occidental de América sin la compañía de una media docena, por lo menos, de monjas ó frailes. ¡Que tráfico, lectores míos! ¡Qué danza perpetua de hábitos blancos, pardos, negros; qué remolino interminable de tocas en punta, redondas, cuadradas, largas, cortas; de sombreros de teja con borlas, sin ellas, alargados, redondos; de capuchas caladas, caídas, grandes, chicas; de cerquillos negros, rubios, grises, modelando testas relucientes, lustrosas como platillos de porcelana!

Si viajáis por aquellos sitios y véis ascender por la escala unos cuerpos enormes, envueltos en los pliegues del hábito, bajo la capa amplísima por donde asoman unas manos labriegas, sosteniendo los sacos de viaje, ¡temblad! Ellos se abrirán paso sin reparar en delicadezas; os lastimarán con su maleta, empujarán vuestra silla, sin pedir os disculpa. Y si os toca comer junto á alguno, ya es preciso que abráis los ojos y mováis las manos por que el pan, la manteca, los fiambres, los postres, desaparecen antes de daros tiempo para pedir re-
puesto al camarero.

Afortunadamente el viaje es corto. Cuando suene por la mañana la bocina y el barco arroje el áncora en un puerto, mirando á los seráficos personajes descender por la escala, en la misma forma que subieron, esto es, prescindiendo de cortesías y atenciones, lanzaréis un suspiro de alivio... que durará justamente unos diez minutos; al cabo de los cuales otros frailes y otras monjas, más ó menos educados, más ó menos discretos, continuarán molestandoos con su aire de impertinente superioridad.

—¿Siempre es así?— preguntaba yo en cierta ocasión al camarero que me atendía.

—Siempre, señora; todo el año.

Y agregó sonriendo:

—Tienen muchos asuntos por aquí.

—Asuntos ¿eh?

—¡Vaya! Ve V. aquel curita alto, delgado, con anteojos verdes? Es un jesuita. Le conocemos ya. Hace viajes frecuentes hasta Guayaquil y vuelve á Europa. Creo que inspecciona las casas de la «Compañía», aunque hay quien dice que trafica con sombreros de Panamá.

—¿Y aquel otro?

—Es Fray Z... de la orden seráfica. Lleva el propósito de fundar otro nuevo colegio de su orden en Lima.

—¡Y los dos próximos?

—Salesianos. Van á ultimar en Quito la cesión de unas tierras donde fundarán sus talleres.

—¿Ese que se pasea con las manos cruzadas?

—Pide para las misiones.

—¿Y el que le sigue?

—Negocia con flores y otras reliquias de tierra Santa.

—¿Y el que está entre ese grupo de señoras?

— Vende *Agnus Dei* ⁽¹⁾, medallas bendecidas por el Santo Padre y estampitas milagrosas. Dicen que una de éstas es eficaz contra el dolor de estómago...

— Y el que está recostado en la borda?

— ¡Ah! ¿Ese? Ese es el Cosario de Andacollo.

— ¿Como Cosario?

— Bueno, que en cada sitio toma cuenta de los milagros que las gentes encargan á la virgen.

— ¿¡Eh!?...

(1) Amuleto de cera bendecido por el Papa.

X

EL COSARIO DE ANDACOLLO

ENTRE las provincias de Chile figura Coquimbo. Su capital es la Serena, con 16.000 habitantes y 18 iglesias. Por falta de repiques no perderán los serenenses el cielo.

Al obispado de esta devota tierra, pertenece el Santuario de Andacollo, ya antes de ahora citado, con su imagen milagrosa al decir de los clérigos y según creen los indios devotos, que en el día de la gran fiesta anual, vienen desde muy lejos á bailar extrañas danzas y á ofrecer á la virgen serenatas, tañendo instrumentos salvajes.

Tales cosas no son muy cristianas, pero ¿qué se ha de hacer si lo exigen aquellos mismos que traen, desde el fondo de las minas, primorosos dijes de oro y plata para su «chinita» de Andacollo?(¹). Si ello molesta á la virgen católica, váyase, en cambio, por las suntuosísimas fiestas que se celebran en el tem-

(¹) Nombre familiar que dan á la imagen.

plo los días de las solemnes peregrinaciones, que congregan, alrededor de su altar, fieles no solo de la tierra chilena sino de Bolivia y Perú.

La virgen de Andacollo tiene fama internacional, lo que quiere decir que la empresa es de las productivas. Doscientos cincuenta mil pesos recolectó el santuario en el pasado año, sin contar con las ofrendas en joyas. Verdad que el negocio está bien dirigido. El obispo lo entiende. Un enjambre de sacerdotes viven por la virgen y para la virgen, haciendo ruido, mucho ruido, alrededor de su nombre y comentando sus maravillosos poderes. Esto surte su efecto. Las mujeres, sobre todo, se encantan al saber que la imagen responde como los antiguos oráculos; y aprovechando esta ventaja, le «encargan» milagros y le hacen misteriosas consultas.

Uno de los intermediarios en las negociaciones que se entablan entre la demandante y demandada, es, á lo que parece, el fraile sempiterno, viajante á quien me designaron á bordo con el nombre de Cosario.

¿Trabaja por su cuenta ó por la ajena? Lo ignoro. Sólo sé de esto lo que oí referir.

El «padre» hace viajes hasta Guayaquil, deteniéndose en cada punto de la costa, cuatro ó seis días, según las circunstancias. Su trabajo consiste en «recoger pedidos». Afortunadamente tiene clientela ya formada y la molestia es poca. Tan pronto llega á un sitio, después de descansar — por que no es saludable apresurarse — empieza á visitar devotas.

Ya le imagino entregado al penoso ejercicio de su cargo.

— ¿Qué quiere, hermana, para nuestra señora?

— ¡Ay, padre! Llega á tiempo. Necesito que me saque con bien del aupro.

Y la creyente, muy próxima á ser madre, depo-

sita en las manos del clérigo unos cuantos billetes de banco.

El recorrido sigue y los encarguitos también. Quien pide la salud de un enfermo; quien el castigo de sus enemigos; muchas madres reclaman «suerte» para la niña casadera; otras buenas esposas, acierto en los negocios para el marido; y no faltará presumo ¿como ha de faltar? quien pida «la grande» en la próxima lotería ó un marido para consuelo de sus cincuenta eneros solterones.

Y el «padre», siempre complaciente, siempre amable, anda calles y calles, sube y baja escaleras, visita casas ricas y pobres, acompañado de su libro de notas que él saca en cada ocasión de entre los hábitos, con cierto aire de benevolencia. ¿No hace, al fin, un servicio al devoto, proporcionándole los medios de impetrar desde su casa y sin las molestias y gastos que suponen la peregrinación á Andacollo, los favores de la virgen?

En las hojas del interesante librito hace el correspondiente apunte, cobra y... hasta otra. Porque como no faltan nunca personas dolientes y madres ambiciosas y señoras en estado excepcional y solteras desesperadas y casadas aburridas, el negocio se parece á los de esas marcas acreditadas que hacen la alegría de los viajeros de comercio: marcha por sí solo.

En este continuado trabajo pasa el pobre frailecito sus años, siempre sobre la cubierta de los barcos, mes tras mes, de Chile á Perú, de éste al Ecuador y vuelta hacia atrás, seguro de encontrar á la clientela dispuesta para nuevos pedidos y... para nuevos desembolsos.

¿Hay alguno, entre mis lectores, que se extrañe de esa clase de corretajes? Tenga en cuenta, el que así piense, que el negocio es el eje del mundo y la

iglesia es mundana, pese á los evangelios que colocan su reino en los cielos. Unos miles de pesos ganados mensualmente, sin peligros ni molestias, viajando cómodamente en trasatlánticos ¿son acaso de despreciar?

Mientras haya quien pida y quien pague...

¡El negocio es negocio!...

XI

EL TRÁFICO DE LAS ANIMAS

EL asunto en general es muy conocido. Desde que existe el purgatorio la iglesia cobra derechos de portazgo sobre el otro mundo.

Los clérigos ejercen oficios aduaneros: registran con cuidado el alma que se traslada al otro reino y exigen la contribución según la calidad del bagaje, determinando el rumbo que este siga, sin perjuicio de que, como en todos los casos en que interviene la débil naturaleza humana, una moneda ó una fortuna puesta á tiempo en los manos del revisor, permita entrar en el cielo mercaderías averiadas. Cuando no sucede esto, el alma queda almacenada en el purgatorio esperando su rescate, que se negocia aquí, en la tierra, entre unos parientes atribulados y un cura dispuesto á la benignidad. Es cuestión de pesos más ó menos.

Sabido es que sobre esas negociaciones, hacen «su agosto» los conventos que fabrican escapularios donde está dibujada la imagen de la virgen del Carmen sacando ánimas en pena; los sacerdotes que

expiden pasaporte para la gloria en el oficio de difuntos; los obispos que conceden indulgencias mediante algún pequeño sacrificio pecuniario; y el Papa que envía á los agonizantes millonarios su bendición, lo cual es lo mismo que si les diese un salvoconducto para traspasar, sin recelo, las peligrosas fronteras de ultratumba.

El pecador debe quedar muy tiernamente agradecido á una religión tan piadosa que ha fundado con la base de misas, sufragios, indulgencias y bulas, un banco de seguros sobre la otra vida.

Antiguamente nadie dejaba de comprar las dispensas y los beneficios pagando á Roma el permiso para pecar libremente ⁽¹⁾, porque el bien de las almas era antes que el pan del cuerpo. Hoy no sucede así y hay que dar facilidades al comprador. La iglesia se anticipó á esta necesidad con Pío IX que expidió su célebre «Bula de Composición» por la cual se legitima la propiedad robada ⁽²⁾. Y no han faltado obispos en América que las especifiquen para tranquilidad de los que faltan al quinto mandamiento y otros ⁽³⁾. Pero como no todos los fieles están en condiciones de *componerse*, ha habido necesidad de atender á los pecados chicos y á los bolsillos exhaustos. Los muchos pocos ¿no valen tanto como los pocos muchos?

(1) La tasa de la cancillería romana, es muy conocida.

(2) Bula de Composición:—La que da el Comisario General de Cruzada en virtud de la facultad que tiene del Sumo Pontífice á los que poseen bienes ajenos cuando no les consta el dueño de ellos.—*La Bula surte los efectos de la absolución.*

«Diccionario de la Academia Española»

(3) Cualquier persona que tomase esta Bula y diese dos pesos para ayuda de las misiones de fieles é infieles, sea libre y predonado de todo lo restante que á incierto dueño ó dueños

Sobre esta teoría se han fundado negociaciones preciosas: ¿Hace falta dinero para un templo? Se fija con este objeto una cuota que, pagada en una vez ó en muchas, da derecho á varias misas y sufragios en bien propio ó en el de algunas ánimas de la familia. ¿No es esto cómodo y barato?. Eso sí, hay que pagar con puntualidad, por que de lo contrario...

He aquí lo que leí en una circular religiosa publicada en Santiago de Chile: «Servicio religioso á los fundadores del templo votivo patriótico y parroquial de Nencagua correspondiente al año de 1912. — 1.º Once misas rezadas y una cantada aplicadas por *los que eran exactos en el pago de sus cuotas.* — Misas 12».

¿Y los que no lo eran?. Pues se quedaron sin los sufragios. ¡Que se achicharren en el purgatorio! ¿Se juega con la iglesia?. Ya imagino la cara que pondrán los antiguos devotos allá en la central del «Santo Oficio» viendo salir las almas de sus camaradas limpias, embellecidas y hasta con perfumes, caminito del cielo, mientras las suyas arden. ¡Y todo por haber olvidado la puntualidad en la entrega de una cuota voluntaria!...

Para evitar estas dolorosas consecuencias del más allá se ha encontrado una combinación magnífica

debiere hasta en la suma de 50 pesos sin serle necesario hacer otra restitución ó descargo alguno; *antes lo tenga y posea como buena fe y segura conciencia como hacienda suya propia justamente ganada y adquirida.* — Declaramos que si hubiere de componerse una suma que pase de 50 pesos se tomarán tantos ejemplares de esta Bula cuantos fueren necesarios á razón de dos por cada 50 pesos. — Todas las mujeres que no sean públicamente deshonestas se pueden componer de cualquier dinero ó joyas que por causa fea hubieren recibido. — M. Casanova. — Arzobispo de Santiago, 2 Diciembre 1894.

porque abarata el precio del beneficio y, evitando las ventas á plazos, satisface á ambas partes contratantes en una rápida operación de toma y daca. Es el procedimiento de la lotería aplicado á los bienes espirituales.

He aquí un anuncio expuesto en la iglesia del Niño Perdido, en México: « Rifa de Ánimas que se verificará en esta iglesia el día 23 de Octubre de 1912 — Premios: — 20 misas rezadas — 10 id cantadas — 3 premios de dos misas rezadas — 20 responso cantados — 10 id rezados — 10 misas rezadas por las que no obtengan premio especial — La novena y honras del día 2 de Noviembre por todas las inscripciones que no hayan obtenido premio. La acción vale 3 centavos ».

Como el lector habrá observado, todas las papeletas de esta rifa obtienen premio. Fácil es calcular que con tales ventajas ha de ser grande el número de jugadores, sobre todo de jugadoras. Ahí es nada: correr la suerte de ganar un responso cantado, que es como entrar en el paraíso con música de Wagner. ¡Y luego lo divertido del juego! Ya me parece oír la voz del lotero espiritual sonando en la iglesia entre la multitud de jugadoras muy apretaditas y curiosas, como las niñas que apuntan sus cartones en las tertulias familiares de invierno.

— ¡El 22!, los patitos. — ¡88! los espejuelos de Mahoma. — ¡El 15! la niña bonita.

— ¡Lotería!...

Edificante ¿verdad?

XII

EL NEGOCIO DE LAS CONCESIONES

SI los Salesianos y Paules explotan con preferencia las industrias, otras comunidades se dedican á las «concesiones». También en tales casos la caridad disfraza la intención.

El negocio aludido se realiza en territorios donde abunda el indígena. Replegado éste en el corazón de los bosques hasta donde va el blanco á perseguirle, no conoce de las modernas sociedades sino su forma homicida: la bala de fusil que le hiere ó la avalancha conquistadora que avanza, selva adentro, arrasando sus pobres tolderías. ¡Tristes medios los que aún emplea la civilización para imponerse á las razas ignaras!

El indio, ferozmente libre, defiende su salvaje independencia; pero á medida que los límites de la tierra inconquistada se estrechan, va, impulsado por la necesidad, á buscar en el ingenio ó en la hacienda donde desempeña los oficios del peonaje, un medio de sustento. Es el operario sin sueldo ó muy económico que no sabe de huelgas ni reivindicaciones

obreras, y suple, tal vez con ventaja, al antiguo esclavo africano. De esto nos han hablado ya bastante los verbales del Paraguay, y más recientemente, el Putumayo.

El religioso quiere tener su parte en la explotación de esas razas vencidas. Varias asociaciones monacales han fundado misiones para civilizar á los indígenas, obteniendo para esta «obra de misericordia», el óbolo de los particulares y, hasta en ciertos casos, subvenciones de los gobiernos.

Con tales elementos, el fraile acoge al indio que la selva arroja, le alimenta, le viste y le da un techo donde cobijarse. ¿Qué más puede pedir? El indio, agradecido, le obedece.

Y empieza el negocio. ¿Hay que hacer un desmonte, levantar un edificio, abrir una carretera? Entre las propuestas que se presentan al gobierno ó al municipio la más ventajosa es la de la misión. ¿Como no, si el indio da gratis ó casi gratis á los «padres» la peonada que costaría miles de pesos á un contratista cualquiera? La concesión es, pues, para la comunidad. La obra se lleva á efecto. La indiada, que es fuerte y sobria, trabaja muy contenta de verse al abrigo de persecuciones. Y mientras las gentes se hacen lenguas de la caridad eclesiástica empleada en el cuidado y educación de salvajes, los padres H ó B, terminan un contrato que les rinde, á veces, un beneficio de millones.

Uno de los países en que ocurre lo que acabo de referir, es Colombia. He aquí lo que decía, no hace mucho, un diario de aquella República: «Los indios goajiros, acosados por el hambre, se entregan para ser vendidos en los mercados de Maracaibo». Y otro. (1) «Ha quedado concluído el camino de

(1) «El Derecho» de Tunja—Colombia

Pastos á Mocoa, construido por los RR. PP. capuchinos, como misioneros de la región oriental. El Sr. Gobernador de Variño manifiesta íntima complacencia, tanto por la calidad de la obra ejecutada como por su reducido costo»... «Los misioneros trabajan ahora con creciente entusiasmo, en adelantar la obra de Mocoa á Puerto Asís sobre el Putumayo».

Los trabajos de obras públicas son, pues, otra rama, de las infinitas, en que se extiende por América el negocio eclesiástico. Al igual que las otras de su misma índole, contiene graves males para una república; por que explota al indio sin educarle, puesto que educándole ya no le podría explotar; porque al reducirle, en tal forma, aumenta el número de los fanáticos, pero no el de ciudadanos conscientes que la nación necesita; por que acaparando de este modo el trabajo, perjudica al contratista y al obrero libres, que, vencidos por la competencia, acabarán por abandonar el país; y porque, obteniendo para sí los beneficios de que pudiera disfrutar una empresa particular, disminuye la riqueza pública, puesto que retira de la circulación un capital que pasa á manos muertas.

Y ese capital es, con referencia á los intereses de la República, lo mismo que el que se arroja al mar.

XIII

¡HASTA EN EL FIN DEL MUNDO!

EN el extremo Sur del Continente está la Tierra del Fuego, nombre dado por antífrasis á las últimas regiones del hemisferio austral. En aquellas apartadas latitudes, donde la vecindad del polo hace al hombre de nuestros climas muy penosa la vida, hay un escaso número de habitantes blancos y diferentes tribus indias. La Tierra del Fuego es rica por lo mismo que no ha sido explotada; tiene abundantes pastos; grandes rebaños de guanacos, cuyas pieles, alcanzan altos precios en el mercado; bosques con muy buenas maderas y playas en cuyas arenas se encuentra el oro.

Rico he dicho? Pues allí está el monje.

Y en efecto, lo está. Entre el millar y pico de individuos que en tal sitio reunió la codicia de hacerse ricos en muy pocos años, unos religiosos han sentado sus reales, verdad que muy cómodamente. El gobierno argentino les cedió nada menos que ocho leguas de terrenos de pasto, en los que tienen, á la fecha, nada más que cincuenta mil ovejas. La comunidad es Sa-

lesiana, lo que quiere decir que siguiendo usos y costumbres inveterados en la orden, deben vivir del trabajo ajeno ⁽¹⁾. Aunque allí...

Pues allí también. Los indios del valle y la montaña, que antes se mantenían de la caza y el pastoreo, son arrojados de sus tierras por la invasión blanca que acapara los prados y empuja las tribus hacia las playas inhospitalarias. Cuando el *fueguino* puede, lucha; cuando no, huye, aunque siempre soñando con la venganza. Al huir desesperado y sin rumbo, tropieza con la «Colonia de la Candelaria» de los benditos salesianos, y queda en ella, muy dichoso de encontrar quien le dé lo preciso para su sustento.

Como en Colombia, para las misiones capuchinas, en la Tierra del Fuego el indio trabaja para los buenos padres; guarda el ganado, trasquila las ovejas, carda su lana, es en suma, el peon gratuito. Una piel de guanaco para resguardarse de los terribles fríos y una pobre comida, le mantienen contento. Y sus manos, en tanto, labran para los Salesianos una inmensa fortuna...

* *

*

Al S. E. de la Tierra del Fuego está la Isla de los Estados, abrupta y triste, con sus noches invernales, de veinte horas, y sus días siniestros, en que la luz parece descender á la tierra como á través de un negro toldo. Esta Isla, desde que el gobierno argentino, compadecido de los penados que allí estaban, los trasladó, ha quedado desierta. Es decir, desierta

(1) Recuérdese que son Salesianos los que explotan los célebres Talleres de D. Bosco.

no; porque un hombre, un solo hombre la habita. Es italiano y se llama Felipe Zucarelli.

Espanta al pensamiento esa terrible soledad en medio de los hielos, bajo un cielo amenazador siempre y frente á un mar siempre furioso, cuyas olas guardan el secreto de ese enigma, escondido á la investigación humana, más allá del círculo polar.

Un marino chileno me decía que el extraño habitante de la Isla, es una Providencia para las barcas balleneras, tan expuestas allí á los naufragios. Cuando un buque hace escala y la tripulación le visita, la agasaja con apetitosas comidas compuestas de excelentes pescados y caza siempre fresca. Si la nave ha sufrido averías, su arsenal — compuesto de cuanto las olas arrojan á la playa, muchas veces piezas importantes de barcos perdidos lejos de la costa — es utilísimo para repararlas.

Habla muy vivamente y gusta de hacerlo sobre cualquier asunto, siempre que no sea aquel que se refiere á su aislamiento. Si alguno le interroga sobre ello, tuerce el gesto, mira un poco hoscamente y acariciando á alguno de sus perros que siempre le acompañan, responde: — «No estoy solo; vivo con éstos que son leales y no traicionan nunca».

¿Qué historia de horribles desengaños se ocultará en el fondo de esa alma solitaria?

Fuera de esto ríe, bromea y agasaja. Más de una vez ha recogido náufragos exponiendo su vida; los ha atendido y alimentado cariñosamente, hasta que, el paso de algún buque, ha permitido que ellos sean devueltos á los centros civilizados. Y él nuevamente solo, contento al parecer con su suerte, sin mostrar el más leve deseo de acompañar á los que habían llevado hasta sus soledades un eco de la vida social, permanece en la punta de tierra que avanza desafiando los mares áurales, aislado entre el mar

y el cielo, como un genio benéfico que vigila el Océano para arrancarle sus víctimas.

* *

*

Un estrecho brazo de mar separa al habitante de la Isla de los Estados de la rica colonia perteneciente á los monjes católicos. ¡ Cuanta distancia moral hay, sin embargo, entre ellos ! Habla, en los unos, el interés de secta; habla, en el otro, el sentimiento humano. Mientras el « hombre » salva á los náufragos y los ampara sin condiciones, el « religioso », al acoger al indio, náufrago de la tierra, le impone un yugo y especula con su desamparo.

Y así se exponen, en los confines del mundo, las dos eternas fórmulas de la misericordia: la una seca, fría, especulativa, calculadora, como emanada de un precepto que se cumple con la mira egoísta de ganar los cielos; la otra desinteresada, espontánea, irreflexiva, noble impulso de la conciencia que pone en la acciones humanas, el gesto sublime de una inagotable piedad...





CAPÍTULO SEXTO

Clericalismo ≡ ≡ y delincuencia

SUMARIO:—I EFECTOS DEL CELIBATO —II ¿DONDE ESTÁ IDALINA? —III ¡JACINTOS!—IV LOS «DON JUANES» —V LA MORAL INVERTIDA =====



EFECTOS DEL CELIBATO

CLARO es que gente rica, desocupada y sin hogar necesita proporcionarse distracciones, aunque éstas, en semejantes casos, suelen *distraer* la conciencia lanzándola de bruces sobre las puertas del delito. La culpa no es tanto de quien tropieza y cae, como del que, á sabiendas, permite la existencia de lo que á la caída conduce. Mientras la sociedad tolere celibatos forzosos, la ética de los pueblos caminará á tientas por entre las encrucijadas del vicio y la depravación.

Bien quisiera no tratar este asunto; pero ¿acaso las lacras morales como las físicas se curan cubriéndolas con perfumados paños?. Seré, no obstante, parco en la materia. Aparte de que sobre los pantanales conviene andar de prisa ¿cómo podrían contenerse, no ya en un libro sino en varios infolios, los infinitos hechos en que los tribunales de justicia intervinieron para depurar responsabilidades de clérigos?. «Cerrad la puerta á lo natural y saltará por la ventana» — decía

Voltaire — frase que sintetiza el gravísimo error de la disciplina eclesiástica. El sacerdote, forcejeando á todas horas con la naturaleza, tiene que ser vencido por ella ó vencerla, lo que es aún más grave, estrangulando sus saludables energías con el lazo siniestro de las depravaciones fisiológicas. Por eso los concilios que impusieron el celibato entre las obligaciones sacerdotales, además de crear un peligro terrible para el mundo, cerraron, para el eclesiástico, las puertas de la salud moral y física. Al divorciar la conciencia del instinto y al convertirlos de aliados en enemigos dejaron al clérigo tan huérfano de soluciones que, si se inclina á un lado, cae transformado en «caso» patológico, y si se inclina al otro cae convertido en reo de la vindicta pública.

¿Cómo librarse de este doble peligro en que perecen las mejores y más templadas voluntades?. Dice la iglesia que por la oración y el cilicio, y cita ejemplos de monjes y santos castísimos... en el desierto ó sostenidos contra las tentaciones del diablo por ángeles, arcángeles y querubines. Mas por desgracia para los clérigos que se ordenan con buenas intenciones, el desierto ya no atrae á los religiosos; la oración no surte ya efectos en la cueva del anacoreta, donde cuervos adiestrados por Dios llevaban el pan cotidiano, sino en el templo repleto de estáticas devotas, encargadas en nuestros siglos de proveer al sustento del apostol católico; los ángeles y arcángeles, yo no sé por que clase de enojo de la Providencia, olvidaron el camino del mundo, y los pobres eclesiásticos, dejados de la mano de Dios y tentados por la codicia del diablo, caminan muchas veces en estrecha camaradería con los tres enemigos del alma.

Las consecuencias de esto las anotan frecuentemente los tribunales de justicia en las causas in-

coadas sobre repugnantes delitos y las sufren las costumbres privadas y públicas, viendo, en la esposa infamada, en la púber hundida en el vicio y hasta en el niño empujado á la depravación, el efecto terrible de ese atentado á la naturaleza que se llama voto de castidad.

Él es tanto más peligroso en América cuanto aquí se congregan, por fatales razones, muchos de los eclesiásticos que delinquieron en Europa. Los periodistas del viejo mundo saben ya de memoria la muletilla conque terminan en las columnas de los diarios, los asuntos escandalosos en que interviene algún clérigo: «El culpable ha desaparecido; dícese que embarcó para América»... La fuga, así anunciada, priva al asunto de actualidad; la prensa ya no se ocupa de él y la opinión, un momento indignada, acaba por olvidarse del suceso atraída por la noticia nueva. Y como el recurso de extradición no existe en muchos casos y en otros es lo mismo que si no existiera, la impunidad acompaña al delito, con grave perjuicio para la moral de los países americanos.

¡Quien no recuerda aquellos bochornosos procesos de Francia que llevaron monjas y frailes al banquillo de los acusados; aquellas tremendas denuncias del diputado Fournière y otros, contra los asilos religiosos de Nancy, de Tours y del Mans⁽¹⁾? La ley de expulsión de las congregaciones puso fin á un estado de perpetuo escándalo que tenía alarmada á la República. Pero América debía sufrir las consecuencias de esa ley; porque aquellas falanges clericales, cuya conducta había puesto sobre aviso á Europa, vinie-

(1) Puede leerse á M. Vallier.

ron á estos países y aquí viven hoy en gran parte dedicadas á la enseñanza. Esto mismo pudiera decirse de las congregaciones expulsadas de Portugal, al instaurarse la República, las que hallaron asilo seguro en algunos de los ricos estados del Brasil.

Tales hechos ¿no son suficientes para servir de previsor aviso á los pueblos americanos?

II

¿DONDE ESTÁ IDALINA?

EN la fecha de mi llegada á la capital paulista, (Brasil-1911), un suceso interesaba á la opinión, siendo objeto de vivos comentarios. Del «Orfanato Colombo», institución congregacionista, había desaparecido una pobre muchacha asilada.

Este incidente pudo quedar oculto, sepultado como tantos otros en la quietud solemne de los claustros; pero Idalina, que este era el nombre de la jovencita, tenía parientes que gritaron. La prensa divulgó la noticia, se alzaron en todos los puntos del país las protestas y la justicia intervino.

Las varias declaraciones de los religiosos no hicieron luz en el asunto. La niña había abandonado el establecimiento católico sin dejar rastro alguno. Mientras tanto, la voz pública, hacía acusaciones concretas. Para desvirtuarlas se presentó una Idalina apócrifa, pero la farsa fué descubierta.

Mientras tanto los clericales se movían.

El juez encargado del sumario no hallaba prueba

contra los directores del «orfanato». El pueblo, que pensaba de distinto modo, quiso celebrar un comicio para pedir el esclarecimiento de los hechos. Este fué prohibido. Y entonces en medio de la vía pública se produjeron actos de violencia que costaron la vida á un hombre y la prisión á muchos.

Meses duró la causa de la cual nada en limpio se obtuvo.

Los «padres» quedaron á salvo en sus intereses y personas. Idalina no pareció.

Pero el hecho no ha podido olvidarse. La opinión pública, que en tales ocasiones no sabe del cómodo recurso de «echar tierra al asunto», ha lanzado sobre los miembros de las congregaciones religiosas que mantienen asilos, el sambenito de su desprecio.

Los diarios liberales y los independientes, siguieron por mucho tiempo preguntando en sus columnas «¿Donde está Idalina?». En las esquinas de las calles, en los muros de los templos y en los establecimientos católicos de las ciudades y los pueblos del Estado, la frase escrita con grandes caracteres y vuelta á aparecer cada vez que ella era borrada, salía al paso del transeunte como grito del alma popular «¿Donde está Idalina?». Y todavía los chicuelos, cuando ven ondular ante ellos la sotana del sacerdote ó el hábito del fraile ó la toca monjil, grítanles á distancia la frase que ha quedado como toque de alarma contra el clérigo «¿Donde está Idalina?»

¡Donde está Idalina!... ¿Donde están las incontables Idalinas, perdidas en los oscuros fondos de la existencia monacal?

III

¡ JACINTOS !

EN 1905 se producían en Santiago de Chile sucesos tan escandalosos como repugnantes. Los tribunales de este país, con más fortuna que los brasileiros, comprobaron los crímenes y condenaron á los delincuentes. Solo que... éstos huyeron, dejando así inutilizada la acción judicial.

Se trataba del colegio de S. Jacinto, fundado para niños de familias pudientes, por los «Hermanos de las Escuelas Cristianas». (1) He aquí los hechos: Un niño de ocho años de edad, perteneciente á distinguida familia, es brutalmente atropellado, sin consideración al pudor y á la inocencia infantiles. Aterrado el pequeño, huye del establecimiento y llega á casa de sus padres, donde, entre lágrimas y sollozos,

(1) Esta congregación pertenece al número de las expulsadas de Francia; no obstante lo cual, según ella asegura, continúa teniendo su administración en París.

cuenta lo ocurrido. El hermano mayor de la víctima, hombre ya, se dirige violentamente al colegio, atropella á quien le cierra el paso y cae, ciego de cólera, sobre el clérigo autor del atentado, al cual abofetea.

El escándalo trasciende al público. La prensa hace denuncias que horrorizan á las gentes honradas. Cuando comienza sus diligencias la autoridad judicial ¿qué es lo que encuentra en el fondo de esos claustros congregacionistas?

Por la sala del tribunal pasa la triste procesión de víctimas. Niños de diez y de once años prestan declaraciones, que á todo hombre violentarían, para dejar constancia de inconcebibles actos. Padres indignados acompañan á sus hijos en el triste calvario; y madres doloridas, ven, con el mayor de los desconsuelos, cómo aquellas almitas que ellas cuidaran como flor delicada de estufa, han sido ya iniciadas en las grandes depravaciones.

Una hacienda de la Congregación, ubicada no lejos de la capital, figura en el proceso dedicada á muy bajos oficios. Era en ella donde pasaban uno, dos y tres días profesores y alumnos.

A estos descubrimientos se agregan denuncias que afectan á otros colegios y congregaciones.

La madeja se enreda. Cada investigación ofrece el hilo de una nueva sospecha.

¿Hasta donde es posible llegar en este cuadro de abominación?. ¿Cual es el fondo de la sima por donde se despeña la inocencia del niño, confiada por la madre inexperta al cuidado y custodia del célibe religioso?. La opinión se pronuncia alarmada y pide por la prensa radical ⁽¹⁾ enérgicas medidas.

(1) «La Ley», órgano del partido radical en aquella época, fué quien descubrió valientemente este asunto.

El juzgado pone fin á su larga tarea. El resumen del fiscal horroriza. Se piden penas condenatorias para algunos «hermanos»... Los delincuentes huyen. Es lo corriente en tales casos. A estas horas, libres de riesgo, estarán en algún establecimiento de la orden ¡quien sabe de que parte del mundo! enseñando á los niños, con las *virtuosas* formas que emplearon en Chile, los virtuosos preceptos de su virtuosa doctrina.

El país, que esperaba el castigo de los culpables, hubo de contentarse con el cierre de las Escuelas Cristianas, decretado por el superior gobierno. Y ni aún esto surtió los efectos que se esperaban, porque unos cuantos seglares, afines á los hermanos — que de todo hay en la viña del señor y nunca falta un roto pora un descosido, como dicen conocidos adagios — tomaron á su cargo la reaparición de las escuelas con otros nombres y el mismo profesorado, quedando así á salvo los intereses de la comunidad, al par que burlada la autoridad civil y escarnecida la moral pública.

Pero también en este caso el pueblo halló modo de vengar esta afrenta, hecha al decoro, divulgando una frase sangrienta. Cuando designa á esas gentes fisiológicamente degeneradas, á quienes la ciencia declara anormales y la moral monstruos, les llama ¡¡Jacintos!!

IV

LOS «DON JUANES»

EL mal del celibato, cuyos efectos hemos visto en la escuela dirigida por clérigos, afecta muy directamente á la moral pública. ¡Cuántas honestas jóvenes, cuántos hombres que pudieron ser honrados padres de familia, convertidos en víctimas de esa aberración eclesiástica!

Encontrándome en Río de Janeiro, Julio de 1911, tramitábase en los tribunales una causa por corrupción de menores. El acusado era un clérigo que vivía en Gavea, lugar donde se instalaron también, viniendo de Río Grande del Norte, dos jóvenes sobrinas suyas.

La denuncia fué hecha por el vecindario, alarmado ante ciertos actos que trascendieron al público. Cuando el juez competente citó al clérigo para prestar declaración, éste ya había huido con la mayor de las muchachas. La pequeña contó cosas horribles. Los fugitivos vivían en inteligencia desde hacía ya tiempo con pleno conocimiento de la de-

clarante, la cual fué luego requerida á formar *un singular triunvirato*, y como se negase á ello, amenazada. Cuando salí del Brasil aún continuaba la policía buscando al sacerdote prófugo.

Otro caso ocurrido em México, 1912, tiene consecuencias más graves; pues que la prensa, al denunciarlo, menciona una maternidad truncada.

Los protagonistas de esta historia son un cura de Metztitlan, (Estado de Hidalgo) y una señorita, su confesanda. La iniciación de esta tragedia — escribía «El Intransigente», diario mexicano ⁽¹⁾ — fué semejante á todas las de su especie: El cura del poblado que se introduce en el hogar, amparado con el manto de una sagrada religión»...

Y agregaba en otro párrafo, después de copiar varias cartas dirigidas por el sacerdote á la joven: «*El suceso que relatamos es frecuente en los pueblos humildes; por eso, suponer que cause escándalo, es prejuizar*»...

La denuncia que hace ante el obispo de Panamá en 1912, la presidente de las Hijas de María, es digna de servir de motivo para un sainete.

Encontrándose enferma y habiendo consultado á un médico, éste le anuncia... el mismo acontecimiento que predijo el Arcángel S. Gabriel á María. *Sorprendida* por tal declaración, la joven presenta su querella contra un fraile agustino por haberla gestionado... haciéndola creer que jamás se vería atacada de la dolencia que la aquejaba...

En San Juan (Argentina) la fatalidad juega una mala partida á la iglesia: un gentil fraile dominico hacía las delicias de la feligresía con su verba

(1) Fecha 27 Septiembre 1912.

galana, trato afable y porte distinguido. Era además, buen mozo. Las devotas estaban encantadas. En los días que predicaba el dominico, la iglesia se llenaba de damas que iban allí atraídas por los giros de su elegante oratoria. Las confesiones eran mas frecuentes. La religiosidad crecía...

Pero el diablo -- solo el diablo es capaz de tan endiablada jugarreta -- hizo que el «padre» perdiese la cartera en la calle y que se la encontrase un caballero, el cual, luego de conocer su contenido, creyó muy conveniente exponerla al público en la redacción de un diario, donde con tal objeto quedó depositada. ¿Qué contenía la cartera? ¡Nada apenas!: Cartas, tarjetas y papelitos amorosos, pertenecientes á distintas mujeres en número de siete; varios retratos, un ramito de flores secas, envuelto en un papel de seda, con esta expresiva dedicatoria: «Al dueño de mi vida». Bucles de cabellos prolijamente clasificados: «De la rubia»... «la morocha». En otro bolsillo, cintitas, pedacitos de tela de vestidos, alfileres, horquillas. Todo un arsenal de recuerdos tiernísimos.

El escándalo fué enorme. Desfilaron las gentes por la casa periodística donde todos los citados objetos estaban en exposición; publicáronse facsímiles de ellos, y no faltaron quienes creyeran reconocer en los rasgos caligráficos, las manos de personas allegadas. Hubo amenazas de apaleamiento, discordias en los hogares y murmuración en los salones. El dominico se eliminó discretamente y... nada más.

¿Seguiré este relato citando hechos referentes á otros países?. ¿Para qué?.

Todos los extravíos de clérigos se parecen y todos los países los sufren.

V

LA MORAL INVERTIDA

PUEDE observarse que en todo asunto judicial en que figuran clérigos, aun cuando el hecho pertenezca al número de los bochornosos y sea comprobado debidamente, jamás á las protestas de la sociedad laica se unen las de las sociedades religiosas; ni á las penas impuestas por los tribunales civiles, acompaña la sanción de las autoridades eclesiásticas.

¿Por qué?. La razón es obvia: En el catolicismo, como en todas las escuelas exclusivistas, el interés sectario se sobrepone á todos los intereses humanos.

Ejemplo de esto es lo ocurrido en Chile cuando el escándalo de las «Escuelas Cristianas». Repercutió él, como ya he dicho, en las altas esferas del Estado; intervinieron las cámaras; pidió por el prestigio de la enseñanza el Consejo Superior de Instrucción Pública, y el gobierno ordenó el cierre de todos los establecimientos pertenecientes á la congregación, con aplauso unánime de la sociedad

chilena que veía en el decreto gubernativo, una medida defensora de la moral. En medio de la opinión unánime se levantó una protesta. ¿De quien? Del arzobispo de Santiago.

Funciona bajo su patrocinio una escuela de preceptores ya mencionada en estas páginas. El plantel de maestros era (y no sé si es) compuesto por hermanos de la congregación expulsa. Esto daba sobrados motivos para el cierre de un establecimiento, obligado, más que otro alguno, á mostrarse rodeado de los mayores prestigios y garantías de moralidad. El buen nombre del magisterio imponía esta medida, pero ¿qué es eso ante los intereses lesionados, más aún, ante el orgullo herido de un metropolitano en funciones?

Monseñor Casanova y la corte de clérigos que le cercaban, enviaron á los Poderes una nota de protesta contra el decreto, y tan irreverente era ella, que el gobierno se negó á contestarla. Surgió el conflicto. La situación, nada envidiable, de un prelado inmiscuyéndose en asuntos tan poco honestos y sobre los cuales había recaído fallo condenatorio, puso en alarma al vaticano, intervino Pío X y terminó el asunto; no sin dejar constancia para edificación de las gentes, que, en casos excepcionales, el concepto de la moral se invierte al pasar desde la sociedad civil á los arzobispados.

Esto ocurre frecuentemente y no extraña cuando se tiene en cuenta que en muchas cuestiones de conciencia, el criterio laico y el católico, se repelen; pues mientras el primero condena el delito, sean quienes fueren los que lo realicen, el segundo hace distinguos, entendiéndolo que es virtud ocultarlos, cuando de clérigos se trata, para que no padezca el prestigio de la religión. Es así como la iglesia perpetúa en nuestros tiempos el antiguo derecho de asilo.

En los delitos á que dan lugar ciertos estados pasionales, es donde pueden observarse las fatales consecuencias de esta disparidad de opinión.

Lo que el mundo civilizado reputa deudas de honra que el matrimonio salda, en la vida eclesiástica son pecados que se absuelven por el *arrepentimiento*. El perjuicio de tercero que tienen tanto en cuenta nuestras leyes civiles, nada es para la iglesia ante el deseo de mantener incólume su disciplina. La mujer expuesta al desprecio público, el hijo sin nombre no hallan amparo en el código de la justicia eclesiástica; y si para el hombre seglar queda en tales casos el recurso de reparar el mal causado, para el eclesiástico, no.

Referíanme en el Brasil lo ocurrido á un clérigo, que arrepentido al fin de una vida en la que no faltaban deslices — por los cuales ningún castigo público había sufrido — los reparó casándose con una de sus víctimas y dotando á las otras. Esta conducta, que le atrajo la estima social, hizo caer sobre él, en cambio, las maldiciones católicas, y le incapacitó para seguir ejerciendo su ministerio.

Desde el punto de vista de la disciplina eclesiástica, esto es lógico: un pecado cometido contra la castidad puede el clérigo repararlo en el confesonario, mediante la intención de no reincidir y aunque reincida, siempre que vuelva á haber propósito de enmienda. Mas el lazo matrimonial en el clérigo es el mismo pecado contra la castidad, pero público y perpetuo; condiciones ambas que rompiendo con escándalo aquel otro voto, también perpetuo, exigido para la ordenación sacerdotal, impiden la absolución del culpable.

Así se establece para la iglesia un criterio absurdo, por el cual, las uniones ilícitas, son menos pecaminosas que la unión conyugal. De esto se si-

gue que el acto considerado como dignificador en el mundo, es, para el cuerpo eclesiástico, pecado irredimible; y lo que éste considera como «una vuelta al estado de gracia», supone en aquel, vileza y deslealtad. Pues ¿cómo pediremos consejo para la virtud al clérigo si se encuentra á tan mísera condición reducido, que al cumplir como sacerdote falta á sus deberes como hombre, y al cumplir como hombre delinque como sacerdote?

Todo esto acusa, aparte de otras razones de diversos órdenes, el peligro que encierra para cualquier colectividad social la presencia de corporaciones clericales. No es porque el germen de las malas pasiones sea connatural á la persona del clérigo, sino por que es un derivado de la absurda disciplina á que se le sujeta.



CAPÍTULO SEPTIMO

El Clericalismo ≡ en la política

SUMARIO:—I LOS DIRIGENTES—II
LA LEVA EN LOS CONVENTILLOS—
III LA «MASA» CATÓLICA—IV LA
RÉMORA—V TREGUA DOCTRINARIA
—VI UN EJEMPLO—VII POLÍTICA
TRÁGICA—VIII LA CLAVE DE UNA
REVOLUCIÓN—IX JUEGO DE PA-
SIONES—X POR MANO AJENA—
XI ALREDEDOR DE LA REFORMA
—XII EN EL PAÍS DE WASHINGTON



LOS DIRIGENTES

LA política es una forma de acción para la iglesia. Sus hombres de lucha están en los partidos conservadores y católicos; sus «tácticos» en los conventos y en los arzobispados; su carne de voto en las asociaciones religiosas de beneficencia. La caridad es para ella «un medio»; la limosna, papeleta de enganche; la miseria, campo abierto para la interminable leva.

El catolicismo posee, entre las asociaciones mundanas, una organización civil. Hace campañas presidenciales, vota en las elecciones, lleva sus candidatos triunfantes á las cámaras legislativas, á las municipales y á los ministerios. Tiene vigías en los puestos públicos, agentes en los hogares y servidores en la prensa.

¿Expresa todo esto la fuerza de una general convicción religiosa?. No. Es un simple convenio entre el clericalismo y la rutina. Abunda el practicante pero es difícil encontrar al creyente.

Si habláis con uno de esos señores de aspecto

rígido, paso majestuoso, gafas de oro montadas sobre la nariz, alto cuello é impecable levita, señales inequívocas éstas de un ultramontano en funciones; y si no figuráis entre los sospechosos — porque en tal caso vuestro interlocutor se repliega como un galápago bajo su concha — podréis saber de sus ideas íntimas. Empezará por declararos que él es hombre de mundo y «muy amigo del progreso»; agregará después que él es demócrata «con una democracia justa, sin excesos ni populacherías. ¡Cada cual en su puesto!». Si de un modo discreto le impulsáis á hablar de religión y él os supone de los suyos, entonces os hará confidencias: — «Esas cosas!... claro que una persona culta acepta el catolicismo... con reservas. No va á creerlo todo ni á tragárselo todo. Pero tampoco puede confundirse con los demagogos. La libertad mal entendida ha desquiciado al mundo. Todos pretenden ser iguales (y aquí hará campanuda la voz). La clase baja se insolenta. Esto es muy peligroso. La religión es nuestro gran remedio. Solo ella puede hacer á la plebe razonable, por que la mansedumbre, forma parte de las virtudes cristianas. Los hombres de orden debemos salvaguardar la religión».

He aquí al que se alía con la iglesia tan solo por temor de que la libertad anule sus privilegios de clase.

Otras veces os encontraréis en el alegre *vaudeville* ó en un teatro de *varietés* con un vejete muy acicalado, que suele lucir sobre el pecho un monumental crisantemo y lleva dobles antiparras para observar el escenario. Si le reconocéis en la penumbra del palco en que se oculta, empeñado en discretísima telegrafía con alguna estrella de bastidores, y recordando que es hermano de diferentes cofradías halláis medio de interrogarle, os contestará:

—Hombre, quise ver esto. Me habían dicho que era atroz. Y en efecto... Estaba para marcharme ya.

—¿...?

—Sí, creo que se fijaba en este palco. ¡Qué exceso de inmoralidad!

—¿...?

—Ciertamente, la religión lo prohíbe pero... le diré á Vd, solo hasta cierto punto. Todos pecamos (y se inclina un poquito con modestia) tenemos debilidades y... caídas. Lo más temible en estos casos es el escándalo. Pero en tanto se respeten las conveniencias y se dé públicamente buen ejemplo. Ya sabe V. que siempre acompaño á mi esposa á las solemnidades del culto»...

Para esta clase de católicos la religión es una máscara que, poniéndoles á salvo de toda sospecha, les permite el disfrute de lo prohibido.

Hay otras ocasiones en que no es viejo sino joven, muy joven, el campeón católico. Le distinguís entre diezmil muchachos por su aspecto de vejez prematura. Enteco, desgarrado, flácidas las mejillas, opacos y como sin vida los ojos, muy peinado el cabello, muy prolijamente anudada la corbata, felino en sus movimientos y parco de palabras, oliendo á perfumes y mirando de lado, le veréis con frecuencia acompañando á sacerdotes en los solitarios paseos, luciendo en las procesiones la insignia de S. Luis Ganzaga y asistiendo á los congresos de la juventudes donde se clama contra «los pecados del siglo». Es siempre el hijo de familia rica, educado por jesuitas ó padres franceses.

Hablad á ese muchacho de los altos problemas psicológicos, invocad á un Dios abstracto, sin vestidura litúrgica y no podrá entenderos. Pero insinuad una palabra sobre liberalismo, nombradle con desdén á una congregación ó al Papa, y le veréis er-

guirse como polluelo implume. — «¿El liberalismo? lo que pervierte las costumbres y las encenaga en el vicio».

¿En cual?... Él no lo sabe, ni se lo han dicho, ni le importa. Lo que le han enseñado es que las escuelas liberales trastornan el orden social. — «Afortunadamente allí están ellos, los hijos de familias decentes, encargados de evitar el peligro, conservando, bajo la salvaguardia de la iglesia, las sagradas tradiciones sociales, atacadas en vano por ese espíritu satánico que ensoberbece al populacho». Si le observáis que lo que él trata tan despectivamente es un conjunto de hombres á quienes Cristo llamó hermanos, responderá que así es, lo que no impide que haya «ciertas clases encargadas de dirigir á otras».

Y no obtendréis más de él, porque nada más sabe, sino que Dios y la sociedad le han designado para ser de los *dirigentes*, como lo fueron sus antepasados y lo serán sus hijos.

¡Ideales de justicia, anhelos de redención humana, arduos problemas de mejoramientos sociales, nobles empeños de elevación que agitan el pensamiento de nuestro siglo! No le habléis de eso porque perderéis vuestro tiempo. Os oirá molesto, os contestará con monosílabos y al fin, si vislumbra algún «padre», escapará de vuestro lado para ir á besar, inclinándose con afectación, la gruesa mano que se le ha tendido.

Y os quedaréis pensando, tristemente, en que *aquello* no es un ser religioso ni siquiera pensante: es un «producto» congregacionista, presunto diputado por la circunscripción del papá.

LA LEVA EN EL CONVENTILLO

SI desde las clases pudientes que figuran como católicas y entre las cuales no habéis ciertamente encontrado un sincero y desinteresado fervor religioso, pasáis á las clases modestas, donde se reclutan las partidas innúmeras de ceros que avalúan cada una de las cifras del partido clerical, haréis observaciones curiosas.

Las Hijas de María ó las damas de «La Conferencia» son las más indicadas para estos menesteres. En esos hervideros humanos donde se agita la miseria; en esos patios de vecinos donde vive rumiando su angustia y su desesperanza una gran parte del proletariado; donde hay habitaciones que parecen cuevas y en ellas duros lechos y cunas que jamás besó el sol; en esos desdichados sitios donde saben los hombres del placer del alcohol que hace dormir y quita por unas horas la memoria; donde la mujer siente marchito su recato por el hábito de la promiscuidad; donde los pequeñuelos lanzan el grito del animal hambriento, antes de haber gustado la

sal primera de la vida; en esos fondos tenebrosos donde hermanan la pena y la miseria los vencidos del mundo, entra un día como misión angélica, haciendo crujir sedas al levantar sus faldas para que no se rocen con las losas rezumantes del patio, inundando de sutiles perfumes el aire enrarecido de las habitaciones, la comisión de damas.

Las mujeres que tienden sus trapejos en la cuerda del patio, la que aventa el anafre donde hierve la olla, la que amamanta al chico, la que lava más lejos y la que, al pie del cuchitril, peina dando moquetes al inquieto rapazuelo, interrumpen su tarea para acercarse á las señoras. Las conocen. Son las que llevan bonos de pan y carne para los más necesitados.

La comisión empieza á desempeñar sus funciones.

— Cumplen todas con la iglesia, ¿verdad?: los chicos, el marido, ¿eh? ¿Lee este último periodicos? ¡Mucho cuidado con la *mala prensa*! Allí les llevan ellas la buena, la cristiana. «El mensajero de María», etc. ¿Frecuenta el esposo centros liberales? ¿Qué? ¿Que no? ¡Vaya! ¡bendito sea Dios! Y los muchachos ¿van á la escuela? ¿¡No!? Que carecen de ropa?... ¡Pobrecitos! ¿Que ayudan al padre por que el salario es poco? ¡Vaya, vaya! Tengan confianza... la virgen no les abandona... les abrirá camino. Y á propósito: uno de los muchachos, dos tal vez, podrían colocarse internos en las escuelas de los «padres» X. Si, ellas arreglarán eso. Serán dos bocas menos y además aprenderán oficio. Solo hace falta, para obtener el beneficio, que el marido se inscriba en una confradía de obreros católicos. Tedrán derecho á médico y botica. ¡Otra ganga! Ellas le recomendarán.

Las mujeres escuchan embobabas, las visitantes

hilvanan promesa tras promesa y al fin se marchan, saliendo como entraron: dando saltitos para librarse del agua sucia que corre hacia los sumideros; apretando un poco el paso para librarse de los chicuelos que las siguen de cerca atraídos por los abalorios de sus largos bolsos; y cruzando, más ligeras aún, el estrecho pasillo que conduce á la calle, á esas horas inundada de sol, y donde, como aliviadas de un gran peso, lanzan ya alegres un suspiro de desahogo.

— ¡Uf! ¡qué mal huele ahí dentro!

— Pero es tan sugestiva la caridad! De seguro que, entre esas gentes, obtenemos lo menos seis cofrades.

— Apuesto á que ni *fulanita*, ni *zutanita*, ni siquiera *perenganita*, que se las echa de doctora, habrán logrado tanto. Veremos en la reunión próxima. Para que luego diga el «padre»...

Y las damas, aspirando sus frasquitos de sales, muy satisfechas de sí mismas y de este mundo — donde tan bien dispuesto se halla todo, que hasta hay pobres para que ellas puedan lucir en las asambleas presididas por arzobispos ó «distinguidos clérigos», sus habilidades catequistas—siguen hablando de modas, de teatros y un poquito también de las amigas ausentes.

El resultado de estos visiteos es casi siempre satisfactorio. Hay también en América muchos estómagos no satisfechos. Siempre es grato, cuando el pan no abunda, dividirlo entre menos.

Cuando el asunto se plantea en familia, el hombre, comunmente, se niega. — «Nada con frailes ni devotas». Pero allí está la realidad que habla por boca de mujer. — «Dos menos para comer y vestir. Luego... la protección de gente rica. Y si el trabajo falta?... Y si del taller lo despidiesen?... ¡Y ella, con tantos chicos!

Es cosa decidida. Bajo la protectora sombra del árbol eclesiástico se acomoda una familia más. Los hijos, al asilo, á dar brazos gratuitos para las industrias monásticas; la madre, á servir de comparsa en procesiones y otros actos místicos; el padre al centro católico de obreros, á aumentar las anónimas cifras de la opinión *sinceramente religiosa*; á ser «masa» en los comicios; á servir, con el escapulario al cuello, de reclamo para el ejército ilota que bautizara Leon XIII con el pomposo nombre de socialismo cristiano.

III

LA «MASA» CATÓLICA

EL ex-alumno de los Talleres de S.ⁿ Vicente y D.ⁿ Bosco, da otro buen contingente á la «opinión católica». Los buenos «padres» han cuidado de prepararle para eso, enseñándole poco cálculo y mucha doctrina. Cuando deja el asilo donde ha sido explotado, sin que la mayor parte de las veces se entere, porque su torpe comprensión solo ve en el trabajo á que se le sujeta la obligación propia de todo aprendizaje, es en la sociedad como un náufrago á quien el áncora de la religión salva. Sin relaciones y sin conocimiento exacto de la vida, incapaz para valerse á sí mismo, apela á sus antiguos protectores que le dan ó le buscan recomendaciones, siempre útiles para encontrar trabajo, y aún le proporcionan clientela si es que más tarde se establece. El sometimiento es tan útil como la rebeldía peligrosa. El obrero sigue como cuando era alumno atado á la voluntad de los clérigos, y si ya no trabaja gratuitamente en sus industrias, da á la iglesia, en cambio, su personalidad ciudadana.

En las asociaciones josefinas y otras, fundadas con el pretexto del socorro mutuo, ordena el clero con tales elementos y aquellos otros que el catequismo de las damas católicas le proporcionan, sus soldados electorales. Claro es que en semejantes condiciones, siendo emitido por el interés de la dádiva, carece el voto de valor moral; pero ¿qué importa si se le considera válido en el escrutinio? ¿Acaso no es por él que van católicos «de clase» al parlamento, cuyos católicos obtienen concesiones y privilegios y aún partidas en el presupuesto que sirven á la iglesia para fundar otros asilos con otros asilados, que más tarde serán nuevos josefinos con nuevos votos, en los nuevos comicios?

Esta cadena interminable de eslabones humanos, da á la iglesia demasiado provecho para que trate de romperla por simples escrúpulos de doctrina. Así suele existir, con frecuencia, entre el sacerdote y su adicto, un engaño mutuo; porque mientras el uno cuenta como triunfos parciales que preparan el triunfo total, la *reducción* de esos obreros dispuestos á llamarse católicos, el *reducido* — bien sea de los que conquistan las damas en sus visitas domiciliares ó pertenezca al número de ex-asilados que al ponerse en contacto con el mundo modifican sus ideas — sonríe socarronamente, burlándose *in mentis* del cura y de su devoción. Y ni el uno piensa en lo fragil y hasta peligroso que resulta el triunfo que se cimenta sobre una fe comprada y vendida, ni el otro reflexiona que ese aparente beneficio por el obrero recibido en las asociaciones católicas, conviértese, más tarde, en semillero de perjuicios para el proletariado.⁽¹⁾

(1) Ya he tratado de la crisis obrera que produce el trabajo del asilado en los conventos. Hay que agregar á esto, que cada representante católico en las cámaras, es un enemigo de la causa del proletariado, que el mismo proletario crea.

Ambos, no obstante, continúan la curiosa comedia, y ella da á los partidos católicos una fuerza, que si es aún influyente por el número, carece, en cambio, de lo que hace respetable á un partido: la convicción doctrinaria. Si como en otros tiempos, la confesión de cristiano llevase aparejado el martirio ¿cuantos de estos militantes católicos estarían dispuestos á morir por su fe?...

¡Pero dije fé! ... ¿Quién piensa en eso ni quien habla de eso?. Lo que se necesita es «masa» para un partido; no creyentes en un dogma. Lo que se busca son servidores de una empresa; no apóstoles de una doctrina. Para eso se compran nombres que, á sabiendas ó por inconsciencia, se venden. La caridad y la miseria pactan en casos tales mediante una fórmula usuraria. Con ella se hacen minorías parlamentarias y multitudes católicas.

¡Pero la fé!... Esa ni se compra ni se vende. Por eso no la usa el clérigo sino como frase de efecto desde la cátedra del espíritu santo.

IV

LA RÉMORA

ORGANIZADAS, como ya queda dicho, las fuerzas seculares del clericalismo, puede éste, con seguras ventajas, intervenir en la política del Continente. Y lo hace. ¡Vaya si lo hace!

No hay República que al seguir las corrientes evolutivas impuestas por el siglo, deje de sentir, gravitando sobre ella, el peso enorme del obstruccionismo religioso. Ni una sola ley vindicadora, ni una sola mejora social, ni una sola conquista democrática se realizó en América, sin el combate, ó por lo menos, la protesta católica. La laicidad de la vida ha costado tremendas contiendas y sigue costando á los países más atrasados en materia legislativa. La reforma de las cartas constitucionales conforme á las necesidades del tiempo, pasó y aún pasa por las mismas luchas. La independencia de la cátedra ¡cuanto no ha padecido por la terrible guerra hecha al laicismo!

Los grupos católicos de la política lo interrumpen y lo trastornan todo. Ya se oponen á una re-

forma benéfica en la enseñanza porque ella merma privilegios al clero; ya exprimen el presupuesto, consiguiendo que se fijen en éste partidas de consideración para edificar templos ó instituciones católicas; ya piden, contra los adversarios de la iglesia, medidas represivas que son un salto atávico hacia los Torquemadas.

En los países donde aún se denomina el Estado católico, la iglesia devora el presupuesto. Cargas y más cargas, asignaciones y más asignaciones para culto y clero, para las escuelas sostenidas por órdenes monásticas, para asilos monjiles, para restauración de templos, para erección de catedrales. . . Miles de pesos fueron presupuestados para la coronación de la virgen de Cuyo, en la Argentina. Cerca de 400,000 pesos fijaron hace dos años los presupuestos chilenos para necesidades del culto.

En la mayoría de los Estados que viven fuera de la potestad religiosa, también suele la iglesia conseguir beneficios. La cámara estadual de San Pablo, votaba en 1909, doscientos contos (unos 67,000 pesos oro) para la construcción de una catedral; y en el año 1912, el gobierno pagaba su deuda al arzobispo metropolitano.

Los males que causa la política religiosa, se comprueban por el estancamiento en que viven las Repúblicas que más los sufren. Colombia y Perú, países dispuestos por sus naturales riquezas para desempeñar un papel importante entre los pueblos americanos, ocupan un puesto secundario merced á la influencia que sobre sus gobiernos, netamente conservadores, ejerce la política clerical. Lo mismo puede decirse de Bolivia, tan bien dotada por la naturaleza y, sin embargo, tan atrasada aún, merced á la influencia que aún se mantiene — no obstante las tendencias liberales de su actual gobierno — por

el enorme fanatismo que padecen sus clases populares, sobre todo las indígenas, muy numerosas en el país.

Donde quiera que se investigue hállanse los efectos de esa ingerencia clerical en los asuntos nacionales; ingerencia poderosa en unos sitios ó simplemente perturbadora en otros. Por que si en general la política americana, reflejando las aspiraciones congénitas á la vida y desarrollo del Continente, tiende á afirmar los goces de una civilización superior, en cambio, la iglesia, aprovechando todos los sedimentos atávicos, trabaja para detener el avance de las democráticas conquistas, oponiendo á su paso los enormes promontorios de cerebros petrificados.

Puede decirse que en la marcha de los pueblos americanos hacia el futuro, si la libertad es su faro, la religión es todavía una rémora.

LA TREGUA DOCTRINARIA

LOS gobiernos extra-partidarios, de tendencias puramente administrativas, son muy frecuentes en América, aunque su actuación dura poco.

Estos gobiernos heterogéneos é incoloros, tienen sus devotos entre las gentes ingenuas que los consideran para su país como una manifestación de cultura que excluye las viejas luchas doctrinarias. La experiencia ha demostrado, sin embargo, que ellos no son sino producto de la táctica política empleada por el clericalismo.

Mientras la fuerzas parlamentarias de éste son bastantes para imponerse á las cámaras, dándole así la gobernación del país, no se habla nunca de conciliaciones; antes por el contrario, los partidos conservadores y católicos, pregonan la integridad de sus principios condenando todo lo que suponga abdicación de los mismos. Pero llega el momento en que esas fuerzas se debilitan y son vencidas por el liberalismo que ocupa, al fin, el poder. Entonces

surgen esos estados de desorden y agitación constantes, tan frecuentes aún en muchos de los países americanos. ¿Quien provoca esa situación anormal? Nadie lo sabe á ciencia cierta, porque no es una idea, una doctrina la que se observa predominando en las multitudes, sino una sorda irritación popular, sin fundamento doctrinario ni orientación definida. El tumulto, la asonada, el motín, mantienen donde quiera el desorden. La excitación pública va familiarizando á la opinión con la idea de que va á ocurrir algo, de que la situación es insostenible, de que el gobierno es absolutamente impopular, hasta que al fin, éste cae ó es derrocado violentamente, siguiéndose á esto un periodo de luchas pasionales que, agotadas al fin, dejan al pueblo en un estado de inconsciencia que le impide saber lo que combate ni lo que desea obtener.

¿Quien prepara, repito, tan diestramente ese estado enfermizo de las multitudes?. Acá, en América, se dice que la sangre latina, ardiente é impulsiva de suyo; allá, en Europa, que el atraso de estos pueblos todavía incapaces para vivir la democracia. Y nadie, por ese tácito convenio en no tocar cuestiones religiosas «que pasaron de época», se fija en este axioma jurídico: *¿á quien aprovecha el crimen?* Y nadie ve ni puede ver — los unos por que está demasiado lejos, los otros porque juzgan desde muy cerca — que en cada pueblo, frente á la democracia de un gobierno, hay veinte, cuarenta, cien mil lenguas de clérigo que se mueven en el silencio de los claustros, en la rejilla confesional, en la tertulia aristocrática, en las cofradías de damas, en todos y cada uno de los centros sociales, para saltar al gobierno con las flechas del cuchicheo y la murmuración.

Ningun arma es tan mortífera y traidora como ese *dicen* que *dicen* repetido constantemente al oído

de las gentes sencillas, que lo acogen para lanzarlo á otros y otros oídos hasta hacer opinión. El «dicen que dicen» no hiere el cuerpo, pero mata el prestigio que es la vida moral de las instituciones, con la ventaja, para estos perturbadores de la tranquilidad pública, de que su acción demoledora escapa á la sanción del código.

Cuando las continuadas agitaciones nacionales han producido ese estado de inercia en que se desvanecen todas las grandes crisis, salen los partidos políticos á la palestra con antifaces evangelizadores. — «Paz y sosiego para la patria que peligra» — «Nada de discusiones que dividan sino de actos de acercamiento que permitan la cooperación de todos para salvar de la bancarrota al país» — «Política de reconstitución económica» — «Pliegue de banderas».

Y surgen las treguas doctrinarias y los gobiernos de conciliación.

Engañados por el patriótico alarde, los liberales caen en la trampa y tragan el anzuelo. Caballerosamente cumplen su compromiso y se abstienen de toda lucha doctrinaria en homenaje á la restauración nacional. Las agrupaciones políticas del catolicismo cumplen su compromiso igualmente y la opinión llega á creer sincero aquel mutuo respeto y posible, y aún útil, la fusión de estos güelfos y gibelinos modernos.

He aquí ya el terreno preparado como el clericalismo desea. Con la neutralidad del gobierno y las cámaras queda el campo ya libre de enemigos, y mientras los parlamentarios católicos cumplen y obligan á cumplir esa neutralidad, la iglesia militante, que nada ha prometido, tiende por ese campo abandonado del adversario, la red de su propaganda religiosa. Funciona el sacerdote catequista desde el

templo á los lugares mas públicos. Su labor, tanto más fructífera cuanto no es impugnada, lo invade todo y lo conquista todo...

Cuando el liberalismo se da cuenta de la traición en que está envuelto, es muchas veces tarde. Abandonada al enemigo, la opinión está mistificada. La tregua doctrinaria termina siempre con el advenimiento de un gobierno genuinamente clerical.

VI

UN EJEMPLO

ENTRE los numerosos casos de tregua doctrinaria está el de Chile. La patria de grandes y valerosos luchadores, la cuna gloriosa de los Gallo, los Mata y los Balmaceda, ha sufrido y sufre las consecuencias de ese error liberal. Cuando Balmaceda quiere desde el gobierno contener la ola impetuosa del ultramontanismo, comienza contra él ese enconado ataque de alfilerazos constantes que le maltratan sin reducirle y le acribillan sin que las heridas manen sangre. ¡Lucha terrible en que el insecto roe el pie del gigante y se escuda en su pequeñez misma para evitar el castigo!

Invisibles enemigos van minando el terreno que pisa. Las insidias que le rodean, la hostilidad que siente alrededor de su gobierno sin acertar á conocer quien la provoca; el abandono de los unos, la indiferencia de los otros, esa soledad entre muchos, que es la más terrible de las situaciones humanas, vencen su voluntad de hierro. El fuerte prefiere morir á ser juguete de adversarios incógnitos. Balma-

ceda se suicida. El clericalismo; por el momento, se ha salvado.

Entonces, tras las agitaciones partidarias, tras la tensión nerviosa en que la opinión ha vivido, surge la tregua doctrinaria y el gobierno de conciliación.

Sus resultados, el lector ha podido observarlos ya en otras páginas de este libro. Las ha visto en esas franquicias concedidas por el gobierno á la iglesia; en esas congregaciones tan omnipotentes que desafían al código, haciendo, de la escuela, cloaca de repugnantes vicios; puede verla en las sesiones de las cámaras legislativas, en donde, los representantes del partido conservador, rompen lanzas á toda hora en defensa de la iglesia, su espiritual Dulcinea.

No hace mucho, indignábase la opinión independiente del país al saber que la convención de la juventud conservadora, cerraba contra los profesores de la escuela oficial, declarándolos incapacitados para el desempeño de sus cargos, por saber que pertenecían muchos de ellos á asociaciones masónicas. Y la asamblea fué aún más allá. Acordó nombrar una comisión de su seno que se acercase á los Poderes para hacer la denuncia y requerir medidas rigurosamente coercitivas. Este hecho habla bien alto del espíritu de intransigencia y delación que acompaña frecuentemente al partidatismo católico.

El asunto del Nuncio Apostólico á que me referí anteriormente, dice mucho también con respecto á los frutos de la tregua. Tras de los desahogos populares, soportados por el representante del Papa con la tranquilidad del cazador que ve agitarse inútilmente la pieza segura en el coto, siguieron las discusiones parlamentarias y en ellas complicaciones imprevistas. Hubo acusaciones contra el Nuncio, en las cuales aparecía éste, como enemigo de Chile en

sus cuestiones con el Perú. Se habló de documentos comprometedores... La opinión seguía el debate ávida de justicia. ⁽¹⁾

Entonces... ¡Oh poder de la tregua!. Las sesiones se declararon secretas. ¿Era justo exponer á un primado de la iglesia al desprecio de las multitudes?.

Mientras tanto los bienes de las congregaciones se vendían á toda prisa. Era preciso hacer dinero antes de que surgiesen nuevas complicaciones. Y monseñor Sibilia sonreiría entonces pensando en su vuelta al vaticano. Tal vez, si recordó el incidente del sombrero perdido en la primera y *significativa recepción* que le hizo el pueblo chileno, se diría, que este sombrero, cuesta á Chile un montón de millones.

Tales son los efectos de la política conciliadora.

Afortunadamente el pueblo chileno, cuyo liberalismo ha escrito tan brillantes páginas en su historia nacional, el mismo que en los primeros años de su independencia supo, en defensa de ésta, expulsar del territorio de la República al embajador del vaticano, si por exceso de buena fe cayó en la celada de la tregua, se ha dado ya cuenta del actual peligro y lleva en su alma la cantidad de energía suficiente á prevenirlo, volviendo á recoger, como un escudo, sus proverbiales entusiasmos.

(1) El valiente diario «La Razón» órgano del partido radical, hizo, sobre este asunto, una brillante campaña.

VII

POLÍTICA TRÁGICA

LAS contiendas civiles parecen ser triste privilegio de los países americanos netamente católicos. Tal vez la razón de esto se halle en aquella vieja fórmula jesuítica: «Divide y vencerás». Paraguay, todavía tan tristemente influenciado por la iglesia, no halla reposo para sus contiendas internas. Santo Domingo, que no hace mucho elegía á un obispo para la presidencia de la República, vive en perpetua agitación revolucionaria...

Y cosa digna de notarse: á medida que un pueblo se liberaliza va sintiéndose más refractario á toda lucha violenta. El Uruguay, entregado en tiempos católicos á la guerra civil, cambia á medida que el espíritu público se emancipa de la tutela religiosa, y ya dirime sus diferencias partidarias sin perturbar la paz nacional.

Un ejemplo de los funestos resultados que producen en un país la política religiosa lo tenemos en el Ecuador. Hace apenas tres años que el telégrafo divulgó por el mundo la terrible *massacre*

que ensangrentó á esta República. Europa y América se conmovieron ante la brutalidad de los hechos. ¿Eran posibles tales monstruosidades en la especie humana?. ¿Qué vientos de locura soplaron sobre el Ecuador para retrotraerle á las bestiales épocas de la caverna y la selva?

Así se preguntaban las gentes ante los cuadros de barbarie que la prensa mundial trazaba. Y no anduvieron desacertadas al hablar de locura, por que ¿donde hay insania mas cierta que en ese terrible fanatismo capaz del crimen por amor á Dios?

Sí, el Ecuador estuvo loco; con la locura furiosa de los católicos medioevales que creían quemar al diablo achicharrando hombres; con la locura extravagante de los santos varones que declararon al verdugo agente ejecutivo de la divinidad.

Conocida era á un lado y otro del Atlántico la obra política del general Alfaro, encaminada á conseguir el engrandecimiento moral y material de su patria. Cuarenta años de incesante trabajo diéronle el triunfo codiciado. Durante su gobierno separose el Estado de la iglesia, se promulgó la libertad de cultos y la de prensa, la ley del matrimonio civil y la del divorcio; se dictaron medidas de seguridad pública y de reconstitución nacional. La enseñanza recibió un gran impulso.

El clérigo, antes omnipotente, soportó su derrota, y acogióse á las franquicias de la libertad que aún le dejaban campo para las prácticas del culto, (1) comenzó en silencio á preparar la revancha.

(1) La dificultad para consolidar un régimen democrático allí donde la teocracia ha imperado, proviene de que subsistiendo las prácticas del culto católico, el adversario vencido conserva los medios de ejercer su influencia sobre una masa aún dispuesta para la sugestión.

Un político procedente del campo enemigo, Leonidas G. Plaza, se afilió á la política triunfante, y tanto ayudó á Alfaro en su labor reformadora que éste, al abandonar la presidencia, creyó ver en aquel un firme continuador de su obra.

El resultado es conocido. Plaza, en el poder, no respondió á la confianza de Alfaro. Abrió las puertas del gobierno á los conservadores é inauguró la serie de motines y cuartelazos que, agotando al país, le entregaron nuevamente sin energías y sin ideales al dominio ya restaurado de la iglesia.

El viejo liberal debió sentir allá en el fondo de su alma toda la amargura del sembrador á quien fuertes vientos destruyen la cosecha ya sazónada. ¿Qué hacer?: Resignarse, dejar la patria aniquilada á merced de aquella tempestad de ambiciones ¿no era tanto como negar cobardemente ocho lustros de una vida dedicados á engrandecerla?

Ni el peso de los años, ni el cansancio moral que sigue siempre á los periodos de excesiva energía, le detuvieron. Quiso hacer con sus viejos amigos un decisivo esfuerzo. Pero era tarde. Durante el dominio conservador los partidos clericales lo habían influenciado todo. Ya no quedaban sino masas acobardadas ó serviles que no vieron en los heroicos cruzados de las libertades públicas otra cosa que ambiciosos y perturbadores.

Vencido Alfaro y prisionero, con todos los suyos, aún la iglesia seguía considerándole un peligro. Las prédicas contra el liberalismo se extremaban. El odio inconsciente de las multitudes crecía. Al fin ese odio estalló.

¡Espanto causa evocar la tragedia á que dió motivo!. Aquel asalto de las turbas furiosas á las cárceles; aquel centenar de hombres asesinados en la prisión misma; aquel suplicio del general Montero

á quien se arroja á una hoguera y de ésta, aún vivo, á una cuba de agua, y de ella nuevamente á las llamas; aquellos cinco prisioneros conducidos al cementerio de S. Diego, donde se les corta la lengua, los pies y las manos, rociándoles luego con petróleo al cual prenden fuego sus verdugos; aquella cabeza del generale Alfaro y aquel su corazón generoso que latió por ideales tan nobles, conducidos en lo alto de las picas á través de la ciudad de Quito, como la ofrenda postrimera del caudillo á la patria querida por quien muere...

Se resiste la pluma á trazar estos cuadros de desolación é ignominia. Únicamente la conciencia sabe en tales casos erigir en el fondo del alma altares votivos, donde se perpetúa el recuerdo de los que fueron mártires por la libertad de los pueblos...

El clericalismo ecuatoriano respira hoy tranquilo. La Republica es suya. ¡Quién sabe cuanto tiempo tardará en levantarse pueblo que tan hondo cayó! Los Alfaro no se producen con frecuencia.

Pero el tiempo, ese infalible justiciero, abrirá el libro de la historia para dictar sentencia. Y si al juzgar á esas turbas, enloquecidas de odio, halla un atenuante en su insania religiosa, dictará en cambio veredicto de culpabilidad sobre los que cultivan gérmenes de fanatismo y envenenan con ellos el alma popular.

VII

LA CLAVE DE UNA REVOLUCIÓN

LA terrible contienda mexicana sobre la cual tanto se ha fantaseado en Europa y América es una lucha de principios. Las causas externas, puramente circunstanciales, que mantienen la guerra civil son varias y de diversos órdenes; pero la raíz de todas ellas es una vieja guerra sostenida entre el partido liberal y el católico, pretendiendo abolir éste y defendiendo aquel las Leyes de Reforma proclamadas por Juárez.

El genial caudillo que tuvo un tan claro criterio de la libertad en épocas todavía contagiadas del antiguo espíritu doctrinario, quiso dar á su patria el máximo de garantías contra el peligro del feudalismo religioso legado por el coloniaje; y al efecto dictó esas leyes que son un admirable código del derecho humano. Por ellas quedó separada la iglesia del Estado, laicizada la enseñanza, expulsadas las congregaciones y prohibido el uso del traje talar en la vía pública, así como la vida conventual.

Desde entonces la iglesia, privada de sus privi-

legios, declaró al Estado una guerra que aún dura. Su primera escaramuza ha pasado á la historia con el sello de las grandes traiciones. Clérigos fueron los que al frente de una comisión de católicos ofrecieron á Maximiliano la corona de México, dando lugar con ésto á la invasión extranjera; y clericales los que al grito de «Religión y Fueros» se lanzaron á la guerra que tuvo un doloroso pero lógico epílogo en el cerro de las campanas ⁽¹⁾.

Cuando el clericalismo perdió toda esperanza de recobrar sus privilegios al amparo de un trono ya imposible en la patria de los Hidalgo y los Morelos, formuló un plan de ataque dentro de las mismas instituciones republicanas. Ha consistido éste en fomentar toda política que vaya contra el gobierno constituido, con lo cual se propone hallar al fin el hombre capaz de abolir esas, para él molestísimas leyes, ó en su defecto, impedir la paz pública manteniendo de este modo al país en estado propicio para que pueda ser burlado el precepto constitucional.

Tan maquiavélica conjura ha venido cumpliéndose hasta el día. Por ella la insidia rondó en torno de Juárez y provocó dos guerras intestinas. Por ella, Porfirio Díaz, halagado en los primeros brotes de su orgullo y envuelto en una trama puramente jesuítica, transformó su liberal gobierno en una funesta dictadura. Por ella, en fin, la democracia, restaurada con Madero, muere con éste, no vencida en lid noble, sino cercada por la traición.

¿Cómo pudieron realizarse estos propósitos aún en frente de gobiernos genuinamente liberales?

Veamos.

(1) Lugar donde fué fusilado el emperador Maximiliano

VIII

LA CLAVE DE UNA REVOLUCIÓN

LA terrible contienda mexicana sobre la cual tanto se ha fantaseado en Europa y América es una lucha de principios. Las causas externas, puramente circunstanciales, que mantienen la guerra civil son varias y de diversos órdenes; pero la raíz de todas ellas es una vieja guerra sostenida entre el partido liberal y el católico, pretendiendo abolir éste y defendiendo aquel las Leyes de Reforma proclamadas por Juárez.

El genial caudillo que tuvo un tan claro criterio de la libertad en épocas todavía contagiadas del antiguo espíritu doctrinario, quiso dar á su patria el máximo de garantías contra el peligro del feudalismo religioso legado por el coloniaje; y al efecto dictó esas leyes que son un admirable código del derecho humano. Por ellas quedó separada la iglesia del Estado, laicizada la enseñanza, expulsadas las congregaciones y prohibido el uso del traje talar en la vía pública, así como la vida conventual.

Desde entonces la iglesia, privada de sus privi-

legios, declaró al Estado una guerra que aún dura. Su primera escaramuza ha pasado á la historia con el sello de las grandes traiciones. Clérigos fueron los que al frente de una comisión de católicos ofrecieron á Maximiliano la corona de México, dando lugar con ésto á la invasión extranjera; y clericales los que al grito de «Religión y Fueros» se lanzaron á la guerra que tuvo un doloroso pero lógico epílogo en el cerro de las campanas ⁽¹⁾.

Cuando el clericalismo perdió toda esperanza de recobrar sus privilegios al amparo de un trono ya imposible en la patria de los Hidalgo y los Morelos, formuló un plan de ataque dentro de las mismas instituciones republicanas. Ha consistido éste en fomentar toda política que vaya contra el gobierno constituido, con lo cual se propone hallar al fin el hombre capaz de abolir esas, para él molestísimas leyes, ó en su defecto, impedir la paz pública manteniendo de este modo al país en estado propicio para que pueda ser burlado el precepto constitucional.

Tan maquiavélica conjura ha venido cumpliéndose hasta el día. Por ella la insidia rondó en torno de Juárez y provocó dos guerras intestinas. Por ella, Porfirio Díaz, halagado en los primeros brotes de su orgullo y envuelto en una trama puramente jesuítica, transformó su liberal gobierno en una funesta dictadura. Por ella, en fin, la democracia, restaurada con Madero, muere con éste, no vencida en lid noble, sino cercada por la traición.

¿Cómo pudieron realizarse estos propósitos aún en frente de gobiernos genuinamente liberales?

Veamos.

(1) Lugar donde fué fusilado el emperador Maximiliano

IX

JUEGO DE PASIONES

UN error muy extendido en América, el que declara muerto al clericalismo tan prepotente aún, debía permitir á la iglesia realizar en México sus planes, practicando una vieja maña que consiste, como la de ciertas especies zoológicas, en simular la muerte para herir mejor al desprevenido enemigo.

Tal aniquilamiento aparentaba cuando el general Díaz llegó á la presidencia lleno de brios liberales, que éste, creyéndola para siempre vencida ⁽¹⁾, dejó de prevenirse contra sus asechanzas.

Ella, entretanto, se preparaba para nuevas empresas, empezando por analizar psíquicamente al go-

(1) He aquí como se expresa Porfirio Díaz en aquella época: «Vivimos—dice—en un pueblo libre regido por instituciones libres y no hay en nuestra marcha, siempre progresiva, ningún obstáculo; que no puede llamarse así á ese clero caduco cuyo contubernio con los gobiernos tiránicos, ha sido roto por la espada de la justicia y del derecho.

bernante, de cuyo análisis dedujo que iba á luchar con un carácter. Pero éstos ¿no se doman también?. Si Porfirio Díaz como político resultaba irreductible ¿no podía ser como hombre manejable?. Acaso la iglesia pensó así recordando su maestría en el arte de utilizar pasiones.

¿Cuales podían, en tal caso, ponerse en juego? Dos, terribles, dadas las condiciones del hombre en quien se manifestaban: el amor y el orgullo.

Más de cincuenta años tenía el presidente cuando casó con una jovencita. Era ésta ferviente católica; sus padres también ⁽¹⁾ ¡Eurêka!—debió gritar la iglesia cuando vió consumado el enlace. La salvación estaba allí.

Y en efecto, lo estaba. Los deseos de la joven esposa, bien dirigidos por inteligentes confesores, inclinaron la voluntad terca de quien, al satisfacerlos, seguiría pensando para disculparse á sí mismo que no eran peligrosas las concesiones hechas á organismos muertos.

Pero estos muertos comenzaron á revivir, fueron moviéndose con más holgura, hasta alzarse potentes, más que nunca señores de los destinos mexicanos. Las escuelas de jesuitas funcionaron sin disimulo; creció el número de congregaciones y conventos; y los templos, reuniendo á las ricas familias que hacían gala de una fe puesta en aquellos días de moda, extremaban sus fiestas pregonando, por el fausto de ellas, la edad de oro para el culto renovada.

Y en tanto ¿las leyes de Reforma?... No habían sido derogadas; subsistían con toda su fuerza...

(1) El obispo Labastida, uno de los promotores del imperio de Maximiliano, era íntimo amigo de la familia Ruiz, á la cual pertenecía la esposa del general Díaz.

en los artículos del código. Porfirio Díaz mantuvo íntegra la Constitución, aún cuando permitiera que se faltase á ella. Así se daba en aquella naturaleza compleja una especie de desdoblamiento moral: el gobernante continuaba inabordable; el hombre, cedía. Su antigua voluntad de acero se ablandaba ante los caprichos religiosos de su consorte, brazo inconsciente del clericalismo, que al influir en beneficio de su religión, ni pudo sospechar que servía á un partido político, ni preveer, buena y creyente como era, cuanta sangre debía costar á México su devoción.

Mientras por este medio se obtenían ventajas para el culto, por otros se deformaba la política. Alrededor del viejo magistrado comenzó á funcionar la adulación, cebo seguro para los que viven pagados de sus propios méritos. Tuvo Porfirio Díaz, como los antiguos emperadores, cortesanos que exaltaron su orgullo cimentado en pasadas glorias militares ⁽¹⁾, y tantas veces se le declaró salvador de la patria que, en sus propios sentimientos patrióticos, halló motivo para perpetuar su gobierno, convirtiéndose, de presidente constitucional, en dictador.

Entronizado así el poder, todo fué ya posible. Los defensores de un estado inconstitucional necesitaban remuneración por sus servicios, y ésta les fué dada bajo la forma de privilegios y concesiones que el jefe del gobierno acordaba como reales mercedes. Los impuestos crecieron en proporción á las necesidades creadas por el favoritismo, y cuando pueblos como Tomóchic recusaron pagarlos, fueron arrasados á fin de mantener el principio de autocracia.

(1) Como es sabido, el general Díaz colaboró con Juárez en la defensa de la República contra el imperio.

Esta política imperialista mantuvo en el país un constante desorden bajo las apariencias de una envidiable paz. La guerra contra los indios mayas permitió el reparto del territorio de Quintana Roo entre un número corto de situacionistas. Concesiones hechas á favor de otros para explotar una feraz región en el Estado de Sonora, levantó en armas á las tribus yakis que lo habitaban, siguiéndose á esto una lucha terrible.

Nada más concluyente para cerrar el cuadro de la situación mexicana, durante la última etapa de esta dictadura, que las estadísticas referentes á la instrucción: ellas arrojaban entonces un 80 % de anal-fabetos.

El espectáculo de una constante violencia, había acabado por amedrentar los espíritus. La prensa adulaba ó enmudecía; el pueblo se contentaba con ocultar su pena tras la humillante sonrisa del vencido; el terror impedía que la verdad llegase al extranjero. Así, Europa y América, pudieron elogiar la paz octaviana que disfrutaba México, sin sospechar siquiera, que ella era solo comparable á la célebre paz de Varsovia.

Entre tanto la iglesia, sostenida al principio por la sola protección femenina, contaba ahora con la de los favoritos del cesar. Un pacto, muy frecuente en la historia, se había sellado entre ambas fuerzas imperantes: la una fanatizaba al pueblo para mantenerle sumiso á los desmanes de la política; la otra pagaba estos servicios enriqueciendo al sacerdote. Ambas aniquilaban al país.

X

POR MANO AJENA

LA reacción democrática que derrocó á Porfirio Díaz colocando en la presidencia á Francisco I Madero, un honesto patricio, dejó nuevamente á la iglesia en situación peligrosa. El candidato electo—hombre ajeno á las cábalas de los politicastros de oficio, y á quien un noble quijotismo había hecho abandonar su vida de comerciante rico para correr las contingencias de una campaña en que fueron comprometidas su vida y su fortuna—tenía convicciones filosóficas arraigadas y un amplio criterio sobre la libertad. Su gesto valiente, frente á la dictadura ⁽¹⁾, le conquistó las simpatías del elemento liberal del país; y el partido político que con este motivo se formó ⁽²⁾ no

(1) Como se sabe Madero fué el iniciador de la campaña antirreeleccionista que terminó con la dictadura.

(2) Partido Constitucional Progresista.

era el más á propósito para seguir patrocinando al clero en sus constantes atentados á la Constitución.

Los clericales, sin embargo, no habían obstruccionado la candidatura presidencial, y aún alguien ha dicho, que la protegieron. Tal vez, considerando á Madero un vulgar ambicioso, imaginaban obtener con él la abolición de aquellas leyes, motivo de la eterna discordia.

Las primeras tentativas en este sentido, les convencieron de que en la nueva situación, lejos de mejorar su causa, empeoraba; no siendo difícil prever mayores contratiempos para la iglesia, una vez el gobierno se consolidase.

¿Era este, pues, el resultado de una revolución que el sacerdote había permitido?

Un cerco de insidias, de murmuración y desprestigio, se tendió, desde entonces, en torno del gobierno demócrata. En la sombra actuaron los conventos y sacristías; á la luz pública, la prensa católica y la sostenida por elementos del derrotado porfirismo, sin que faltasen, en esta cruzada contra la libertad, algunos iscaríotes políticos.

Dos movimientos revolucionarios, uno al norte y el otro al sur de la República, vinieron á facilitar esta obra. El primero, provocado por cuestiones electorales que no afectaban á la doctrina fundamental del partido, pudo tener solución rápida y pacífica si extrañas corrientes de discordia no hubiesen agitado día á día los ánimos. En cuanto al sur era muy diferente, porque la insurrección, puramente indígena, se relacionaba con un arduo problema nacional.

El acaparamiento de tierras pertenecientes á diversas tribus y que como se ha visto fué realizado mediante la política de favoritismo que imperó en el país, mantenía viva la odiosidad del indio hacia

el blanco ⁽¹⁾, y con ella, el peligro de las discordias intestinas. Cuestión tan grave preocupaba al gobierno dispuesto á resolverla en forma equitativa tal, que ella pudiese, á un tiempo, fomentar la riqueza pública y devolver á las tribus la tranquilidad perdida.

Madero había hecho promesas en este sentido; pero ¿cómo ocuparse de tan arduos problemas, que requieren tranquilidad, en medio de tantas disensiones políticas y frente á una guerra civil?. Esta dificultad se aprovechó para inculcar entre los indígenas la idea de que el nuevo gobierno procedía, con respecto á ellos, con manifiesta mala fe; y las indiadas ignorantes, creyéndose una vez más burladas, se lanzaron á la pelea terriblemente acometedoras, incendiando, matando, destruyendo, pasando como huracán furioso sobre los pueblos asolados. Así se trazó un círculo vicioso, por el cual, las revoluciones, impedían la obra reformadora del gobierno, y este impedimento fomentaba la revolución.

He aquí como se preparaban los acontecimientos que debían dar á México muchos días de duelo.

La opinión, mientras tanto, se intrigaba cada vez más al observar el caracter fanáticamente católico de aquellas insurrecciones indígenas. El zapatismo, ⁽²⁾ que en sus tremendas acometidas no respetaba personas ni intereses, deteníase respetuoso ante el clérigo. Así se dió el caso de que, siendo asaltado

(1) Las mujeres *Yakis* ven morir á sus hijos con la mayor indiferencia y si alguien les pregunta el motivo de esto, contestan: «Puesto que luego los han de matar los *yorís* (blancos) más vale que ahora mueran».

(2) Así se llamaba la revolución indígena por considerarse á Zapata jefe de ella.

un tren, hecho en aquella época frecuente, muriesen fusilados todos los pasajeros, menos dos, que invocaron su condición sacerdotal. Publicose además que los rebeldes tenían cerca de Morelos una capilla y en ella la correspondiente imagen, á la cual enviaban diariamente cirios...

Por coincidir con estas repetidas muestras de re-religiosidad, se comentaban las exaltadas prédicas que hacían sacerdotes en algunas regiones. Estos rumores tomaron cuerpo cuando surgió el conflicto entre los habitantes de la ciudad de Tuxtla, capital del estado de Chiapas, y el obispo de aquella diócesis. Los tuxtlecos acusaron al prelado de excitar á los indios chamulas á levantarse en armas, agregando que, conocidos agentes eclesiásticos, reclutaban á estos indígenas; y que en el mismo S. Cristobal, lugar del obispado, el diocesano había entregado á los rebeldes un estandarte con la virgen de Guadalupe.

Cargos tan graves, hechos públicamente en diarios y folletos, ⁽¹⁾ obligaron al acusado á defenderse. Por cierto que lo hizo canónicamente: lanzando el interdicto sobre la población de Tuxtla.

La lógica de semejante defensa no ha de hallarla el lector ni la hallaron los tuxtlecos, que al ver clausurar templos y cerrar capillas, con gran disgusto, como era lógico, de clérigos y sacristanes, hicieron media docena de epigramas y se quedaron tan frescos.

Pero el dato más elocuente con respecto al carácter de esa revolución indígena, se obtuvo algo más tarde, al caer prisionera una partida de rebel-

(1) «Iras Santas» de L. Espinosa.

des y con ella su bandera de guerra. He aquí como la describe «El Imparcial», diario mexicano: «Lleva una leyenda con letras doradas que dice «Ejército libertador — Justicia y Ley — General Felipe Neri» En el centro y con pintura al oleo, la imagen de la virgen de Guadalupe y una guirnalda de flores. En la parte alta y en los listones tricolores que sostienen el estandarte, se encuentran sujetas dos medallas corrientes conmemorativas de la coronación de la guadalupana y de la virgen de Ocotlan».

Es, pues, indudable que en las partidas rebeldes, presidía un espíritu religioso.

¿A quien aprovechaba éste?

ALREDEDOR DE LA REFORMA

DOS guerras intestinas y la obstrucción constante hecha por los católicos en el parlamento, debía necesariamente derrocar á un gobierno á cuyo frente estaba quien, por ser demasiado justo, no entendía de esas dobleces y malas artes que se disfrazan en política con el nombre de diplomacia. Incapaz de adivinar la falsía que alrededor del gobernante se oculta tantas veces detrás de la amistosa sonrisa, él no creía en asechanzas ni peligros. Era optimista, como todas las almas buenas. Según él, los antiguos partidos no existían; solo quedaban de éstos unidades aprovechables. Los católicos eran gentes inofensivas entretenidas en sus devociones; los insurgentes, equivocados que acabarían por someterse cuando gustasen los frutos de la democracia. Y ni consejos de amigos ni hechos denunciadores de la realidad, le convencían. Juzgando que era grave delito pensar mal del prógimo, jamás supuso que alrededor suyo se tendiese la traición jesuítica.

Alguien, tratando un día de prevenir sucesos, que todos menos él vislumbraban, le recordó las frases de Gambetta: El clericalismo... Madero se encogió de hombros. — ¡Bah! El clericalismo estaba muerto...

Como el otro, como Porfirio Díaz: el uno por orgullo, el otro por bondad, ambos caían en la trampa eclesiástica.

En tanto que las revoluciones crecían y la situación se agravaba amenazando provocar complicaciones internacionales ⁽¹⁾, Madero, siempre deseoso de reducir al adversario por la bondad, trataba de gobernar con todos, enfriando de este modo los entusiasmos de sus partidarios, á quienes no podía ocultarse el peligro que esta política entrañaba en un país recién salvado de la dictadura, bajo el dominio de la cual, se habían perdido las prácticas de la democracia y creado, en cambio, tantos intereses burocráticos.

Lo previsto ocurrió al fin y es demasiado reciente para que el lector lo haya olvidado. La toma de la capital mexicana, por los mismos generales á quienes el gobierno confiara la pacificación del país; aquella conducción de Madero y el vice-presidente Pino Suarez en medio de la noche y á través de las calles de la ciudad, donde hallan la muerte; y los fusilamentos que á esto siguen, dicen bien claramente

(1) Sabido es que en México, como en Centro América y Antillas, la política norteamericana ha consistido en acechar las discordias internas para intervenir á título de humanitarismo. Tampoco es ignorado lo caro que estos oficios pacifistas cuestan á los países que los sufren: Panamá, Nicaragua, Santo Domingo, Cuba y el mismo México, conocen esto por experiencia propia.

cómo la traición se agitaba alrededor de aquel puñado de hombres, que pretendieron restaurar las libertades mexicanas.

Personas que abandonaron la República, me han referido cómo luego de la trágica muerte de Madero, significados clericales se abrazaban en medio de las calles expresando su alegría por la caída del *réprobo*.

Y en verdad que el clericalismo estaba de plácemes. Una nueva dictadura, más terrible que la primera, porque superándola en violencia ⁽¹⁾ no tiene á su frente ni los prestigios personales del general Díaz ni la brillante historia militar del antiguo compañero de Juárez, asola hoy al país. A su sombra, medra nuevamente la iglesia, mientras el liberalismo, perseguido, corre á engrosar las filas revolucionarias del general Carranza, mantenedor del partido que acaudilló Madero. Y entre tanto, el «pacificador» del Norte, viendo ya suficientemente debilitado á México, tiende hacia él su condiciosa mirada...

El término de esta situación insostenible ¿cual será?

Mientras existan conjuntamente las Leyes de Reforma que repudian á la iglesia, y ésta empeñada en destruir á aquellas, la lucha, sea con el nombre que fuere, se perpetuará. Hay que abolir unas ó expulsar á la otra. O con la iglesia contra la libertad, aceptando de buen grado la dictadura religioso-política — lo que

(1) Se ha dictado hace pocos meses una ley, por la cual, las mujeres que se mezclen en política, serán deportadas á las Islas Marías.

es imposible dado el espíritu de independencia que caracteriza á la mayoría del país — ó con la libertad contra la iglesia, destruyendo, con mano firme, el poder clerical.

Hacia esta última solución se inclinó Juárez, privilegiada inteligencia que vió claro lo que otros, más tarde, no sabrían ver ⁽¹⁾.

¿Se orientará de acuerdo con el gran patricio la futura política mexicana ?.

(1) Juárez, en un decreto de 1859, afirma que la guerra de entonces fué «promovida y sostenida por el clero», declarando á éste, «*enemigo jurado de la República*».

XII

EN EL PAÍS DE WASHINGTON

LA influencia política del catolicismo en Estados Unidos, es hoy mayor, quizá, que en algunas de las Repúblicas latinas.

Ya he hablado del fácil acomodo que allí tienen las congregaciones monásticas. Tan bien se han adaptado éstas al medio, que comparten en respetable proporción con las sectas disidentes, el predominio sobre las conciencias. Ciertamente que todavía es menor el número de católicos que el de protestantes; mas recordando que estos se dividen y subdividen en multitud de iglesias independientes entre sí, mientras que los organismos católicos subordinados á una misma disciplina poseen una unidad de acción de que los otros carecen, se comprende perfectamente que, para los efectos políticos, sean estos últimos los más.

El cardenal Gibbons ha expresado esto mismo en una *entrevista* celebrada ha poco más de un año con un periodista americano: «Los Estados Unidos — dijo — poseen actualmente más de diez y seis mi-

llones de católicos; número que no deja de crecer cada día... No existe en el país una sola secta protestante cuyos miembros sean tan numerosos como los fieles de la iglesia católica».

En cuanto á la influencia religiosa en los grandes partidos políticos, he aquí como se expresa el citado cardenal: — «Jamás un candidato conseguiría hacerse elegir presidente de la República Norteamericana si se declarase ateo ó afectase personalmente la menor indiferencia religiosa».

Siendo esto así, habría que considerar al pueblo norteamericano muy inferior, en cuanto á tolerancia, á los pueblos de la mayoría de las Repúblicas latino-americanas, y aún á los de algunos países de Europa; ya que en todos ellos, salvo los grupos católicos, nadie se asusta por el descreimiento de un jefe de Estado.

Concordando con el criterio del ministro católico se expresa un librepensador, Mr. Mangansarian, que dice: «Dos de los hombres más populares en América (refiérese á E. Unidos) son Mr. Theodore Roosevelt y William J. Bryan. Cada palabra que ellos pronuncian es escuchada por toda la nación, cada palabra que ellos escriben es leída por todo el país. ¡Qué privilegio más grande el poder inspirar respeto, confianza y *atención* á ochenta millones, aproximadamente, de habitantes. Pero que Mr. Roosevelt ó Mr. Bryan profieran una sola palabra contra la religión popular, y al día siguiente sus retratos serán arrancados de las paredes y sus respectivas influencias se desvanecerán».

Compréndense las ventajas que esta general religiosidad puede dar al catolicismo. El protestante, independientemente de su credo religioso, se afilia á un partido político. El católico no milita en otras agrupaciones que en las suyas, puramente doctrinarias.

En épocas electorales forman un cuerpo político que apoya, indistintamente, á democratas ó repúblicanos, según que el triunfo de unos ú otros les ofrezca mayores beneficios.

Con el fin de pesar como pesan en la gobernación del país han cuidado de organizarse convenientemente. Cuatro cardenales atienden á ello. Aparte de las asociaciones monásticas, que son, como ya he dicho, incontables, existen numerosos centros é instituciones para seglares, con los que se organizó hace unos cuatro años la Federación de Sociedades Católicas. Entre estos organismos figura el de los caballeros de Colón, con 300,000 miembros.

Se comprende que así preparados dispongan de medios para decidir una elección. «Por eso — dice «La Crónica», diario norteamericano — ni Roosevelt, ni Wilson, ni Taft, se atreven á desconocer su poder».

En la prensa católica he leído que cuando Roosevelt hacía su campaña electoral en la diócesis de Cheyene, encontrándose en una ciudad donde también se hallaba incidentalmente el obispo, y no viéndole en la reunión que iba á celebrarse, hizo fuesen á invitarle en su nombre, esperando, todo el tiempo que el prelado tardó en llegar, para empezar su discurso. Gibbons por su parte, declara que en Baltimore, bajo su presidencia, se reunió la convención demócrata para proclamar la candidatura de Wilson. Cuando se celebró con gran pompa el 52.º aniversario de la ordenación sacerdotal de este prelado, asistieron personalmente al acto Roosevelt, Taft, el vicepresidente de la República, el presidente de la cámara de diputados, el juez de la suprema corte y muchos diputados de ambos partidos.

¿Qué más?. La República Portuguesa contaba un año de existencia cuando fué reconocida por los

Estados Unidos, que se resistían á hacerlo temiendo herir la suceptibilidad del clero.

Esta influencia política ha permitido á la iglesia ocupar ventajosas posiciones. Ella cuida incesantemente de mejorarlas; sobre todo entre los organismos militares. En la marina y el ejército existen muchos capellanes católicos.

Hace unos dos años el cardenal Farley pasó revista al 69.º Regimiento de Nueva York, ostentando las vestiduras rojas y las insignias de su alta gerarquía eclesiástica. El palco que para tal solemnidad le fué dedicado, lucía los colores pontificios y el escudo papal.

Afirmo, con toda seriedad, que sentí vivamente no poder presenciar tan interesante espectáculo. Un ministro de Cristo revistando soldados; unas faldas rojas culebreando con coqueteos de *toilette* femenina entre apretadas filas de uniformes severos, llevados por los hijos del Norte con su habitual tiesura, ¿no es, lector, algo digno de la excentricidad sajona?. Porque ni aún en los países más católicos de la América latina me fué dado conocer cosa igual.

Los datos expuestos bastan para significar el auge del catolicismo en Norteamérica, cuyos estados va políticamente conquistando. Hasta ahora la invasión es pacífica. Con sus 80 millones de habitantes, los Estados Unidos suministran creyentes á las dos religiones; y por su parte, los que se suceden en el poder, cuidan de no herir la suceptibilidad de ninguna. Pero ¿ocurrirá siempre así?.

El pastor protestante, que como es sabido posee una superioridad moral sobre el sacerdote romano, vive en un relativo alejamiento del bullicio político; mientras que su colega, apoyándose en él, va invadiéndolo todo. ¿Qué sucederá el día en que el catolicismo, sintiéndose con suficientes fuerzas para dominar por

sí solo, rompa la *entente cordial* que hoy parece estar establecida y trate de acabar con la tranquila influencia de los que, al fin, son sus adversarios en doctrina. ¿Y cuando este momento llegue, (que llegará si las escuelas filosóficas, cada vez más extendidas en Norteamérica, no lo impiden) ¿se someterán de buen grado las iglesias protestantes?

¡Y se creen ya pasadas las luchas de religión!... ¡Quién sabe lo que puede suceder todavía en pueblos que, absorbidos por la conquista económica y orgullosos de sus progresos materiales, sobre los que han fundado su superioridad, no paran mientes en aquellos que internamente los enferma!...

Hay en esta cuestión religiosa una marcada diferencia de criterio entre ambas Américas. En la latina se teme al clericalismo y se vive prevenido contra él; en la sajona se le acepta porque no inspira cuidado. En la una, vive como huésped molesto á quien no es fácil despedir; en la otra, como un leal é inofensivo amigo cuya presencia es grata. ¿Donde está el mayor peligro para lo futuro?

Hay que agregar á esto que entre los pueblos latino-americanos las ideas se encauzan en el sentido de abolir todas las religiones positivas; mientras que en el sajón, masas absolutamente creyentes, fluctúan entre dos iglesias. En ambiente tan saturado de religiosidad ¿qué podría ocurrir, si un día, el catolicismo romano, pretendiese resucitar las épocas de valdenses y hugonotes?





CAPÍTULO OCTAVO

La compañía ≡ ≡≡≡ de Jesús

SUMARIO: — I LOS JESUITAS — II —
LOS CABALLEROS DE COLÓN ≡≡≡



LOS JESUITAS

LA compañía de Jesús es en América el estado mayor de los ejércitos clericales.

Nacida por el empeño de un soldado avariento de gloria, acogida por el papado como arma de combate contra la Reforma, su historia, como su nombre, acusan lo guerrero de su organización. General se denomina su jefe, soldados de Cristo sus miembros, y ejercicios sus prácticas. Es la alta milicia de la iglesia, de la que solo se dispone para las grandes batallas y las difíciles conquistas. Por eso en América dirige las enormes fuerzas que se extienden desde la Patagonia á Bering.

La guerra de guerrillas es la que preferentemente utiliza; y es en el club y en el hogar y en el ministerio y en la oficina pública y en el municipio y en los parlamentos, donde la escaramuza obtiene triunfos.

Sus diplomáticos se mueven en los medios sociales. Los «compromisos de amistad», los contubernios políticos, las transacciones doctrinarias responden á su insinuante labor.

Atrincherada en sus casas provinciales puestas en comunicación con Roma, ella maneja habilmente los hilos de una complicadísima trama, determinando posiciones, ordenando el avance ó las retiradas prudentes, los asaltos y los armisticios.

Actúa, además, sobre la sociedad, como los biólogos sobre los cuerpos. Su análisis minucioso, prolijo, inteligente, va hasta lo más recóndito de nuestra contextura moral. Usa de las pasiones como de ciertos ácidos en las reacciones químicas. Baraja el escándalo con la santidad; la devoción, con la avaricia; las pasiones indómitas, con los delirios místicos. Amalgama, en fin, inmoralidades y virtudes para extraer de ese monstruoso conjunto el elixir envenenador de la vida. En esa acción, que opera sobre los sentimientos humanos, reside el secreto de su fuerza sugestionadora.

— Pero ¿en donde se encuentran — argüirán algunos — ese generalato, esa dirección y esa fuerza? Apenas si conocemos otros jesuítas que los dedicados á la enseñanza.

He ahí, precisamente, en lo que consiste el peligro: en el disfraz de que se revisten y la ductilidad que para fingirse inofensivos poseen. Ciertó que el jesuíta conocido está en la escuela, desde donde sirve a la «Compañía» preparando la deformación moral de un pueblo por la del individuo ⁽¹⁾; pero, contrariamente á lo que muchos creen, él tiene ya invadidos otros muy diversos lugares. Ignacianos que pasan por simples sacerdotes hay en las ricas

(1) He aquí como se expresa el jesuíta Cerutti: «Así como se fajan los miembros del niño desde la cuna para darles una proporción justa, es necesario *fajar*, por decirlo así, su voluntad desde su primera juventud, á fin de que conserve durante toda su vida una *feliz y saludable flexibilidad*».

parroquias, en los cabildos catedrales y aún en los obispados. Ignacianos son los predicadores de moda, los confesores de altas damas y los directores espirituales de las ricas familias católicas. Los más brillantes puestos eclesiásticos les pertenecen; las aristocráticas instituciones son suyas.

Actúa, además, independientemente de todo desempeño eclesiástico, en los centros sociales. ¿Interesa al lector conocerle? Trate de descubrirlo bajo el aspecto transigente y amable del clérigo liberal: — «D. Fulano... ¡si no parece cura! ¡Tan discreto, tan conciliador!. Conoce mis ideas y, sin embargo, es mi amigo». — Así habrá oído el lector expresarse á más de un librepensador confiado que suele tener fortuna saneada, mujer devota y prestigio político; tres motivos que atraen al *amigo* y de los cuales espera beneficiar al fin.

A veces llevan su liberalismo hasta el último límite, afiliándose á clubs democráticos y aún á sociedades filosóficas. ¿Son redimidos?. Pueden serlo, pero entre los que como tales figuran, suele encontrarse á algún espía del papa negro ⁽¹⁾ introducido en la plaza que se pretende conquistar.

El jesuitismo obra como ciertos bacilos: por infección y por contagio. La primer forma es aplicable á la escuela, la segunda á todos los círculos mundanos. Los efectos de sus cultivos son: depresión del carácter, agotamiento de la voluntad, estados de inercia mental y desequilibrios morales ⁽²⁾. Socieda-

(1) Nombre con el cual se conoce al general de la compañía de Jesús.

(2) Para conocer la perniciosa influencia del jesuitismo sobre la moral de los pueblos, basta leer la «Mónita Secreta», ya muy divulgada, ó alguna de las obras escritas por jesuitas, tales como «Ensayos de teología pública» por Taberna. «Teología fundamental» por Caramuel. «Teología moral» por Escobar. «Suma

des influidas por él, conviértense en semillero de discordias ⁽¹⁾; pueblos que él conquista, son fatalmente condenados al salto atávico. El «dejar hacer» y el «adaptarse al medio» son, en los grupos étnicos, síntomas de ese mal en su periodo agudo, cuyas perjudiciales consecuencias determinan la abdicación de la soberanía popular en manos de oligarquías y dictaduras.

Estudiando la marcha de los pueblos americanos, el divorcio que en algunos se observa entre el deseo y el acto, la discordancia manifiesta entre su espíritu abierto á todo lo grande, lo bello, lo útil, y algunas de sus costumbres que mantienen viejas tradiciones, ¿es tan difícil hallar esos acusadores síntomas de la terrible dolencia?

Sin embargo, en América, casi nadie cree en ella, y es por eso precisamente que muchos la sufren.

Cuando en 1846, Michelet, desde la cátedra de la Sorbona, daba el alerta á Francia contra el jesuitismo intrigante que minaba la libertad, hubo quien le advirtiese que, expulsada la «Compañía» del país, el jesuitismo no existía. «Pues porque no existe le temo» — contestó el profesor. No se engañaba. Disfrazados de simples sacerdotes, de catedráticos, de

de pecados» por Baury. «Controversias sobre el santo sacramento del matrimonio» por Sanchez. Imposible transcribir aquí nada de lo que esas obras contienen. Solo diré que la moral que de ellas se desprende indignaría al menos escrupuloso en cuestiones de conciencia.

(1) Por este motivo y otros más graves, la Compañía de Jesús fué expulsada de España, Francia, Inglaterra, Portugal, Holanda, Rusia, Bélgica, Suiza, Austria, Italia, Alemania y Japón. Sabido es que por intrigar contra la misma iglesia, el Papa Clemente XIV, suprimió la Orden de los jesuitas, de los cuales ya había dicho Clemente VIII, que ni aún creían en Dios.

negociantes, habían conseguido envenenar moralmente una generación. Cinco años después un golpe de estado daba paso al imperio de Napoleón III.

Que el jesuitismo posee el hábito de disfrazarse es cosa demasiado sabida. Como coptos, como bonzos, como bracmanes y como mandarines, actuaron en Asia hasta que fueron descubiertos; como diplomáticos funcionaron en las cortes de Carlos II de España, Catalina de Médicis y Luis XVI; de *Calios-tros* ejercieron cerca de Enrique III y Enrique IV de Francia, y José I de Portugal; de misioneros se disfrazaron en América durante el coloniaje; y como simples é inofensivos maestros aparecen hoy.

En realidad ¿qué son?: Unos pobres enfermos de avaricia que aspiran á la dominación del mundo, para lo cual tienden á hacer, del individuo y de los pueblos, «cadáveres que andan»; practicando, para conseguirlo, aquella su predilecta máxima: «Todos los medios son buenos para llegar al fin».

La metamórfosis es su fuerte; por ella se introducen en todos los círculos é influyen en todas las esferas; azuzan secretamente las revueltas para significarse como pacificadores; alimentan de igual modo las opresiones para mostrarse á los oprimidos como consoladores de sus duelos; llegan hasta combatirse á sí mismos — claro es que bajo riguroso incógnito — para atraer sobre sus personas las simpatías que inspira toda víctima resignada...

Actuando en esta forma lo pueden todo, porque, aparentemente, no intentan ni desean nada. Si tomasen una forma tangible para combatir la libertad; si lo que hacen bajo antifaz lo practicasen con el semblante descubierto; sí — según la frase de Michelet — existiesen, no existirían, por que hubieran

sido ya rechazados. Por el contrario, no existiendo, existen ; porque su acción diseminada en el ambiente, como los infecciosos miasmas, destruyen la salud pública, sin que los pueblos contaminados alcancen á conocer, muchas veces, en qué consiste la salvadora profilaxis.

II

LOS CABALLEROS DE COLÓN

DURANTE las épocas teocráticas la iglesia dominó por la fuerza. Su táctica, en los tiempos presentes, consiste en dominar por la astucia. Sin este cambio de métodos el catolicismo hubiera muerto.

La compañía de Jesús ha sido la encargada de realizar la metamórfosis. Invirtiendo los términos de la cuestión en vez de quemar al hombre para matar al pensamiento, perturbó el pensamiento para inutilizar al hombre. De este modo se adaptaron los procedimientos á las necesidades de los tiempos, y á expensas de la religión, el jesuitismo se hizo fuerte.

¿Triunfó el poder civil del eclesiástico?; los jesuitas intrigaron cerca de aquel para servir á éste. ¿Se emanciparon los reyes de la tutela papal?; los jesuitas se hicieron confesores de reyes y mantuvieron la influencia religiosa. ¿Sustituyó la pasión científica á la inercia mental?; los jesuitas entraron en polémica para colocar un «distingo» entre la cien-

cia sagrada y la profana. ¿Apareció la enseñanza como una necesidad de los pueblos?; los jesuitas la acapararon para deformar el criterio. ¿Se estableció con los derechos de ciudadanía el sistema parlamentario?; los jesuitas se organizaron políticamente para gobernar los parlamentos. Así la libertad, combatida con sus propias armas, no ha podido desvincularse de la iglesia, su eterna enemiga.

Sin embargo, aunque existe en todos los pueblos una gran masa irreflexiva, que no posee sino opiniones reflejas y sobre la cual es tan fácil por lo tanto la sugestión, las escuelas filosóficas y sociológicas presentan ya formidable resistencia á esas argucias eclesiásticas. En ellas ha encontrado el jesuitismo su primera derrota.

Tratando de evitar sus efectos por el soccorrido procedimiento de deformar para destruir, vive ahora empeñado en adaptar á sus intereses cuantas ideas y organismos le son, por su índole, contrarios. Ya Leon XIII, que tan devotamente sirvió á los intereses de la Compañía ⁽¹⁾, fundó su célebre socialismo católico, ridícula parodia de las doctrinas marxistas, tendiente á mantener al obrero bajo la influencia eclesiástica; y aunque tal añagaza resultó un fracaso — porque el proletariado consciente sabe muy bien que sus aspiraciones son opuestas á los intereses del imperio de las tres coronas ⁽²⁾ — la Compañía ha hecho en América un nuevo ensayo, que por cierto

(1) Leon XIII devolvió á la Compañía de Jesús todos los privilegios y exenciones de los cuales había sido privada por Clemente XIV.

(2) La tiara ostenta tres coronas superpuestas, y en verdad que ninguna de las tres es de espinas.

ha resultado cómico. Trátase de una masonería católica.

No faltará un lector que al saber esto, se pregunte cómo es posible unir á instituciones clericales un nombre tantas veces maldito por la iglesia. Si nduda que traerá á la memoria tremebundos sermones contra «el excomulgado masón», ó sabrá de alguna penitente á quien hayan aterrado las palabras de su confesor dedicadas á convencerla de que el esposo, el padre ó el hermano, afiliados á la Orden, habían, por ello, sellado un espantoso pacto con Satanás. Ciertó que ello se hizo y se hace á diario en los templos de América. Pero ¿qué importa eso á los planes jesuíticos? Lo que la Compañía pretende es hacer enganche de fuerzas, usando como bandera un nombre prestigioso. Muchas gentes sencillas, que ni son católicas ni dejan de serlo, tienen por la masonería un gran respeto, fundado en lo que oyeron decir sobre sus filantrópicos fines y en aquellos grandes servicios que ella prestara á la causa de la Independencia americana. Todas estas personas, refractarias tal vez á ingresar en organismos francamente ultramontanos, pueden interesarse, en cambio, por el que lleva al frente una tan respectable garantía.

Tal fué el espíritu de esa ridícula parodia establecida en América bajo el nombre de caballeros de Colón, y que, como era de esperar dado lo burdo de su trama, no ha surtido los efectos deseados por sus fundadores.

Los famosos caballeros, que hacen esfuerzos inauditos por estenderse á toda América, tienen su sede en Nueva York. Estados Unidos es el único país que los ha tomado en serio.

En los demás países arrastran una vida lánguida. En Buenos Aires se constituyeron con gran pompa

y se eclipsaron luego. En otros sitios no pasan de un insignificante grupo. En Puerto Rico, á donde fueron importados de Norte-América, el pueblo los tomó en broma, teniendo que contentarse allí con brujulear en algún que otro centro docente, donde introducen el catecismo de contrabando.

Esta vez deben haberse dado cuenta los jesuítas, de que es muy diferente hacer con el culto equilibrios de sensualismo á querer parodiar una institución secularmente venerable.

En este empeño, los caballeros de Colón, no han pasado de «motivo» para una opereta del género bufo.



CAPÍTULO NOVENO

La iglesia y la mujer

SUMARIO:— I LA DICTADORA — II
CREYENTES Y PRACTICANTES — III
LA TOLERANCIA



LA DICTADORA

POR las páginas anteriores puede advertirse que los pueblos americanos marchan en contradicción consigo mismos. No creen y practican; desdeñan la iglesia y la mantienen; no estiman al sacerdote y le sustentan; odian al monje y le enriquecen.

Por consecuencia de esto subsiste una institución religiosa que, sin fuerza espiritual sobre las conciencias, gobierna, sin embargo, imprimiendo su sello en las costumbres. Reprimida por las leyes, influye sobre los mismos legisladores; vencida por el poder civil, se impone á éste; sometida á la igualdad democrática, conserva, á pesar de ello, sus absorbentes privilegios.

Sabe que no hay creyentes, la indiferencia le basta. No ignora que murió la devoción, se contenta con la rutina. Conoce que no hay católicos, no le importa en cuanto existan rutinarios. Para ella no es un secreto que el eclecticismo invade las clases ilustradas y el indiferentismo las incultas. ¿ En qué

puede perjudicarla esto mientras las unas y las otras dejen hacer y sigan la corriente?

Mas, para que tales efectos se produzcan, debe existir, necesariamente, una causa. ¿Cual es ella? ¿Quién realiza esa represión colectiva? ¿Qué fuerza humana es capaz de dar vida á un cadaver? ¿Qué dictadura desconocida es esa, más fuerte que la ley y superior al deseo de las mayorías? ¿Qué caudillaje moral es el que pesa sobre la conciencia pública arrastrándola al abismo de las abdicaciones voluntarias? Ese caudillaje, esa dictadura, esa fuerza pueden sintetizarse en esta frase: la mujer.

Donde la lógica naufraga, se salva la aberración si ella la guía; donde el poder, con todos sus atributos, fracasa, triunfa su voluntad poderosa. Es que en ella reside una fuerza superior al derecho y á la violencia: es la fuerza de la debilidad.

Tiene el hombre las cóleras que hieren y los privilegios de sexo que esclavizan. ¿Qué significan unas y otras ante la esposa que ruega y la hija que besa y la madre que flora? Toda la fuerza masculina, es nula ante una lágrima ó una caricia de mujer.

La sociedad no ha conocido esta femenina influencia sino cuando la ha visto cernerse como una amenaza sobre el mundo. El sacerdote, que la observó sublimando una doctrina en el circo, imponiéndola á la familia patricia y consolidándola por fin cerca del trono (¹), comprendió que en ella residía el secreto de sus futuros triunfos y dedicó su esfuerzo á extraviar en el intrincado laberinto dogmático, la esquisitez de sus sentimientos.

(¹) Es sabido que Elena, madre del Emperador Constantino, influyó grandemente en la privanza de que disfrutó el cristianismo, así como en su evolución hacia los dogmas católicos.

La valiosa y codiciada presa que llegó al cristianismo atraída por el encanto de su espiritualidad, cayó más tarde, impelida por desdenes sociales, en las garras del fetichismo católico; y menos venturosa que el hombre, á cuya evolución intelectual concurrieron las aventuras de su vida de lucha, ella, prisionera del preconcepto, se estacionó en la vida, redujo sus aspiraciones á un ensueño de misticismo, y así, imposibilitada para la acción cerebral, tornándose inútil para la obra educadora, dejó su misión en el mundo sin solución de continuidad.

Por eso el clericalismo usa de la mujer como el aventurero de un arma. Ella es la que le escuda contra las avanzadas liberales, la que le impone en los pueblos y le mantiene entre las democracias. Por la mujer, el culto se perpetúa en el hogar; por éste impera en las costumbres, y por ellas resiste á las innovaciones de la ley.

Antiguamente la iglesia tuvo su brazo secular en los terribles familiares del «Santo Oficio»: hoy lo tiene en la voluntad femenina. «Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere» — dice un viejo proverbio sintetizando así la soberanía femenina. Y en efecto ¿qué pedirá ella en vano cuando pone en campaña su ejército de seducciones?

(¹) Se ha discutido mucho sobre la inferioridad mental de la mujer, olvidando, los que tal afirman, que, según leyes conocidas «todo órgano que no funciona se atrofia». Hasta hace poco vivió la mujer excluida de todo centro científico. ¿Por qué se le reclama hoy lo que muchos siglos de esclavitud le arrebataron? Nadie ha demostrado todavía que carezca de aptitudes para la labor intelectual. No es una *inferior*; es, sencillamente, una enferma, que tiene derecho á ser curada.

II

CREYENTES Y PRACTICANTES

HAY dos clases de mujeres católicas: las que creen en Dios y le adoran practicando unas cuantas ceremonias que consideran indispensables para su salvación, y las que, más que á Dios, se adoran á sí mismas y hallan en el culto católico diarios motivos para mostrarse en público, atrayendo, hacia su persona, la adoración de los demás.

Las primeras son almas sencillas que viven engañadas y aún engañándose. Mujeres de sentimientos delicados que huyen por instinto de la beatería y se concretan á oír misa el domingo y confesar por pascua. ¡Cuántas de estas han sido mis oyentes durante la excursión doctrinaria que realicé por América!. ¡Cuántas he visto despertar á la hermosa realidad de la vida!

—Yo concuerdo con su criterio y, sin embargo, soy católica — me decía una señora chilena, hablándome de su instintiva repulsión hacia ciertas prácticas del culto y del criterio que aplicaba á la educación

de sus hijos. Poco me costó convencerla de que ella, sin saberlo, vivía fuera del catolicismo. Como este podría referir muchos casos. ¡Hay tantas ingenuas empeñadas en *creer que creen!*...

Contrariamente á estas sinceras mujeres están las otras, las exhibicionistas; aquellas de quienes vive la iglesia y á quienes la iglesia mima; las que ocupan los cargos en las cofradías y atienden á las cargas del culto; aquellas, en beneficio de las cuales, se han aristocratizado los ejercicios religiosos, sustituyendo los templos fríos, austeros, entenebrecidos como criptas, en los que hacían penitencia nuestras abuelas, por esos otros coquetones y cómodos donde, en vistosos reclinatorios, se destacan las elegantes siluetas femeninas; donde la luz eléctrica da á los semblantes, interesantes palideces, y en donde han sustituido á las conmovedoras dolorosas y á los cristos agónicos, una graciosa imagen de la inmaculada que, envuelta en claras vestiduras, habla á los sentidos de los encantos juveniles, y la de un gallardo Jesús de belleza expresiva y humana, cuyos ojos se entornan para mirar á la penitente y cuyas manos alzadas en actitud dramática sobre el corazón, parecen inplorar, como los donceles del romanticismo, un poco de piedad para su pesadumbre amorosa.

Se comprende el efecto de esta humanización del culto (llamémosla así discretamente) entre gentes de gustos refinados y demasiado dichosas en la vida, para ir á interrumpir voluntariamente esa dicha con espectáculos demasiado tristes y devociones demasiado severas. Puesto que las tendencias del siglo difieren de las pasadas y la mujer tiene más educada su sensibilidad estética ¿cómo podría la iglesia, sin peligro para sus intereses, perpetuar la austeridad del rito?. En la moderna casa de Dios, las modernas cristianas, le adoran en elegantísimas *poses*.

Rezan, *flirtean* y murmuran á un tiempo. Así la religión resulta cómoda porque el templo se convierte en un centro social.

Lo malo es que de él salen corrientes que perturban toda obra de progreso. No aparece en las cámaras de cualquier país un proyecto tendiente á afirmar las conquistas democráticas, sin que le siga una campaña obstruccionista emprendida por las damas católicas. Los procedimientos que emplean son varios, pero entre ellos, no falta nunca el de la comisión. Por grupos, y eligiendo para formarlos á las más significadas socialmente, ellas recorren casas ricas, domicilios pobres y establecimientos comerciales, apoyándose en la amistad, la limosna ó la influencia de cliente rica para pedir «la firmita» que así dada, por compromiso, llena las hojas del documento, elevado más tarde á los poderes como una «formidable protesta nacional».

¡Con qué frecuencia sucede esto en América y cuantas veces se ha conseguido así estacionar cuestiones de verdadera utilidad pública! — Qué hemos de hacerle — suelen decir diputados y ministros — el país no esta preparado. Ahí tiene usted *tal* proyecto que ha levantado tantas resistencias.

Ellas no son, en suma, sino las aludidas listas que copian los diarios católicos y aún algunos independientes, agregándoles frases sentenciosas. «¡Cuidado!» — «No hay que caer en los extremos» — «La opinión es sinceramente religiosa» — «Hay que gobernar con todos» ... Con cuya campaña y un poco de presión hecha arriba, en las esferas oficiales, por esas mismas comisiones de damas que visitan al ministro ó á la señora del ministro, ó á un pariente de una amiga del diputado H, ó á la madre del senador Z, queda paralizado el asunto y á salvo por entonces, de todo peligro, el interés clerical.

Las comisiones de damas son, á la iglesia, lo que los zapadores al ejército: van en las avanzadas y caván en las tierras sociales para hacer más seguros los reductos del clericalismo.

Pero eso sí ¡lo hacen con una distinción!... Nada de incorrecciones ni callejos de mal gusto: en automóvil y envueltas en pieles ó sedas, segun las estaciones. La comisión, aparte de sus propósitos religiosos ¿no es siempre un motivo para lucir *toilettes*? Ellas suelen preocupar mucho más que el objeto aparente de defensa católica, que en este, como muchos casos, no es sino una forma del exhibicionismo femenino.

Si sé reglamentase la devoción en lo que afecta á indumentaria y ... otras cosas... Si se obligase á esas fervorosísimas hijas de Cristo á no oír otra misa que la del alba, á acudir á los templos rebozadas en negros mantos y á figurar en las comisiones con hábito del Carmen, ¿cuántas resistirían la prueba?

Pero no hay cuidado de que se haga. La iglesia sabe bien que las vanidades sostienen el moderno fervor, y es precisamente en esa religión mundana que funda ella su inmenso poderío.

III

LA TOLERANCIA

TODO principio liberal implica tolerancia para las ideas contrarias. ¿Es posible invertir la doctrina cuando se trata de la mujer católica?. Tales frases, ú otras parecidas, se oyen al discurrir sobre el derecho ó no derecho de la esposa á practicar un culto y aún á imponerlo en el hogar, contrariando los sentimientos del marido.

— «No se puede reconocer como ley lo que implique perjuicio de tercero» — decía en cierta ocasión, tratando de este asunto, un jurisconsulto distinguido. — «Lo extraño es — respondió una señora — que se invoquen con tanto calor los derechos religiosos de la mujer cuando se le niegan sistemáticamente los políticos y aún algunos civiles. Vivimos en minoría perpetua, situación muy poco á propósito para que nuestro sexo pueda emanciparse de viejos errores; y cuando se nos vedan los medios de extirparlos, se nos concede, en cambio, la libertad de mantenerlos y aún de transmitirlos de una á otra generación.

—Además—agregó un tercero—se confunde lastimosamente el sentimiento religioso con el practicismo religioso. Si la necesidad de defensa en el individuo, la sociedad ó la familia, no autoriza á penetrar en el sagrado de la conciencia, obligándola á creer ó no creer en la divinidad, que en esto, después de todo, consiste la religión ó irreligión, es diferente cuando se trata de impedir actos de la vida externa que, relacionados con las costumbres, pueden determinar graves perjuicios para la colectividad.

Forzoso es convenir en que, legal ó no, la tolerancia, invocada por la iglesia para salvaguardar á la mujer católica en un hogar racionalista, abre las puertas de éste á su mayor adversario. Si al noventa por ciento de los padres cuyos hijos son educados por clérigos se les interrogase sobre el motivo de esto, oíríase la misma respuesta:—«Cosas de mi mujer». Y es que el hombre, acostumbrado á no dar importancia á estas «cosas» de su compañera que él califica de simples caprichos y á los que atiende por benevolencia ó para evitar disensiones, no ve, muchas veces, detrás de la caprichosa voluntad, otra, inteligente, que ordena según su conveniencia.

No hay que olvidar la peligrosa sugestión ejercida en el confesonario, ante el cual la penitente debe desnudar su alma para que el sacerdote la examine. De ésto á la entrega de la voluntad no hay más que un paso; porque la voluntad es potencia del alma y el alma pertenece á Dios, y Dios dispone de ella por conducto de sus ministros. ¿No es esto incuestionable, según la iglesia?

Y si la mujer influye sobre los actos del hombre por la fuerza de los sentimientos, y el sacerdote dispone por su parte de la voluntad de la mujer, ¿quién conserva, en sus manos, los hilos conductores de la sociedad?

Pensando en esto pueden explicarse muchos de esos casos de deserción política en que figuran como actores hombres de mérito, liberales de abolengo, gobernantes prestigiosos; y como intermediario é inductor, respectivamente, dos seres inofensivos según creen aún muchos: la esposa y el confesor. Así se explicarían también esas reacciones conservadoras que parecen negar la línea de continuidad del progreso y que no son sino desdichadas resultancias de la ciega acción femenina; pues mientras una generación afirma en las leyes un liberal criterio, la generación heredera, abandonada á las madres, que á su vez la han entregado á la educación religiosa, ocupan los puestos de sus antecesores y destruyen la obra de la libertad.

Siendo esto así ¿cómo causarnos extrañeza el que mientras el progreso material se ensancha el moral permanezca estacionario?

Si no cuidamos de la materia prima; peor aún, si la dejamos entregada á perniciosas direcciones, ¿cómo pretenderemos, por la obra de perfeccionamiento humano, armonizar y embellecer la vida?

Muchos siglos de imperialismo religioso no han logrado afirmar en los hombres el criterio de la justicia y solidaridad humanas. El instinto de perversión se debate bajo la máscara de cultura; el salvajismo primitivo reaparece en los estados pasionales agudos. La fiera duerme al abrigo de nuestras civilizaciones. Coloquemos en pugna la necesidad fisiológica y el egoísmo individual con la ley prohibitiva y el derecho de gentes, y triunfarán los primeros haciendo que el instinto de la bestia anule en el hombre los más preciados frutos del progreso moral.

El sistema de represiones para la conciencia y para el acto, han fracasado. La tiranía religiosa como la política, dieron resultados completamente negativos. La

humanidad, amontonando teorías sobre teorías, busca en la libertad la fórmula de una ética salvadora.

Estamos en una época de crisis; porque mientras las conclusiones filosóficas nos conducen teóricamente hacia nuevos métodos para la vida, el atavismo nos mantiene aún atados á los procedimientos viejos. Solo un gran desarrollo de la voluntad puede poner al hombre en condiciones de vencer resistencias genesíacas y reaccionar sobre el medio. Mas ¿cómo obtener ésto mientras la mujer que es la madre, y el niño que es el hombre futuro, permanezcan bajo la influencia de una labor educativa que proclama como virtud el enajenamiento de la voluntad?

Inútilmente nos debatiremos reformando instituciones y diseutiendo leyes, mientras las nuevas fórmulas de una vida más humanizada no se integren al pensamiento femenino y por éste pasen al niño ungidas por la caricia maternal.

Pero ¿cómo se obtiene la anuencia de la mujer?; ¿tolerando discrecionalmente?, ¿no tolerando? ¿Convirtiéndose el jefe de familia en misionero de las nuevas ideas? ¿Ejerciendo severa tutoría en el caso, poco probable, de que la mujer se resista á la obra de convencimiento y siga empeñada en perpetuar su minoría de edad intelectual?

Soluciones son estas que solo al criterio individual competen, y que puede variar segun las circunstancias especiales de cada caso. Yo me limito á hacer sobre ellas punto, no si recordar antes las palabras que se atribuyen á León XIII: — «Mientras tengamos á la mujer y al niño, somos invencibles.» Afirmación exacta y á la que responde el lema adoptado ya ha tiempo por el librepensamiento universal: «Ni un centavo al culto; ni una mujer ni un niño bajo el dominio del clérigo.»

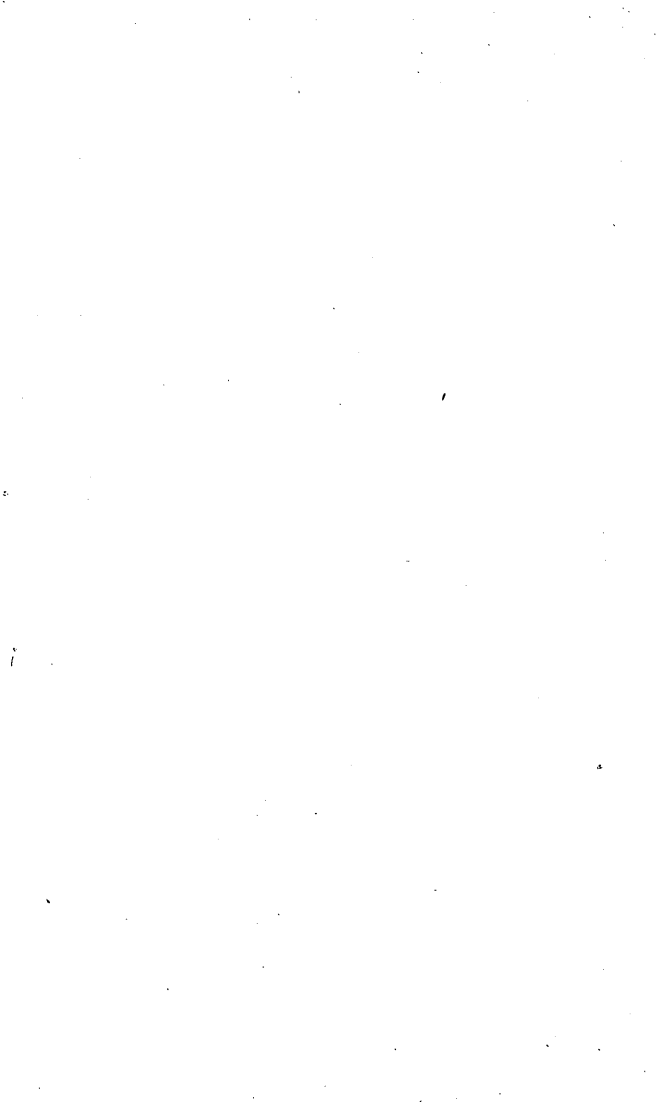




CAPÍTULO DÉCIMO

Los “beneficios” ≡ de la iglesia

SUMARIO — I LA CIVILIZACIÓN CATÓ-
LICA — II LAS MISIONES — III CONTRA
LA INDEPENDENCIA — IV DOCUMENTO
QUE HACE PRUEBA — V LOS POBRES
GALEOTES — VI PIO X TESTIFICA ≡



LA CIVILIZACIÓN CATÓLICA

—¿CÓMO? — diría un clérigo en cuyas manos este libro cayere — ¿Se acusa á la iglesia de producir á América perjuicio y se callan los beneficios que ésta debe á la religión, y se olvidan sus sacerdotes sabios, sus misiones pacificadoras y aquellos caudillos de la Independencia que vistieron el traje talar?

Pienso esto, recordando el decidido empeño que ha puesto la iglesia en difundir por todo el Continente la idea de que á ella se debe una gran parte de la cultura americana; idea que no deja de ser por muchos aceptada como una irrecusable verdad. Veamos, pues, esos decantados beneficios.

Cierto que laboraron en América algunos sacerdotes de mérito. ¿Qué hay de particular en ello? Europa también los tuvo: Copérnico, Abelardo, Galileo, Arnaldo de Brescia, Savonarola y tantos otros. La protesta contra la iglesia ¿no ha salido del seno de la iglesia misma?. Lógico era que así sucediese, ya que los medios de desarrollo intelectual, en la

edad media, se acumularon en los monasterios ⁽¹⁾. Mientras el seglar, bajo aquella tremenda presión eclesiástica que acompañó á la época, permanecía en un estado de catalepsia intelectual, juzgando satánico todo deseo tendiente á internar el pensamiento en lo desconocido, el monje, que sabía muy bien á que atenerse respecto á los peligros infernales, libre además de obligaciones y cuidados y guardador del tesoro científico que había hurtado al mundo, estuvo en condiciones de ejercitar su entendimiento y obtener buenos frutos de su labor mental.

Pero que esta labor y esta gloria pertenecen por entero al individuo y no á la institución religiosa, pruébalo el que cuando ésta vió la luz científica, que ella había ocultado *bajo el celemín*, salir al mundo pregonada por labios monacales, selló esos labios por mano del verdugo ⁽²⁾.

Las intelectualidades surgidas de entre la clerecía en América alcanzaron un ambiente distinto. Alboreaba ya la libertad, las agrupaciones humanas comenzaban á sentir esa sed insaciable de saber que, hora tras hora, acumula riquezas del entendimiento sobre el mundo; y la iglesia, viéndose ya impotente para impedir la evolución científica, dejó de perseguir al monje sabio, antes bien, le mostró junto al sabio seglar para abrogarse el derecho de aparecer como cooperadora en la marcha de una civilización

(1) Recuérdese que las obras clásicas que no fueron destruidas se almacenaron en las bibliotecas conventuales, pretendiendo evitar así la propagación de los principios filosóficos ó científicos que contenían.

(2) Arnaldo de Brescia, Giordano Bruno, Savonarola y tanto otros condenados por la iglesia, pagaron en la hoguera el delito de propagar ideas que hoy son universalmente aceptadas.

que destruiría cien veces, si otras tantas, se renovasen, los tiempos del absolutismo político-papal.

Fuera de estas unidades sacerdotales ¿cuales han sido los beneficios del catolicismo? ¿Cual fué la civilización que aportó?

Al abrigo de sus bosques magníficos ó en las bellas ciudades, cuyos restos arquitectónicos maravillan hoy al viajero, vivían razas fuertes, ingeniosas y productoras. Aquellas razas eran una variedad de la infinita acción creadora, aquellos pueblos poseían también su civilización.

¿Brutal? No más que la de las bárbaras legiones que corrieron del Norte al Meridión de Europa; muy superior, en ciertos sitios, á las fieras y toscas costumbres del salvaje celta, del rudo galo y del bárbaro godo ⁽¹⁾.

De las selvas británicas y los bosques normandos y las incultas tierras germanas, donde se alzaron los *dólmenes* y se adoraba á Odin, el dios de las orgías ⁽²⁾, han surgido las civilizaciones refinadas de Europa. ¿Por qué no hubieran podido producirse en América, de aquellas razas no menos fuertes físicamente, y en cambio, algunas de ellas, superiores en inteligencia al aborigen europeo?. ¿Con qué derecho, en nombre de qué ley, de qué principio de justicia, se destruyeron esas razas que pudieron ser savia vigorosa injertadas al viejo tronco indo-europeo?. Siendo

(1) Según algunos historiadores, entre ellos Guizot, los godos usaban el tatuaje; y entre sus feroces costumbres tenían la de arrancar la piel del cráneo con la cabellera á los enemigos vencidos.

(2) Los primitivos pueblos de Europa no conocieron otra vivienda que la de la caverna. Sus útiles y armas eran toscos instrumentos de piedra.

menos severa la conquista, llevando su civilización sin destruir la que á su paso encontraba, respetando vidas y costumbres, elevando su misión política en fuerza de hacerla educadora, ¿no hubiera dado ella á España glorias inmarcesibles, sin que éstas fuesen empañadas por tristes responsabilidades históricas?

Pero á eso se oponía un fatal elemento de discordia: la iglesia. Ella no toleraba la civilización sino á trueque de ser católica; y el trono español, siervo incondicional del papado por cuyos intereses sacrificó los de la Península ⁽¹⁾, fué á imponer á las tribus, por el hierro y el fuego, la cultura católica.

¿Era ésta moralmente superior á la indígena? Veamos: Las tribus guerreaban entre sí por un pedazo de tierra; los católicos peleaban, hasta despedazarse, por la elección de un papa, por la reliquia de un santo, por dirimir si era un rey ó un pontífice quien debía investir á un obispo. En la punta de sus lanzas colocaban los indios vencedores las cabezas de los vencidos; los católicos franceses, cortaban la cabeza á Coligny y lo noticiaban al Papa, que con tal motivo hacía fiestas y acuñaba medallas ⁽²⁾.

Algunas tribus sacrificaban niños; la inquisición mataba niños, hombres, mujeres y ancianos.

Los indios adoraban ídolos; los católicos adoraban estatuas; aquellos tenían amuletos labrados en

(1) La expulsión de moros y judíos dictada en beneficio de la unidad católica, restó brazos á la agricultura y detuvo el progreso de las ciencias, y de las artes en España.

(2) Al conocer la matanza de hugonotes, hecha por los católicos la noche de S.^a Bartolomé, el papa Gregorio XIII, ordenó festejos en Roma é hizo acuñar una medalla con su busto en un lado y en el otro un angel exterminador con la siguiente inscripción «*Hugonotorum Strages 1572*»

piedra; estos colgaban á su cuello un trozo de estameña arrancada de los sepulcros.

Los unos creían en el genio del mal, los otros exorcizaban al diablo.

En un lado las costumbres eran libres, en el otro hipócritas. Los indios practicaban la poligamia en público; los católicos en privado. Los hijos de aquellos no heredaban infamia; los de éstos se llamaban bastardos.

Una esencial diferencia había, sin embargo, entre salvajes y católicos: mientras los aborígenes divididos en tribus adoraban en cada una de éstas, á su modo y gusto, á la divinidad, los apostólico-romanos ensangrentaban las naciones en Oriente y Occidente, disputando sobre la forma de rendir culto á Dios (¹).

¡La civilización católica!. Sus dogmas y los frutos de su moral ¿merecían el holocausto de doce millones de hombres sacrificados á su saña?

(¹) La iglesia griega manda hacer la señal de la cruz, colocando el dedo pulgar sobre el anular; mientras que la iglesia latina obliga á que se apoye sobre el índice. Por diferencias de criterio tan *importantes* como ésta, los llamados cristianos, se han despedazado entre sí lo menos cristianamente posible.

LAS MISIONES

LAS misiones; he ahí la obra de catequización pacífica, de evangelización pura. Veamos como se desenvuelve.

Cuando los franciscanos y dominicos fracasaron en la empresa de cristianizar indios, por el método convincente del borceguí y el potro, entraron los jesuítas en funciones.

Con reales cédulas á su favor, por las cuales donábase á la Compañía tierras y potestad civil en ellas, se fundaron las célebres misiones. Las promesas de protección contra el blanco en los momentos en que la lucha continuada, había debilitado las tribus; las tentadoras invitaciones á una vida que libraría al indio, acorralado en el bosque, del peligro del arcabuz, más terrible para él que el de las fieras; aquella cariñosa benevolencia que el jesuíta le ofrecía para sus costumbres, debía conquistar la ingenua confianza del hombre-niño, y hacer facil, más tarde, la catequización del idólatra, ya predispuesto

á creer en un Dios que parecía prestarle ayuda, cuando los suyos le abandonaban.

Ciento cincuenta mil habitantes llegaron á tener las misiones en el vasto territorio que ocupan hoy Paraguay, el extremo sur del Brasil, y una parte del Uruguay y la Argentina. Este total de indios vivía distribuido en grupos de tres á cuatro mil individuos que, bajo el gobierno de un «padre», habitaban cada «reducción» (1).

Los ciento cincuenta mil seres humanos eran máquinas que funcionaban en beneficio de la Compañía. Además de la tierra que cada una de las familias cuidaba, dedicábanse todos al cultivo de «los campos de Dios», extensísimas porciones de tierra dedicadas á diversos cultivos. Por mediación de sus corresponsales, los jesuítas vendían las cosechas desde Perú á Brasil, agregando, á tan importante comercio, el de lienzos que las indias tejían. Los misioneros acumularon millonadas. Cuando Carlos III los expulsó de sus dominios, las cifras de este capital asombraron.

En cambio los indios desconocían la moneda; jamás la recibieron en las «reducciones» porque, según los jesuítas, ella era incitación al pecado. La Compañía proveía á sus necesidades ¡Y cómo!... Las mujeres llevaban el *tipoy* (un pedazo de lienzo arrollado sobre las caderas); los hombres usaban un calzón burdo y una especie de blusa que las indias tejían.

La indumentaria usada en las misiones y cuya descripción tomo de un autor serio, me ha intrigado. ¿Por qué los jesuítas — cuyo poder sobre los indios

(1) Nombre que dieron los jesuítas á los diferentes grupos de las misiones.

fué absoluto — europeizaron el traje masculino y dejaron el femenino tan cerca de la moda de Eva?

¿Por qué vistieron á los hombres y dejaron á las mujeres tan... frescas? ¡Por qué? ¿por qué?

Pero si no les daban ropas, en cambio les quitaban cuidados. Desde los cinco años los hijos dejaban de pertenecer á sus madres para ser de la propiedad de los padres, de los padres jesuítas, se entiende. En cuanto á libertad no andaban mal. Cada una de las reducciones estaba murada. Su puerta única se cerraba de noche. Aquello no era un pueblo, sino una prisión. Los indios se movían como autómatas, á toque de campana. El jesuíta disponía de su vida al minuto; y tanto disponía, que realizaba los casamientos cuando y entre quienes quería ¡¡Hum!!...

En cambio les enseñaba el catecismo y la agricultura, ambas cosas muy útiles para seguir enriqueciendo aquel «Campo de Dios». Los moralizaban también; he aquí como: La santificación de las fiestas se hacía aprendiendo el manejo de las armas de fuego. Una fábrica de cañones llegó á tener allí lo Compañía, con la cual y unas reales cédulas expedidas por Felipe IV ⁽¹⁾ dispusieron las misiones de un verdadero ejército.

Este tuvo mas tarde en qué ocuparse. Cuando por el tratado de Madrid se sintieron los jesuítas perjudicados sin que les socorriese en tal caso su acreditada diplomacia ⁽²⁾, la guerra guaranítica esta-

(1) Felipe IV expidió reales cédulas permitiendo á los indios guaraníes, que habitaban las misiones, el uso de las armas de fuego.

(2) Para interesar al virrey del Perú en la cuestión pendiente y obligarle á pedir al Rey de España que anulase el tratado, los jesuítas acusaron á los portugueses de pretender las tierras guaraníes á fin de pasar de allí á Perú y apoderarse de éste.

lló, y á costa de mucha sangre derramada, supo España lo peligroso que resulta confiar al jesuitismo intereses nacionales.

Tal fué el resultado de las misiones. En ellas no se civilizó, se explotó al indio atrayéndole con espejismos de bondad y sugestionándole con ceremonias religiosas que él tomaba por cosas sobrenaturales.

Cuando expulsados los jesuítas, la sugestión faltó; los indios volvieron á su vida salvaje llevando á ella las artes guerreras aprendidas en las misiones. Si antes solo sabían matar con su arco, ahora mataban con el arcabuz y el cañón.

Habían progresado... en ferocidad.

III

CONTRA LA INDEPENDENCIA

LA iglesia católica, que había decretado por boca de Alejandro VI la esclavitud de América, dividiéndola como tierra de siervos entre los reinos de Portugal y España, no podía sino ser enemiga de todo aquello que tendiere á abolir la servidumbre, dictada por voluntad papal.

Por eso se la ve, desde el coloniaje hasta hoy, combatir cuanto significa en el Continente una idea de libertad.

En las luchas por su independencia, los pueblos americanos, que contaron con las simpatías del liberalismo europeo ⁽¹⁾, tuvieron en el sacerdote un enconado adversario. Las prédicas contra los rebel-

(1) Victor Hugo, dirigiéndose á Juarez, glorificaba á la República Mexicana. Prim reusaba combatir á esta misma República. Antes que él, Riego, sublevaba su ejército destinado á América, y Garibaldi escribía su nombre en el ejército americano.

des á la legítima soberanía de Fernando VII, se alzaron en todos los templos; las excomuniones contra los insurgentes se lanzaron desde todos los púlpitos. El misterio del claustro sirvió entonces para fraguar contrarrevoluciones; la rejilla confesional facilitó el espionaje.

El levantamiento mexicano estuvo á punto de fracasar por la delación de un sacerdote. S. M. Gallardo, uno de los comprometidos, temiendo perder la vida en la contienda, quiso hallarse en «estado de gracia» -- cosa muy natural en aquella época, aún feudataria de la religión. Confesose con el padre Camargo, de la Merced, declarando, como era lógico, la empresa para la cual se preparaba. En el día siguiente, setenta y siete personas, entre ellas, una valiente mujer, doña Mariana Rodriguez y el propio M. Gallardo, eran presos. El cura Camargo había violado el secreto de la confesión.

El procedimiento, muy general en aquella época, no deja de tener en nuestros días imitadores. Cuando en 1910 se preparaba el movimiento insurreccional mexicano contra la dictadura porfirista, él fué denunciado por el cura de Tanconhuitz á las autoridades de la Huasteca Potosina ⁽¹⁾.

No ha habido, hasta el presente en América, autocracia que el clericalismo no haya apoyado ni democracia que no haya combatido. En todos los países donde se le observa, hállase su preponderancia unida á la desdicha nacional. El convive con la tiranía de Rosas en la Argentina, y con la de Francia en el Paraguay, y con la de Barrios en Guatemala, y con la de Santa Ana en México. En ellas, como

(1) R. Estrada. «La Revolución y Francisco I Madero».

en las épocas coloniales, tiende á afirmar la mayor cantidad de despotismo sobre la mayor suma de esclavitud popular.

Cuando una dictadura se ha visto amenazada por una de esas reacciones que se operan en la conciencia pública, él, para sostenerla, no ha vacilado en atentar á la integridad patria.

Durante la invasión que en México hicieron las tropas de Napoleón III, el clero, que deseaba abatir la presidencia de Juarez, prestaba ayuda públicamente al invasor. He aquí un documento de la época:

«Gobierno eclesiástico del arzobispo de Guadalajara, Agosto 22 de 1866 — Debiendo pasar á varios lugares de esta Diócesis de mi cargo el Sr. Comandante del Ejército Francés, Mr. Berthelin, para desempeñar una comisión importante, y siendo bien conocido dicho señor por sus relevantes antecedentes y servicios en este Departamento, no menos que por sus cualidades personales, *lo recomiendo muy eficazmente* á todos los señores curas de esta Arquidiócesis, por cuyos distritos parroquiales tuviere que pasar, á fin de en lo que, estuviere de su parte, lo atiendan y consideren, *impartiéndole aquellos servicios que pudieren atentar sus particulares circunstancias* y localidades que presiden — A este efecto se expide el presente documento que *presentará en cada caso* el Sr. Comandante Berthelin — Dios nuestro Señor guarde á V. muchos años — Pedro. Arzobispo de Guadalajara».

Las comisiones importantes que llevaba á los distritos el comandante Berthelin, era reducir á México á la soberanía de un emperador extranjero.

La iglesia calla estos hechos y presenta en su abono aquellos otros que se refieren á sacerdotes adictos á la Independencia. Los hubo, en efecto, en

el Uruguay, Argentina, Chile, México y otros; pero acaso esa misma iglesia ¿no les denominó entonces sacerdotes rebeldes, entregándolos á la inquisición?. Bien conocida es en Chile la figura de Camilo Henríquez, el sacerdote ilustre, fundador del primer periódico publicado en su patria, y á quien la iglesia persiguió sin tregua. Conocidas también las persecuciones y la muerte sufridas por los curas Morelos é Hidalgo, las dos grandes figuras de la Independencia Mexicana.

¡Y hoy invoca la iglesia esos nombres gloriosos para obligar la gratitud de los pueblos! ¿Acaso frente á ellos no se alzaron las prédicas furiosas de millares de monjes y clérigos?.

Cuando un terrible terremoto conmovió á Venezuela, un fraile, de pie sobre unas ruinas, se aprovechaba del general espanto para atemorizar á sus oyentes, afirmando que la catástrofe era un castigo del cielo, irritado contra los que negaban la legítima soberanía de Fernando VII.

Y Bolívar, el gran Bolívar que le oía, tuvo una frase que la tradición ha conservado — «Si el cielo se opone á nuestra libertad, contra él lucharemos».

No era á la imaginaria mansión divina á quien Bolívar quería referirse, sino á los que la invocan en la tierra.

El libertador americano había conocido á su enemigo.

IV

DOCUMENTO QUE HACE PRUEBA.

UN documento significativo, entre los muchos que pudiera copiar, vá á demostrarnos de manera indubitable, cual fué el criterio eclesiástico en la contienda por la libertad de América. Es el que se refiere á la condenación apostólica del cura Hidalgo, el gran caudillo de al Independencia Mexicana. Helo aquí:

«Nos los Inquisidores Apostólicos contra la Here-
«tica Pravedad, y Apostasía, en la ciudad de Mé-
«xico, Estados, y Provincias de esta Nueva España,
«Guatemala, Nicaragua, Islas Filipinas, sus Distri-
«tos y Jurisdicciones, por Autoridad Apostólica,
«Real, y Ordinaria, etc.

«A vos el Br. Don Miguel Hidalgo y Costilla,
«Cura de la Congregación de los Dolores en el
«Opispado de Michoacan, titulado Capitán General
«del Exercito de los insurgentes.

«Sabed, Que ante Nos pareció el Señor Inquisidor Fiscal de este Santo Oficio é hizo presentación en forma de un Proceso, que tuvo principio en el Año 1800 y fué continuado á su instancia hasta el 1809, del que resulta probado contra vos el delito de heregía, y apostasía de nuestra Santa Fé Católica, y que sois un hombre, sedicioso, cismático, y herege formal por las doce proposiciones, que habeis proferido y procurado enseñar á otros: y han sido la regla constante de vuestras conversaciones, y conducta, y son en compendio las siguientes.

«Negais, que Dios castiga en este mundo con penas temporales: La autenticidad de los lugares sagrados de que consta esta verdad: Habeis hablado con desprecio de los Papas; y del Gobierno de la Iglesia, como manejado por hombres ignorantes, de los cuales, uno, que acaso estaria en los infiernos, estaba canonizado. Asegurais que ningun judío, que piense con juicio, se puede convertir, pues no consta la venida del Mesias: y negais la perpetua Virginidad de la Virgen Maria: Adoptais la doctrina de Lutero en orden á la divina Eucaristia, y confesion auricular, negando la autenticidad de la Epistola de San Pablo á los de Corinto, y asegurando que la doctrina del Evangelio de este Sacramento, está mal entendida, en quanto á que creemos la existencia de Jesucristo en él. Teneis por inocente, y lícita la... como efecto necesario, y consiguiente al mecanismo de la naturaleza, por cuyo error habeis sido tan libertino que hicisteis pacto con vuestra manceba de que... ⁽¹⁾ asegurandola, que no hay In-

(1) Se han suprimido en este parrafo las frases que el decoro impide transcribir. Justo es hacer notar que esas acusaciones de libertinaje se dirigen á un anciano de cincuenta y ocho años y cuya vida, ha pasado á la historia nimbada de virtudes.

«fierno, ni Jesucristo; y finalmente, que sois tan sobervio, que decis, que no os habeis graduado de Doctor en esta Real Universidad por ser su claustro una cuadrilla de ignorantes: y dixo, que temiendo, ó habiendo llegado á percibir, que estabais denunciado al Santo Oficio, os ocultasteis con el velo de la vil hipocresia, de tal modo, que se aseguró en informe, que se tuvo por veridico, que estabais tan corregido que habiais llegado al estado de un verdadero escrupuloso, con lo que habiais conseguido suspender nuestro zelo, sofocar los clamores de la justicia, y que diesemos una tregua prudente á la observación de vuestra conducta; pero que vuestra impiedad represada por temor habia prorumpido como un torrente de iniquidad en estos calamitosos dias, *poniendooos á la frente de una multitud de infelices, que habeis seducido, y declarando guerra á Dios, á su Santa Religión, y á la Patria*: con una contradiccion tan monstruosa que predicando según aseguran los papeles públicos, errores groseros contra la fé, alarmais á los Pueblos para la sedicion con el grito de la Santa Religion, con el nombre y devocion de Maria Santísima de Guadalupe, y con el de Fernando septimo, nuestro deseado, y jurado Rey; lo que alegó en prueba de vuestra apostasia de la fé catolica y pertinacia en el error: y ultimamente nos pidió, que os citáremos por Edicto, y baxo de la pena de Excomunion mayor os mandasemos, que comparecieseis en nuestra Audiencia en el termino de treinta dias perentorios, que se os señale por termino desde la fijacion de nuestro Edicto, pues de otro modo no es posible hacer la citación personal. Y que circule dicho Edicto en todo el Reyno, para que todos sus fieles y catolicos, habitantes sepan, que *los promotores de la sedicion, é independencia tienen por Co-*

«*rifeo un Apóstata de la religion, á quien igualmente, que al trono de Fernando septimo ha declarado la guerra. Y que en el caso de no comparecer se os siga la Causa en rebeldia, hasta la relaxacion en Estatua.*

«Y Nos, visto su pedimento ser justo, y conforme á derecho, y la informacion que contra vos se ha hecho, así del dicho delito de heregía, y apostasía, de que estais testificado, y de la vil hipocresia con que iludisteis nuestro zelo, y os habeis burlado de la misericordia del Santo Oficio, como de la imposibilidad de citaros personalmente por estar resguardado, y defendido del Exercito de insurgentes, que habeis lebantado contra la Religion, y la Patria, mandamos dar, y dimos esta nuestra Carta de citacion, y llamamiento, por la qual os citamos, y llamamos, para que desde el dia que fuese introducida en los Pueblos, que habeis sublevado, hasta los treinta siguientes, leida y publicada, en la Santa Iglesia Catedral de esta Ciudad, Parroquias, y Conventos, y en la de Valladolid, y Pueblos fieles de aquella Diocesis Comarcanos con los de vuestra residencia, parezcais personalmente ante Nos en la Sala de nuestra Audiencia á estar á derecho con dicho Señor Inquisidor Fiscal, y os oiremos y guardaremos justicia: en otra manera pasado el sobre dicho termino oiremos á dicho Señor Fiscal, y procederemos en la causa sin mas citaros, ni llamaros, y se entedenderan la siguientes providencias en los estrados de ella hasta la sentencia difinitiva, pronunciacion, y execucion de ella inclusive, y os parará tanto perjuicio, como sí en vuestra persona se notificasen. Y mandamos, que esta nuestra carta se fixe en todas las Iglesias de nuestro distrito, y que ninguna persona la quite, rasgue, nichan cele baxo la pena de Excomunion mayor, y de qui-

«nientos pesos aplicados para gastos del Santo Oficio, y de las demas, que imponen el derecho Canónico, y Bulas Apostólicas contra los Fautores de Hereges y *declaramos incursos en el crimen de fautoria y en las sobre dichas penas á todas las personas sin excepcion, que aprueben vuestra sedicion, reciban vuestras Proclamas. mantenegan vuestro trato, y correspondencia epistolar, y os presten qualquiera genero de ayuda, ó favor, y á los que no denuncien, y no obliguen á denunciar, á los que favorezcan vuestras ideas reboliccionurias, y de qualquiera modo las promueban, y propaguen, pues todas se dirigen á derrocar el Trono, y el Altar, de lo que no dexa duda la errada creencia, de que estais denunciado, y la triste experiencia de vuestros crueles procedlmientos, muy iguales, á sí como la doctrina, á los del pérfido Luthero en Alemania. En testimonio de lo qual mandamos dar, y dimos la presente firmada de nuestros nombres, y sellada con el Sello del dicho Santo Oficio, y refrendada de uno de los Secretarios del Secreto de él. Dada en la Inquisicion de México, y Sala de nuestra Audiencia, á trece dias del mes de Octubre de mil ochocientos diez — Dr. D. Bernardo de Prado y Obejero — Lic. D. Isidoro Sainz de Alfaro y Beaumont — Por mandado del Santo Oficio, Dr. D. Lucio Calvo de la Cantera, Secretario — Hay un sello que dice EXVRGE DOMINE IVDINA CAVSAM TVAM — Hay una nota que de dice — Nadie le quite, pena de excomunion mayor».*

El documento transcrito no necesita comentarios. Sólo quiero agregar que al celebrarse el centenario de la Independencia Mexicana, el clero, asociado al regocijo público, celebraba solemnes fiestas i en homenaje á la memoria de Hidalgo!...

LOS POBRES GALEOTES

— « ¡ODIO sectario! » — Tal ha de ser la frase con que acoja el clericalismo este libro.

Odio... ¿Por qué y á quién?. ¿Cabe el odio en doctrinas que consideran los errores y aún los delitos humanos como efectos de causas que no residen en la propia naturaleza individual?. En las escuelas liberales el odio está proscrito, como lo está de todas las especulaciones científicas. Cuando el fisiólogo hace estudios sobre el hombre anormal ¿no pone en sus desvelos facultativos tanto amor á la salud social como ternura compasiva para los desdichados enfermos?. ¿Y qué hace la filosofía de la moral sino es buscar el medio cierto de prevenir contagios psíquicos para los cuerpos sociales, cuidando al propio tiempo de preparar ambiente favorable para la curación de aquellos miembros ya tocadas de la terrible dolencia?

El sacerdote es un enfermo. ¿Por qué odiar á esa víctima de la obsesión religiosa?. Alucinado por

envanecedoras santidades, engañado por extravíos de la imaginación, un individuo puede llegar á los altares con intenciones puras, soñando con la conquista de los espíritus, dispuesto á un ministerio de piedad y de amor que vista á los desnudos y consuele á los tristes. Es, tal vez, una de esas almas nazarenas que aspiran á llevar por el mundo la cruz de su martirio en beneficio de la salvación de los hombres...

Pero sueña. Soñando se inviste el traje talar, sinuestra hopa de los condenados voluntarios. Cuando despierta, pertenece á la iglesia; á esa iglesia que trocó el evangelio por la espada; que ha cambiado la blanca túnica del mártir cristiano por el rojo capelo cardenalicio, y la barca de Pedro por el trono papal; á esa iglesia cuya disciplina la hace de sí misma enemiga, obligándola á morir cuando hiere, por que, yendo contra las leyes naturales, mata en su seno los instintos del bien y decreta el suicidio para su vida moral.

En un ambiente de religión sin religiosidad, de culto sin fe, de ritualismo sin creencia, ¿cómo podría el más bueno resistir al medio, pisar el cieno sin mancharse, caminar entre abrojos sin herirse?. Y cuando el ensueño se desvanece y la realidad fría le deja ver torpe, engañoso, irrazonable, lo que él creyó santo y augusto, como emanado del cielo; cuando ve ya trocada la religión en comercio, el ministerio sacerdotal en oficio, y la evangelización en reclamo de mercader; cuando su fe ya no sostiene el edificio de su templanza y la ilusión de una gloria no le defiende contra el instinto sexual; cuando se siente aislado en medio del egoísmo eclesiástico y ve en el mundo, lleno de tristezas pero también de amables goces, el hogar que él perdió para siempre; ese hogar donde charla el pequeño besuqueando

al abuelo, ¡tantos besos que su triste y solitaria vejez no gustará!; ese hogar donde reina la esposa guardando en su mirada el pasional misterio que da vida á la vida, ¿que hará, infeliz, sino rendirse como los otros, sus compañeros de infortunio, los que le precedieron, los que le seguirán?

Hay sacerdotes que resisten dispuestos al martirio. Hay voluntades bien delineadas que se rebelan contra el engaño y abandonan el hábito para volver al mundo. Son los menos. Los más, desprovistos de la energía necesaria para la lucha, callan primero, por temor al escándalo, y acaban por adaptarse al medio.

¿Cual será en adelante la conducta de este pobre galeote atado al banco de sus votos perpetuos? Fingiendo una fortaleza que no tiene para el dominio de sus propios instintos, más terribles éstos cuanto no están ya contenidos por esperanzas divinas ni humanas, se armará en corso para el disfrute de lo que su disciplina le niega y acabará por ser una rueda dentada de ese enorme engranaje eclesiástico que deforma la moral, oprime las conciencias, aplasta los pueblos y pesa sobre la humanidad con el peso siniestro de los desesperados de la vida.

¿Puede tenerse odio para este hombre, víctima del medio, de la educación y del error dogmático? Ciertamente que no. Por eso, los que soñamos con posibles y venturosas perfecciones humanas, al combatir una doctrina retardataria, no vemos en sus practicantes sino efectos de una causa que al ser destruída libertará á los mismos que hoy, bajo su esclavizadora influencia, se vengan de su desventura provocando la desventura ajena. El delito es la resultante de un estado morboso cuyas causas se estudian; ellas pueden radicar en la contextura moral ó en la física. ¿Con qué derecho excluiríamos las faltas

sacerdotales de esa ley que el pensador moderno aplica á todos los desequilíbrios humanos?

Pero también, ¿en nombre de qué ley de conservación social dejaríamos que la insania eclesiástica detuviese la marcha de los pueblos?

VI

PIO X TESTIFICA

PERO—dirán algunas gentes de esas que aún creen en la pureza de las intenciones sacerdotales—¿no será, por ventura, la acción del clericalismo exagerada por fantasías imaginativas? ¿En realidad, el sacerdote hace labor contraria á su misión evangelizadora?. ¿Es cierto que desordena la sociedad, intranquiliza la familia, se entromete en la política y olvida, en fin, el caracter puramente espiritual de su ministerio, para entregarse á una vida mundana?

Previendo tales dudas he querido buscar testimonios que, por ser de procedencia católica, eliminasen toda idea de que en ellos había animosidad contra el clérigo. ¿Pero cómo obtener prueba tan convincente entre esos núcleos religiosos interesados en evitar el escándalo y en cuyas reglas de conducta se ha hecho ya vieja la previsora máxima de «barrer para adentro».

Tratándose de épocas antiguas, es bien fácil. La historia ya ha hecho públicos, documentos que fueron

privados, y así las cartas del virrey del Perú, D. Francisco de Toledo ⁽¹⁾ y la de fray Antonio de Zúñiga ⁽²⁾ á Felipe II, lo mismo que el mensaje de Carlos III á Clemente XIII ⁽³⁾ son suficientes á demostrar la obra funesta de la iglesia en la época del coloniaje.

Pero en lo referente á estos tiempos, que por serlo de presente no pueden documentarse de igual modo, ¿cómo encontrar, dentro del seno de la iglesia, pruebas testimoniales que denuncien al mundo las lacras que corroen el cuerpo clerical?

Pues hete aquí, lector amigo, que mientras me ocupaba muy afanosamente de procurar los indicados testimonios, se le ocurre á Pio X publicar un decreto del que la prensa europea da cuenta en la siguiente forma: «Roma, Febrero 19. En vista de los *hechos censurables ocurridos entre sacerdotes emigrados á las Américas*, el papa ha dictado, para la emigración de los clérigos, reglas, segun las cuales, ninguno de ellos podrá ir á América sin previa autorización de la congregación consistorial. No cumplien-

(1) La ignorancia religiosa de los indios ha de imputarse al clero que no al virrey. Muchos de ellos pasan aquí á enriquecerse; tienen *cárceles, alguaciles y cepos donde los prenden y castigan como y porque se les antoja*. Los obispos de las Indias tornan cargados de plata que no habían traído. Lo mismo pasa con los religiosos—*Doc inéd., tom. XXVI, pag. 122 Memoria de 1582.*

(2) La mayor parte de ellos (los indios) mueren sin que nadie se cure de si son cristianos. Mueren sin confesión. Muchas veces, *por no tener que dar al cura, lo entierran sus amigos en un muladar*—*Doc. inéd., tom. XXVI pag. 87 Memoria de 1579.*

(3) Carlos III, para fundamentar ante Clemente XIII la expulsión de los jesuítas, luego de citar hechos en que ellos aparecen como traidores, sediciosos, revolucionarios, explotadores de indios y violadores del secreto de la confesión, se expresa así: «Finalmente se halló que intentaban someter á una poten-

do este requisito, el sacerdote quedará privado de decir misa» (1).

¿Que tal? ¡Ni que hubiera estado Pío X esperando la terminación de este libro para ponerle el visto bueno!

Ahora ¿qué dirán los católicos, tan dispuestos á romper lanzas en defensa de la pureza inmaculada del clérigo? ¿Qué los «condescendientes» empeñados en considerar tan inofensivo al clericalismo como obcecadas las prédicas que se levantan contra él?

Cuando fueron suprimidas las congregaciones en Francia, Combes escribía: «Se nos dice que en las Repúblicas de la América del Sur, algunos publicistas se asombran de lo que ellos llaman nuestro *encarnizamiento contra las órdenes religiosas*. Puede ser que en dichas Repúblicas crean no tener nada que temer actualmente de la inmigración congregacionista. Cambiarían pronto de opinión si tuvieran delante de los ojos el espectáculo que nosotros hemos tenido; si hubieran estado, como nosotros, en peligro de ser víctimas en una cruzada en regla llevada por las órdenes religiosas, durante veinte años y más, contra el régimen republicano, sus libertades y sus leyes».

Y bien; ya tienen los hasta ahora crédulos, *de-*

cia extrajera, cierta porción de la América Septentrional, habiéndose conseguido aprehender al jesuita conductor de esta negociación con todos sus papeles que lo probaron — En tan general consternación de estos reinos y los de Indias, y en los riesgos inminentes en que se veían se tocó, con la mayor evidencia, ser absolutamente imposible hallar remedio á tanta cadena de males que no fuese arrojar del seno de la nación á los crueles enemigos de su quietud y su felicidad».

(1) «Diario de Noticias» 30 Febrero 1914. Lisboa.

lante de los ojos, como indicaba Combes, la verdadera actuación del inmigrante de sotana; con la agravante de que no es el disidente religioso, ni el masón, ni el ateo, ni el librepensador, sino el jefe de la iglesia, la autoridad indiscutible para el mundo católico, quien le señala como autor de hechos dignos de represión y de censura.

¿Cuántos y de qué índole tan grave no han debido ser ellos, para obligar al cabeza visible de la iglesia á romper el silencio que el interés de secta aconsejaba, tomando, en público, determinaciones tan graves?

Y aquellos á cuyo conocimiento ellas lleguen ¿seguirán aún creyendo en que el peligro clerical no existe?. Serán, en ésta cuestión que tan directamente les afecta, «más papistas que el papa»?.

Con la resolución del vaticano, el clericalismo se ha denunciado á sí propio. ¿Qué más pueba se necesita en este juicio?

Déjole, pues, convicto y confeso, y teniendo como testigo de cargo al Sumo Pontífice de la Cristiandad, (sic) ante el tribunal de la conciencia americana.



CAPÍTULO UNDÉCIMO

La defensa

SUMARIO:— I ESPÍRITU DE LIBERTAD — II ELEMENTOS DE RESISTENCIA — III LA EMANCIPACIÓN DESDE ARRIBA — IV UN PEQUEÑO GRAN PUEBLO — V UN PUEBLO Y UN HOMBRE — VI LECCIONES DE LOS PEQUEÑOS — VII LA MASONERÍA — VIII LA JUVENTUD — IX FUERZAS OBRERAS — X COOPERACIÓN FEMENINA — XI LAS COLONIAS 

ESPÍRITU DE LIBERTAD

EN resumen, las fuerzas negativas que actúan en América, oponiendo tremendas resistencias á la obra de expansión intelectual y moral, pueden dividirse, como las de Europa, en tres grupos: los inductores, clérigos regulares y seculares; los actores, gentes laicas y devotas por tradición ó conveniencia; y los indiferentes, mayorías irresponsables, neutros en política, ambiguos en religión, y dispuestos á ese oportunismo que sigue la corriente y hace coro cuando grita alguno.

Pero estas fuerzas, menos religiosas que interesadas ó inconscientes, ¿representan la verdadera inclinación del alma americana?. Ciertamente que no. La historia de este Continente se ha desenvuelto vinculada á la libertad. Bajo su impulso funda Washington los Estados Independientes del Norte, y escriben, Hidalgo y Morelos, las páginas de la Independencia Mexicana. Inspirados en su grandioso nombre, cruza Bolívar, como un nuevo Alejandro, sierras y valles en donde repercute el eco de sus

victorias; y San Martín, noble cruzado del derecho, corre de San Lorenzo á los Andes escribiendo en la historia las páginas gloriosas de Chacabuco y Maipú.

La espada de estos grandes caudillos, cuando cercena el privilegio de un trono, hiere también, aunque no lo pretende, á la religión que lo consagra de derecho divino; y los ejércitos libertadores, cuando corren á emancipar los pueblos, pasan altivos por sobre los altares en donde el sacerdote dice las oraciones litúrgicas en que se pide á Dios el triunfo para los príncipes cristianos.

La Independencia se realiza contra la iglesia que le es contraria; por eso, cuando bajo la blanca cúpula del Chimborazo las banderas de los ejércitos triunfantes se saludan ondeando sus lienzos que han cobijado cien batallas, y el grito de libertad hiende los aires, repercute en las sierras, pasa sobre sus crestas graníticas y sus nevadas cumbres, baja á los llanos, corre por las florestas y llega mensajero de triunfos á las ciudades, otro grito ronco, apagado, agónico como el último esfuerzo del vencido, resuena todavía bajo las naves de los templos: Es el sordo ¡*anathema*! con que responde la aliada del trono á la triunfal consagración de las nacionalidades americanas.

Al amparo de esa libertad, cuyo manto de púrpura tiñó con sangre generosa una generación abnegada, se ha desenvuelto el alma americana. ¿Cómo podría borrar su propia gloria, y renegar de su cuna colocando, á manera de *Inri* sobre sus libertades políticas, la esclavitud de la conciencia?

En los pueblos del Continente existe hondo, arraigado, un espíritu de libertad. Las mismas masas que siguen á la iglesia, más por hábito que por consciencia, lo hacen en su gran mayoría sin sospe-

char, siquiera, que conspiran contra el futuro patrio lo hacen por que no han discernido los peligros que sus actos entrañan; porque solo conocen de esa iglesia que se enmascara para someterles, el antifaz cristiano que atrae su sincero espiritualismo, y no su fisonomía política, verdadera expresión del catolicismo romano.

Mas hablad á los que poseen más fama de devotos el lenguaje de la verdad; llegad hasta su corazón y haced que vibre en él la cuerda del sentimiento cívico; verted la idea que sublima y el concepto que enseña; patrocinad todo esto con una sola frase: ¡libertad! y veréis como en todos los rostros asoma el gesto del creyente, cómo en todos los labios pone una exclamación el entusiasmo, cómo en todos los ojos deja su luminoso rayo la pasión.

La libertad es palabra sagrada para los hijos de América. Si la iglesia triunfa es á condición de aparecer liberalizada. Por eso basta despojarla de la máscara de que se reviste y hacerla aparecer tal cual es — adversaria por tradición y por doctrina de todo sentimiento liberador — para producir, aún entre los más sometidos, saludables reacciones.

ELEMENTOS DE RESISTENCIA

LA independización de las conciencias va realizándose más fuerte y poderosa cada día bajo el influjo de la acción liberal. Concurren á ésta, en todas partes, los elementos preconizadores del libre examen y que cimentan en los sistemas evolucionistas el ideal de perfección humana. Resistentes al medio por la energía que desarrolla la convicción racionalmente cimentada, ellos ocupan posiciones en la tribuna y en la prensa y en el ateneo y en la cátedra y en los centros sociales y en los parlamentos, riñendo batallas contra el error tradicional para encauzar el espíritu público por nuevos derroteros.

Dondequiera, se observa la influencia de estos elementos innovadores. El Brasil los posee en gran número, ya procediendo aisladamente, ya en núcleos diversos. Tiene dos grandes asociaciones librepensadoras en San Pablo, otras similares en Porto Alegre y grupos varios de estudios sociales ó afiliados á distintas escuelas filosóficas. Posee la Argentina,

en su sana intelectualidad, valiosos elementos de lucha; ya en incontables centros de cultura entre los que descuella la Universidad de la Plata, cuya labor científica tanto ha influído y tanto influye en la renovación de ideas que se nota en la juventud, ya en la Liga de Librepensadores que se extiende á provincias y aún en el parlamento, donde los diputados socialistas mantienen verdaderas batallas para obtener la liberalización de las leyes. En la República Uruguaya, aparte de algun bardo cuyo laud parece como arrancado de un borroso tapiz de la edad media, toda la intelectualidad mantiene las modernas ideas de que se nutren leyes y costumbres. Los dos mas viejos paladines en la lucha de ideas que aquí ha venido sosteniéndose, son la Asociación del Librepensamiento y el Centro liberal.

Chile tiene sus hombres de combate en los partidos políticos; uno de los cuales, el radical, ha inscrito en su programa las doctrinas librepensadoras por las que combaten denodadamente sus representantes en las cámaras. El elemento culto del país milita en esta ú otras organizaciones liberales, y si es cierto que el clero — como en casi todos los países — conserva allí influencia, no es ella mantenida por el pueblo, sino por transigencias del poder, sobre cuyos designios influye el partido conservador, refugio de los que sueñan todavía con privilegios aristocráticos.

El espíritu liberal de la República se nota en sus grandes poblaciones: Valdivia, Victoria, Temuco, Chillán y la magnífica ciudad de Concepción, con el puerto de Talcahuano, al Sur. Antofagasta, Iquique — con su gran Pampa salitrera — Taltal, Coquimbo, Copiapó — cuna del radicalismo chileno — al Norte; y en el centro, Santiago, con sus valientes núcleos que mantienen á raya los ímpetus del clericalismo, y

Valparaíso, la bella ciudad marítima, tan independiente, tan admirablemente culta. ¡Qué gratas esperanzas las que en esos pueblos se ofrecen para el futuro de Chile! ¿Cómo no mantenerlas cuando hasta en las poblaciones más castigadas por el clericalismo, La Serena, por ejemplo, se encuentran hombres de lucha y una opinión dispuesta á reaccionar tan pronto como llega hasta ella la exposición de una generosa doctrina?

Aunque huérfano de una fuerza abiertamente liberal, no deja Perú de poseer pequeños grupos que resisten al medio. Así es también en Paraguay, Colombia y el mismo Ecuador, que hoy trata de rehacerse organizando las fuerzas supervivientes del victimado partido alfarista.

Venezuela, no poseyendo organismos netamente librepensadores, puede, por sus valiosos grupos intelectuales, todos ellos emancipados de viejas tutelas, confiar en salvadoras reacciones. Así mismo Colombia, en donde, como he dicho, una minoría conservadora gobierna á una mayoría liberal. Esta ha empezado á hacer la revolución por la escuela, creando en toda partes centros laicos que contrarresten la educación religiosa. Es un camino que lenta, pero seguramente, habrá de conducirles al triunfo.

En Centro y Norte América, no faltan tampoco los elementos de lucha: en Estados Unidos existe una gran asociación de librepensadores é infinitas agrupaciones de carácter social y filosófico. En México funcionan además de la Liga del Librepensamiento, que se extiende á los Estados de Monterrey, San Luis de Potosí, Guadalajara y otros, grandes asociaciones de estudios psíquicos cuyo labor también es descatalogadora. El partido liberal y el constitucional progresista, hacen allí labor en el sentido

de la emancipación de la conciencia. En Honduras, El Salvador y Nicaragua, la resistencia es tibia, pero existe. En Cuba, recientemente emancipada del absoluto dominio eclesiástico que sufrió durante su vida colonial, se nota ya un movimiento emancipador que tiende á encauzar el país por derroteros nuevos. Intelectuales de valía trabajan empeñados en esta empresa que no encuentra resistencia en el pueblo.

A estas fuerzas, así distribuidas por el Continente, hay que agregar las de la prensa periódica, la mayoría de cuyos órganos sostienen, en su labor diaria, un amplio criterio. Ciertó que en ningún país falta una hoja periodística furiosamente católica; pero también lo es que, frente á ella, se multiplican diarios y periódicos francamente librepensadores. Un dato significativo puede citarse para honor del periodismo americano: en todo el Continente no hay un solo diario, de los clasificados entre los grandes rotativos, que haga campaña clerical.

América, pues, no está desamparada en esta última y terrible lucha que ha de sostener con el pasado para vencerlo definitivamente. Si ayer sus caudillos fueron guerreros, hoy son filósofos y sociólogos; y si en los tiempos viejos, la espada brillando amenazadora en los aires y el cañón retumbando en el espacio, volvían por la libertad de un Continente, hoy la palabra elevándose desde la cátedra, y la idea describiendo maravillosas trayectorias sobre los pueblos, abren paso á la legión de videntes, soñadores de radiantes futuros, hacia la conquista de la verdad científica y la paz social.

III

LA EMANCIPACIÓN DESDE ARRIBA

FÁCIL es observar á quien viaje por América, que en todo movimiento de avance manifestado por un pueblo, las resistencias vienen de lo alto, de las clases aristocratizadas y los poderes, que proceden, generalmente, no por convicciones personales, sino equivocados, creyendo sinceramente católica á la opinión nacional.

Esta regla tiene, sin embargo, excepciones. Bolivia, muy atrasada todavía por su gran masa indígena, recibe actualmente de lo alto, el impulso liberal. Es el gobierno allí el más empeñado en laicizar la vida, arrancándola del dominio del clero.

Otro tanto sucede en Guatemala. El gobierno de Estrada Cabrera, sobre el que se han vertido tan encontrados pareceres, ha tenido—sean cuales fueren sus proyecciones políticas—la ventaja para el país de iniciar todo un plan de reformas tendientes á mejorar la enseñanza y á liberalizar las costumbres.

Estrada Cabrera es librepensador; se comprende por sólo esta frase lo que al hombre de estado ha

debido costar mantener desde el gobierno sus ideas frente á una iglesia que dominaba por completo al país. La República Guatemalteca, la más grande y una de las más bellas del Centro América, posee numerosísima población indígena, y como tal, ignorante y supersticiosa. La larga paz mantenida rigurosamente, ha permitido intentos muy laudables de engrandecimiento cultural. Puede decirse que en Guatemala se va imponiendo la instrucción al pueblo analfabeto á pesar suyo y venciendo la formidable resistencia que ha levantado el clero. El gobierno ha impedido á éste el disfrute de todo privilegio; expulsadas las congregaciones religiosas, suprimidos los monasterios y separada la iglesia del Estado, no quedó á aquella otro recurso para sostenerse que el óbolo particular. Mermados así los elementos con los cuales en todas parte el clericalismo hace la guerra, éste se ha sometido al fin, y es entonces, que ha sido posible comenzar la educación del pueblo aumentando las escuelas y reformando en sentido moderno los planes de enseñanza.

El viajero que llega á la capital guatemalteca, despues de haber atravesado grandes territorios que aún ocupan indígenas, se admira de encontrar en el más bello sitio de la ciudad, un airoso y magnífico edificio cuyo atrio, sostenido por esbeltas columnas, evoca las bellezas del arte griego. La gentil construcción, denominada Templo de Minerva, es una ofrenda de Estrada Cabrera á la juventud estudiosa. Junto á ella se admira un soberbio trabajo topográfico: es la reproducción exacta de las Repúblicas Centroamericanas, trazada sobre una gran extensión de terreno rodeado de jardines.

Los niños guatemaltecos, cuando corren por el extenso parque ó ascienden por sus puentes desde los que dominan el paisaje, se acostumbran á mirar her-

manadas y tan bellas como realmente son esas Repúblicas, lazo de unión del Continente. Es una inteligente lección objetiva de confraternidad centro-americana.

Hay ciertas épocas del año en que toda la población escolar se congrega junto á los pórticos del Templo de Minerva, en donde se celebran interesantes fiestas dedicadas á enaltecer la Sabiduría. Y en verdad que esas fiestas, tan llenas de sabor clásico, evocadoras de aquellos homenajes floridos de la Atenas filosófica, enajenan al caminante que se detiene á contemplarlos, evocando en su mente la visión de otros grandes y poderosos pueblos, donde los niños educan sus sentimientos estéticos y desarrollan su cultura, hacinando, en sus tiernos cerebros, historietas de vírgenes-madres y de dioses convertidos en pan.

IV

UN PEQUEÑO GRAN PUEBLO

DOS Repúblicas más viven bajo la acción de gobiernos absolutamente liberales: la una es Costa Rica; el Uruguay, la otra. Ambas poseen en sus respectivas Constituciones un artículo que las declara católicas y un espíritu en sus clases ilustradas y aún en grandes masas de pueblo, que repele todo sofisma religioso ⁽¹⁾.

El Estado Costarricense, dirigido en los actuales momentos por hombres de gran cultura, vive empeñado en una obra de progreso y de paz.

La prohibición de aceptar en el país nuevas congregaciones monásticas, así como la ley que impide toda clase de votos religiosos, han sido medidas

(1) Las dificultades que presenta siempre una reforma constitucional, mantiene en éstas como en otras Repúblicas, esos artículos que, contrariando el común sentir, resultan exóticos en la ley. Las cámaras uruguayas han iniciado ya la reforma constitucional.

que, mermando la influencia eclesiástica, permitieron un magnífico desenvolvimiento educativo. Sus frutos se observan ya en el proceso moral de ese simpático país. La democracia no es en él una palabra vana, sino un hábito á que viven sujetos gobernantes y gobernados. Verdad que el Presidente de la República, Dr. Ricardo Jimenez, un intelectual distinguido y demócrata de corazón, es el primero en dar ejemplo.

Así se comprende que los actos del poder ejecutivo se discutan y se observen en la prensa como los de cualquier ciudadano; bien que haciéndolo con palabras de comedimiento porque no es á un adversario á quien se combate, sino á un amigo á quien se advierte sobre un posible error. Cuando esto sucede, el Presidente defiende en esa misma prensa la gestión gubernamental que ha sido censurada y lo hace como un simple ciudadano, sin intentar, siquiera, establecer prerrogativas.

Esta conducta presidencial, que es la de todos los miembros del gobierno, permite una política sosegada donde la lucha no es riña de enemigos, sino tranquila discusión entre miembros de una misma familia.

Hasta la prensa ¡ caso inaudito y creo que único en el mundo! está unida. Los periódicos de la capital viven todos en estrecha camaradería.

Este ejemplo de los elementos dirigentes ha arraigado en el pueblo una sana moral pacifista. La violencia es en Costa Rica, una pasión exótica. Nadie piensa allí en guerras internas ni externas. El sosiego de una vida de trabajo y orden es su desiderátum. Por eso la cuestión de armamentos que enloquece á tantos países, no intranquiliza á éste; y aunque cuida de su ejército, no son sus presupuestos de guerra y marina, sino los de instrucción, los que le preocupan.

Preguntando yo á uno de sus políticos si nunca habían temido ver la paz turbada por complicaciones internacionales, me contestó: — El gran peligro para la integridad nacional de estas pequeñas Repúblicas está en la intervención extranjera, ya sea armada para apaciguar desórdenes interiores, ya sea pacífica por el empréstito que subordina económicamente y permite á la potencia extraña pesar en la administración y, por reflejo, en la política de un país. En cualquiera de ambos casos la intervención resulta cara. Nosotros la evitamos regulando nuestra hacienda con recursos propios, lo que nos hace caminar, tal vez, menos pomposa pero más seguramente, y cuidando la paz interna para no dar pretexto á *humanitarias* intervenciones.

Y en efecto, la educación costarricense pone empeño en inculcar en los ciudadanos un espíritu de concordia. Inspirándose en este propósito, se ha reformado hace poco el escudo nacional suprimiendo las armas que antes figuraban en él. Cuando se visita el museo, lleno de objetos pertenecientes á la vida del aborigen, nótese que, contrariamente al plan de ubicación seguido en otros, en él los objetos guerreros se ocultan á la vista, mientras que resaltan las cosas útiles de la vida: variedades en cerámica, tejidos primitivos, y en sitios muy visibles, las producciones del país, rico en maderas y en minerales preciosos.

El Dr. Roberto Brenes Mesén — un eminente pensador de quien ya me he ocupado al señalar su actuación en el Ministerio de Instrucción Pública — acompañándome á visitar las escuelas, perfectamente instaladas, me proporcionó otro motivo para admirar el espíritu que guía al actual gobierno de aquella República: Pasando por una hermosa plaza llamome la atención un edificio de aspecto vetusto — Es — me dijo el doctor — un cuartel; el único

que existe en el centro de la ciudad, pero la fuerza que lo ocupa va á desalojarlo pronto. Y agregó explicativamente: —Nosotros queremos que el pueblo respete al ejército que cumple en nuestros días una noble misión nacional, pero que ese pueblo se aficione, más que á las armas de guerra, á los instrumentos de trabajo.

Nobles y elevadísimos propósitos que encierran todo un programa de producción y armonía sociales. ¿En qué hora feliz para la humanidad, las naciones que á sí mismas se juzgan grandes, pensarán en imitar á esa pequeña gran República ?.

V

UN PUEBLO Y UN HOMBRE

POCO más de una década ha bastado para cambiar completamente las tendencias y procedimientos de la República Uruguaya. Sus últimos gobiernos, lejos de entender como otros muchos de América, que el problema clerical no existe, lo han visto, por el contrario, en todas sus peligrosas proyecciones y han ido valientemente contra el mal, atacándolo en su raíz.

A la intensa labor legislativa en sentido abiertamente liberal, ha respondido el pueblo; y la vida uruguaya se ha laicizado por completo. El niño en la escuela, el enfermo en el hospital, el pobre en el asilo, viven libres de la influencia eclesiástica. El Estado les mantiene, les educa, les cura sin imponerles, ni siquiera exponerles, una determinada doctrina. En la República, la conciencia es libre; no en el sentido puramente teórico que tiene en los códigos, sino en la forma práctica, por efecto de no existir esa presión social que obliga á individuos á realizar actos contrarios á sus propios deseos por miedo al «qué dirán».

Las mayores garantías de moralidad concedidas á la familia, la atención suma prestada á los problemas de índole económica que han tendido á beneficiar al proletariado, la orientación democrática dada á la política, ha surtido, bien pronto, sus efectos en todos los órdenes de la vida nacional. El país, antes destrozado por contiendas civiles, entró ya en una era de paz y de prosperidad asombrosas; las costumbres se han desembarazado de la antigua rutina; la familia se desenvuelve sin la tutela del director espiritual; el matrimonio no halla en el confesor un tercero en discordia; y el divorcio absoluto que permite á los conyuges, cuando el amor entre ellos muere ó cuando la traición lo indignifica, formar nuevos vínculos, da á éstos mayores garantías de dicha é influye en la disminución de los delitos pasionales.

La transformación ha sido completa. Las mismas mujeres de cuya cultura se ha cuidado preferentemente, no presentan en este país la característica de mojigatería tan generalizada en el sexo; y aunque subsiste en un pequeño grupo social el apego á las viejas costumbres, aparte de él nadie conocería, en esas pléyades de jovencuelas que asisten á la universidad femenina, en esas inteligentes mujeres doctoradas, en esa multitud de empleadas en puestos públicos, en esas damas que llevan á la vida del hogar esparcimientos intelectuales, á la mujer fanática ó inconsciente de hace venticinco años.

¿Cómo ha podido realizarse esta transformación, no ya en las leyes sino en las costumbres, en un lapso de tiempo tan corto?. Muchos contribuyeron á ella; pero el alma de esa acción liberadora ha sido un hombre: el Sr. Batlle y Ordóñez, quién á sus grandes condiciones como pensador y sociólogo, reúne otra verdaderamente excepcional: la entereza maravillosa de su carácter.

Lo suficientemente ilustrado para no figurar en el número de los creyentes católicos y lo bastante íntegro para no prestarse á enmascarar su conciencia por ambiciones del poder, él ocupó la presidencia sin pasar por esos cambios camaleónicos tan frecuentes en los que escalan las alturas; y si como ciudadano, al formar sin la intervención del sacerdote un hogar donde hay hijos ya mozos que no recibieron las aguas bautismales, fué ejemplo para muchos que, imitándole, establecieron de hecho la laicización de la familia, como gobernante ha huído en política de las medias tintas, abordando valientemente los problemas y cortando sin vacilaciones el nudo gordiano de toda cuestión.

Un suceso de su vida política pinta fielmente la rectitud de esa conciencia y la energía de ese temperamento: Al ocupar por segunda vez la presidencia de la República y en el acto solemne de jurar su cargo, hubo de hacerlo según la constitución ordena: por Dios y con la mano puesta sobre los evangelios ⁽¹⁾. Batlle y Ordoñez, con continente reposado, pronuncia las palabras de ritual ante las cámaras y el cuerpo diplomático. Al terminar, agrega: «cumplido este requisito *que para mí no tiene valor alguno*, voy á pronunciar el que me liga á mi patria: prometo por mi conciencia de hombre honrado», etcétera, etc...

Se comprende que tales condiciones de carácter unidas á una singularísima sencillez de costumbres que le hacen convivir con los más modestos, ex-

(1) Ya he dicho que por pura cuestión de trámites no ha podido ser todavía reformada la Constitución, aunque este asunto se debate actualmente en la cámaras.

cluyendo de sus hábitos de vida toda «pose» presidencial, hayan convertido á Batlle y Ordóñez en la primera y más querida personalidad del liberalismo uruguayo. Ello explica que no ya al ocupar la presidencia—pues para los que suben nunca faltan coros de aduladores—si no al descender de ella, el pueblo montevideano le hiciese una manifestación de emocionante simpatía, llevándole en triunfo desde el palacio legislativo á su domicilio particular. Lo mismo debía ocurrir cuatro años más tarde al regresar de Europa, nuevamente elegido por sus conciudadanos para la magistratura suprema del país; pero el modesto patricio, previó el caso y cuando el pueblo invadía los muelles en su espera, él desembarcaba en sitio opuesto, rehusando así toda ruidosa exhibición.

Tal es el hombre que ha hecho en un pueblo una verdadera revolución de ideas y tal es el pueblo que ha sabido comprender la trascendencia histórica que para él esa revolución tiene y cooperar á ella con su adhesión franca.

Mientras tanto la iglesia, que alardea de fuerte con el débil y es débil ante el fuerte, si al principio de esta situación liberal amenazaba, al fin, comprendiendo la inutilidad de la lucha, acabó por someterse, á lo menos aparentemente; y hoy reducida á un papel secundario y siempre en espera de mejores días—que no es fácil luzcan ya para ella en la República Oriental—se contenta con desbordar su odio en las murmuraciones de sacristía.

Esta obra triunfal de un hombre al frente de un gobierno, debe decir mucho á otros países del Continente. En ellos, como en la República de que trato, hay pueblos ansiosos de libertad; masas dispuestas para la evolución de las costumbres, y aún hombres de estado que la desean y á quienes un falso temor

de contradecir á la opinión, detiene en los términos medios.

Un criterio gubernativo perfectamente delineado, que impidiese la sugestión religiosa y laicizase las costumbres, empezando por dar ejemplo los que dictan las leyes, sería suficiente para extirpar en América el parasitismo clerical.

VI

LECCIONES DE LOS PEQUEÑOS

LA situación excepcional en que está colocado Puerto Rico, merece ser conocida. Víctima de la guerra hispano-americana y entregado como botín de guerra á Estados Unidos — que tales cosas son aún posibles en el mundo — sufre las consecuencias de ajenas culpas viviendo políticamente en entredicho, ya que el gobierno de Washington ni le reconoce como país independiente ni concede á sus hijos derechos iguales á los del norteamericano.

Poco preocupa esto al puertorriqueño que, en realidad, no tiene ni tuvo nunca más patria que la indicada por la naturaleza; y tan bella, por cierto, tan noble y de tan heroica historia, ⁽¹⁾ que basta para satisfacer su legítimo orgullo. En el airoso

(1) Nueve veces fué bloqueada la Isla por escuadras extranjeras: inglesas, holandesas etc., y otras tantas repelió valientemente el ataque con elementos insulares, ya que las fuerzas del ejército español fueron allí siempre escasas.

peñoncito que se yergue como un perfumado *bouquet* sobre las aguas del Mar Caribe, pusieron sus hijos sus más grandes amores. Puertorriqueños fueron cuando España gobernaba la Isla — sin perjuicio del estrecho amor que existió siempre entre isleños y españoles —; puertorriqueños siguen siendo bajo el gobierno norteamericano; puertorriqueños serán siempre á despecho de lo que pueda disponer esa razón política que funda en la potencialidad de las armadas y de los ejércitos, el cambio de nacionalidad. Es que hay en ese pueblo tal cantidad de resistencia á toda servidumbre que, como el gran filósofo, bien pudiera decir á los que pretenden dominarle: «Nada ni nadie podrá hacerme esclavo, por que mi libertad reside en mí mismo».

Su extraña situación política corre parejas con su no menos extraña independización religiosa. Mantenido el catolicismo, si no de derecho de hecho, por las autoridades norteamericanas de la Isla y multiplicándose las iglesias protestantes importadas con el nuevo dominio, el puertorriqueño, bajo la paternal solicitud de la libre República del Norte, si pone su ciudadanía entre dos interrogaciones, mantiene su conciencia entre dos catequismos.

Afortunadamente, las ideas racionalistas son ya de antiguo cultivadas en la tierra puertorriqueña: nunca faltaron en la Isla escuelas independientes, y, cuando eran aún raros en España los centros anticlericales, ya en Ponce y en la Capital, la rebeldía á la iglesia se manifestaba en la prensa y en la tribuna. Una gran afición al estudio de las cuestiones psíquicas ha fomentado allí el apartamiento del catolicismo, cuya influencia contrarresta ya hace tiempo la importante Federación Espírita, de la que es presidente un exquisito poeta: el Sr. Ramón Negrón Flores.

Estas agrupaciones doctrinarias, unidas á las que

pertenece al positivismo científico con otras ramas anticlericales, fundaron, hace ya tres años, una Federación de Librepensadores extendida por toda la Isla y tan fuerte por su número como por el prestigio social de las personas que la dirigen. El Dr. J. S. Belaval, un pensador distinguidísimo, ocupa la presidencia de esta institución insular.

Así, inteligenciados los elementos liberales, mantienen una acción conjunta frente al clericalismo, neutralizando su influencia, no obstante hallarse ésta salvaguardada por contemporizaciones gubernativas, mediante las cuales, pretende la iglesia asegurar su influencia; ya interviniendo en la enseñanza y en la política bajo el disfraz de los Caballeros de Colón, ya intrigando para que los jesuitas, jamás tolerados por el pueblo puertorriqueño ⁽¹⁾, invadan legalmente la Isla.

Hechos muy significativos demuestran las franquicias de que bajo la actual dominación disfruta la iglesia ⁽²⁾. En el pasado año y con motivo de una feria insular, fué incluido en el programa de los festejos un número dedicado á celebrar el centenario de la instauración católica en Puerto Rico. En cambio, cuando la Federación de Librepensadores pretendió obtener personería jurídica, este derecho le fué negado. Casi en la misma época se designaba á un sacerdote para un importante cargo en instrucción pública. Hay todavía más: la precedencia del matrimonio civil al religioso, vigente en mu-

(1) Durante la dominación española, los jesuitas no pudieron sostenerse en Puerto Rico, porque siempre la opinión del país les fué adversa.

(2) «La Conciencia Libre» órgano de la Federación de Librepensadores, ha hecho una valiente campaña contra estas tolerancias gubernativas.

chos países americanos y europeos, entre estos la católica España, no rige en el país á pesar de desearlo la mayoría de sus habitantes ⁽¹⁾.

Pero los librepensadores, tan desconsideradamente tratados, no se amilanan, antes bien, mantienen sus derechos llamando al orden á las autoridades. He aquí cómo se expresa, en una carta dirigida al gobernador Mr. Colton, uno de los más distinguidos librepensadores de la Isla, el Dr. Germánico S. Belaval :— «No podemos permitir en modo alguno que todos los días se vengán sucediendo hechos parecidos, (alude á un privilegio concedido á la iglesia) y que el gobierno los tolere; es más, los patrocine».

Y en efecto, los librepensadores resisten á esta especie de pacto eclesiástico gubernamental, prescindiendo completamente del culto y haciendo política francamente anticatólica. «¿Frailes? ¿jesuítas? Que vengán; no serán nuestras mujeres las que los mantengan, ni nuestros hijos los que los escuchen». Así dicen y hacen los liberales y claro es que en tal forma de poco ha de servir al clero la protección oficial. Además, siendo dos los partidos que luchan en los comicios para llevar representantes á la cámara insular, los miembros de la Federación han acordado no conceder su voto á ningún candidato adicto al clericalismo. Y como són los más y están unidos, fácilmente puede predecirse su triunfo.

En esta inteligentísima forma, aquel pequeño y admirable pueblo, vuelve por los fueros de su conciencia y la dignidad de su civismo, enseñando á otro pueblo territorialmente grande, cómo ante la razón de la fuerza, se mantienen, por la fuerza de la razón, los principios de libertad.

(1) De 555 matrimonios celebrados en el municipio de Ponce, desde Julio de 1911 á Octubre de 1912, solo 190 se realizaron canónicamente.

VII

LA MASONERÍA

LA Institución Masónica ocupa un alto puesto entre las fuerzas vivas del Continente. El humanitarismo en que sus preceptos se apoyan, el anhelo de paz y fraternidad que la inspiran, la disciplina de sus organismos y el vasto horizonte de sus ideales, hacen de ella una voluntad y una capacidad para la acción. Por eso, si en otros tiempos los pueblos oprimidos, los hambrientos de pan y de justicia, la sintieron como hada bienhechora llegar hasta ellos con el laurel del triunfo y la palabra saludable de paz, hoy, en las nuevas luchas por la libertad de conciencia, ella ocupa su puesto, honrando su esclarecida historia.

Educadoras por doctrina, las logias enmiendan la obra jesuítica; y si por ésta, el niño, deformado en sus sentimientos, llega á la sociedad convertido en el hombre-máquina, bajo la influencia de aquellas el individuo rehace su carácter, independiza su criterio y ofrenda, á los medios sociales, el hombre-idea.

El nombre de la Masonería va unido á las glorias americanas: En sus templos, que funcionaban exponiendo la vida de los afiliados á las venganzas del «Santo Oficio», se alimentó durante el coloniaje el espíritu de la Independencia; masones fueron muchos de los caudillos que trocaron las antiguas provincias de un reino, en nacionalidades libres. ¿Cómo podría ella negar en el presente una labor que de tal modo brilla en su pasado? Hoy, como ayer, vive en América solidarizada con todo empeño tendiente á mejorar la condición humana.

Profundamente observadora de la vida, sabe que el ideal de perfección porque lucha, no puede lograrse sino á trueque de destruir vicios orgánicos; y conoce por experiencia que toda empresa de mejoramiento social, se detiene en el punto á donde alcanza la influencia petrificadora de una doctrina dogmatizante. Por eso, viendo cernerse sobre estas nuevas sociedades las terribles tormentas que asolaron á Europa, vive empeñada en una saludable evolución moral.

Su acción fecunda se extiende á todo el Continente. Ella, en medio de las tribulaciones mexicanas, ha sido como un puerto en donde se refugiaron los principios democráticos. Ella, en Venezuela, ha resistido á la intoxicación social, producida por la alianza de la iglesia y el poder civil durante la dictadura de Castro; y es de su seno de donde hoy parten las corrientes reformadoras. De cómo los masones venezolanos entienden sus obligaciones, puede juzgarse por las palabras del Dr. Coronil, alta personalidad política y que con el Dr. Fonseca, otro intelectual prestigioso, dirige la Masonería venezolana. Hablando al General Gómez, Presidente de la República, con motivo de un incidente provocado por el clericalismo, le dijo: «Si existe incompati-

bilidad entre mis cargos políticos y mis deberes masónicos, renuncio á los primeros antes que traicionar los segundos». Este acto de valor moral no hizo sino afianzar la estima en que el general Gómez le tiene y conquistarle el respeto hasta de sus propios adversarios.

En otros países, como Ecuador y Colombia, la Masonería es á manera de tabernáculo donde se conservan los sentimientos de civismo. Igual sucede en Cuba, donde además de las logias, un número considerable de masones han creado la institución «Hombres Libres», llamada á prestar grandes servicios en la difusión de las ideas modernas. En Puerto Rico las logias laboran extendidas por todas las poblaciones de la Isla; asimismo en el Uruguay donde han sido muy útiles al país.

En la Argentina tiene la Masonería verdadera influencia, debiéndose á su iniciativa la celebración en Buenos Aires del primer Congreso Internacional del Librepensamiento Americano.

La obra de la Masonería chilena es admirable. Prestando todo su concurso á la educación popular, ella contrarresta los efectos de la enseñanza congregacionista por el sostenimiento de centros de instrucción laica y escuelas nocturnas para obreros. Desde Tarapacá hasta Valdivia, la Institución se extiende como un robusto brazo, presto á la defensa de toda causa emancipadora.

En el Brasil los organismos masónicos son poderosos. Sus grandes medios económicos hacen viable cualquier iniciativa. Rara es la logia brasileira que no posea un edificio levantado *ad hoc* y en el que, á más del templo, no existan centros escolares. El Grande Oriente del Brasil no solo se preocupa de la cultura de la nación sino que influye en su política por los hombres prestigiosos con que cuenta; uno de ellos,

el Dr. Lauro Soudré, hombre de relevantes condiciones intelectuales y que ocupa el más alto puesto de la Institución, ha sido sindicado varias veces para la Presidencia de la República.

En las mismas condiciones funciona el Grande Oriente paulista, presidido por el Dr. Pedro de Toledo, ministro de Agricultura hasta hace pocos meses. Hombre éste de un carácter excepcional, desempeñaba su alto cargo masónico cuando fué designado para tomar parte del gobierno de la nación. En el acto de su despedida, él declaró á las logias que su gestión ministerial, jamás discordaría de sus deberes masónicos. Y ¡ caso de consecuencia doctrinaria, muy raro en las alturas del poder!: cumplió.

Las numerosas logias paulistas, tanto de la capital como de todas las poblaciones del Estado, mantienen un número crecido de escuelas entre las cuales se cuenta un liceo de señoritas. El Sr. Raul Silva, que es un devoto de la Institución, en la cual desempeña un elevado puesto, me decía que el masón paulista considera como uno de sus primeros deberes el fomento de la enseñanza. En mi visita, desde San Paulo á las poblaciones del interior, pude apreciar la exactitud de estas palabras. Recuerdo que al visitar la logia de Riberão Preto, instalada, contrariamente á lo que en el Brasil se acostumbra, en un local pequeño y falto de detalles, el presidente me explicó:—Estamos aquí provisionalmente. Hemos cedido nuestro templo. Lo verá Ud mañana. En efecto, al día siguiente, me enseñaron el gran edificio convertido en centro de enseñanza para internos y externos. ¿Qué le parece?— me preguntaron con aire de satisfacción—Que hacen ustedes masonería, fué mi única respuesta.

Así entienden también sus deberes los masones

de Rio Grande do Sul. Pero allí no son ya escuelas sino magníficos gimnasios ⁽¹⁾ los que han fundado. Uno de los más importantes funciona en la ciudad de Pelotas. El grande Oriente declaró oficialmente la necesidad de disputar á las escuelas retrógradas la dirección de la niñez y esto ha bastado para que las poblaciones del Estado emprendan la labor con los mayores bríos. En Santa Ana de Livramento acordaron edificar, para tal fin, una gran casa. Lo supe á mi paso por la ciudad. Cuando regresé, dos meses más tarde, cuadrillas de obreros trabajaban en los cimientos del edificio. La suscripción que para esto se inició había producido, en tan corto tiempo, 60 contos, (unos 20.000 pesos oro).

Tales empresas son fáciles, no solo por la abundancia con que se vive en el país sino también por la completa dedicación, la fe abnegada de los que dirigen y secundan esa utilísima obra educativa. El secretario general de la Masonería Riograndense, Sr. José Dominguez d'Almeida, que en la plenitud de su vida se ha consagrado en absoluto á la Institución, es, en ella, alma y brazo. Desde el despacho del Grande Oriente, dirige con tacto y discreción exquisitas, todos los hilos del movimiento liberal de la región. Los estudiantes le respetan, los obreros le atienden, él vive en fraternal unión con todos. Así se explica la fuerza social que poseen los organismos masónicos allí.

Pero hay, además de esta tan notable figura, otra admirable y extraordinaria: es la del Dr. James de Oliveira Franco é Souza, un anciano de setenta y dos años que ocupa en esta congregación de hombres generosos, el primer puesto. Persona de posi-

(1) Colegios de segunda enseñanza.

ción y de fortuna, presidente de la Alta Cámara de Justicia, sus preeminencias sociales no han logrado envanecerle. Es un masón perfecto. Lejos de disfrazar sus ideas las expone con verdadero orgullo, ostentando su filiación masónica, como los antiguos caballeros la divisa de su Dios y su dama. Sus quince lustros causarían envidia á más de un joven decadente. Habla como un mozo de su hogar que adora y en donde una esposa modelo comparte con él los arduos deberes de la vida; y se expresa con las energías de un luchador cuando proclama la bondad de la causa á que desde muy joven se afiliara. Sin cansancios, sin esfuerzos supremos atiende á todo, lo estudia y lo prevee todo, como si su naturaleza tuviese el privilegio de la eterna energía.

Usted es un viejo joven, le dije un día admirada. —Es mi amor por la humanidad que no envejece— me contestó sonriendo.

¡El amor por la humanidad!... ¡Si! Solamente los grandes amores por el bien humano pueden realizar esas poderosas vitalidades que perpetúan en el alma la juventud. ¿No es este admirable anciano el símbolo de la Orden Masónica, pasando desde los viejos tiempos, de un siglo á otro, siempre mensajera de las ideas nuevas?

VIII

LA JUVENTUD

LA palabra juventud aplicada á la vida es energía, aplicada á la idea es libertad.

La mente joven rechaza por instinto el molde y el cerco; gusta del horizonte ilimitado donde pueda extasiarse la esperanza; de los espacios incognoscibles donde alcanza á navegar el ensueño. Por eso ama el ideal bajo todas sus formas y se enamora de lo bello, lo bueno, lo heroico y lo justo.

Energías robustas que buscan en las aventuras una necesaria expansión; corazones cerrados á los enervadores egoísmos; pensamientos que aún no saben cuanto amarran los intereses creados; así son los jóvenes que en caravana bulliciosa toman la senda de la vida, agoreros de todas las venturas, cooperantes en todas las innovaciones y abanderados de todas las idealidades

Alma y nervio de los pueblos, la juventud da vida al mundo, y en sus intrépidas iniciativas se funden, como en ardientes crisoles, los viejos formu-

lismos, para ofrecer á las humanidades el oro puro de las ideas nuevas.

Claro es que en medio de estas naturales disposiciones que se observan en la juventud, no dejan de encontrarse grupos retardatarios. Aquellos que los forman, provienen, comunmente, de la escuela congregacionista; son pobres muchachos cuya alegre adolescencia murió en flor. Sus labios poco dispuestos á la risa; sus ojos que huyen de la ajena mirada para fijarse tenazmente en el suelo; sus movimientos desprovistos de esa grácil desenvoltura que es innata en la mocedad; el ceño austero, tan impropio de la alegre alborada de la vida, hacen pensar en esas deformidades humanas en que parece la naturaleza caricaturizarse á sí misma. En realidad ¿qué son sino deformaciones del espíritu juvenil, excepciones que confirman una regla?

Vano ha sido el empeño del seminario y el convento para lograr una deformación completa del tipo natural en la especie, porque si muchos caen, muchos también se salvan. En lo moral como en lo físico, hay grados diferentes de resistencia. Por el mismo motivo que en las epidemias no todos enferman, ni todos los que enferman mueren, en estos contagios morales hay quien queda incurable, quien sufre una influencia leve y quien, en medio del general peligro, se conserva inmune.

El ambiente social, constantemente renovado por un eterno tragar de hombres, de cosas y de ideas, esa mundial vibración del pensamiento que poco á poco va cambiando el criterio de las multitudes, contiene poderosos reactivos para el mal adquirido por una insana educación escolar, y, actuando sobre naturalezas jóvenes, sirve, en no pocos casos, de antídoto contra la peligrosa intoxicación espiritual. Por eso á veces el adversario se engaña creyendo

disponer incondicionalmente de fuerzas en las cuales se operan inesperados cambios. ¿No vemos, á menudo, figurar en partidos avanzados á descendientes de casas tradicionalmente conservadoras y militar entre los defensores del libre-examen á hijos de irreducibles devotos?

El filósofo Alí decía que los hombres suelen parecerse, más que á sus padres, á los tiempos en que viven. Y si esta observación atinada era aplicable á la edad media que el sabio árabe alcanzó ¿cómo no serlo en estas nuestras épocas, sobre todo en América, donde diversas circunstancias concurren para facilitar la rápida evolución de las ideas?. Por eso, salvo los «désahuciados», cuyos grupos no dejan de constituir un peligro de contagio social, el resto de la juventud, á despecho de la influencia religiosa que aún pesa en el hogar y en la escuela, se debate, como el siglo, en un ansia generosa de conquistas nuevas.

Así la he visto en todos los países americanos: en Cuba, lo mismo en la Habana que en Matanzas y Cienfuegos, dando pruebas de sus anhelos emancipadores; en México, tanto en su capital como en Guadalajara, S. Luis, Monterrey, Veracruz y Mérida, marchando al frente de formidables manifestaciones de opinión; en Costa Rica y Puerto Rico, entregada á orientaciones nuevas ⁽¹⁾; en la capital venezolana, yendo con intuición admirable de un verdadero civismo, á vivir el librepensamiento ante la estatua del inmortal Bolívar; en la Argentina y Uruguay,

(1) La prensa costarricense, toda ella liberal, está en manos de la juventud. El mismo diario semi-oficial del gobierno «La República» uno de los órganos de publicidad más radicales tiene un cuerpo de redacción compuesto por gente moza.

colocadas á la vanguardia de los grandes movimientos sociales; en el Brasil, ya reunidas en la Politécnica ó en la Academia de Leyes, ó en memorables manifestaciones populares realizadas en la región paulista, ya en la simpática ciudad de Porto Alegre, bajo los pórticos de su universidad, á semejanza de aquella apasionada juventud de Alejandría que á la sombra de su gloriosa biblioteca perpetuaba para el mundo el pensamiento de la Grecia filosófica; y por último, en Chile, donde los valerosos organismos estudiantiles de Santiago, Valparaíso, Concepción, Chillán, Temuco, Antofagasta, Iquique y otros, dieron tan altas pruebas de absoluta dedicación á los modernos postulados.

Ninguno de los países, ni aún aquellos más entregados á la influencia religiosa, dejó de mostrarme á los jóvenes en sus puestos de honor. Ocupando las avanzadas entre las muchedumbres entusiasmadas, en medio de los grandes núcleos que palpitaban al impulso de un noble deseo de engrandecimiento, yo veía siempre sus rostros inundados de vida, sus ojos de mirar intrépido, sus frentes erguidas, como las de los bardos soñadores, sus manos que se alzaban como blancas señales de salvamento sobre las oleadas humanas.

Y en realidad ¿no era aquella juventud vigorosa, locamente embriagada de libertad, una promesa de venideros triunfos?

IX

FUERZAS OBRERAS

CUANDO se hace un recuento de las fuerzas cooperantes en el gran movimiento de opinión que tiende en América á innovar las costumbres, no es posible olvidar á esos grandes organismos obreros, tan distanciados, en espíritu y en aspiraciones, de los viejos dogmas patrocinados por la iglesia. Y en vano ella ha pretendido, empleando sofismas, retener junto á sí al proletariado, brazo potente de nuestras sociedades ; en vano ha hablado en unas ocasiones de socialismo católico y en otras ha querido desligar la cuestión religiosa de la cuestión social, porque el obrero consciente no se ha dejado seducir. Sabe él que mientras existan, por influjo de la moral católica, esos fáciles acomodos espirituales para la conciencia culpable, ni ha de prevalecer el criterio de una estricta justicia, ni ha de consolidarse, por lo tanto, la armonía entre los grupos humanos ; conoce el papel histórico del catolicismo, amparador en toda época de los expoliadores de pueblos, y vive prevenido contra una iglesia en cuyo

pasado están escritas todas las tiranías seculares y en cuyo presente reside el gran escollo con que tropieza toda intención reformadora.

Esta actitud de las grandes masas populares, francamente rebelde al antiguo dominio del clérigo, forma una gran corriente de opinión, tanto mayor y más fuerte, cuanto más lo son los organismos en que se manifiesta. Por eso la iglesia ve con temor el gran desarrollo que las asociaciones y partidos obreros han tenido en los últimos tiempos.

Poderosos en Estados Unidos, fuertes en algunas regiones de México, muy particularmente en Monterrey, Veracruz, y Mérida; nacientes, pero muy bien intencionados en las Antillas y una parte del Centro América; importantes en Costa Rica; perfectamente organizados en Brasil, despliegan un verdadero lujo de energías en Uruguay, Chile y Argentina, donde, á las grandes Federaciones Obreras, hay que agregar los robustos organismos del partido socialista, muy bien encauzados en el primero de estos tres países, fuerte en el segundo, sobre todo en la región de Tarapacá, y tan poderoso en el último, que cuenta con más de cien mil adherentes y lleva siete representantes á las cámaras.

Tan valiosas fuerzas concurren á la obra de libertad moral en que está América empeñada, no solo porque apartan del proletariado aquel espíritu de servidumbre en que la iglesia le mantuvo durante siglos, sino porque son centros educadores para esa emigración analfabeta que exportan las aldeas de Europa. Casi todos los organismos obreros se preocupan de la enseñanza: sostienen escuelas diurnas y nocturnas y costean, además, bibliotecas. Se comprende la importancia de esta labor educadora sobre las masas ignorantes, las más propicias por su falta de preparación intelectual y la penuria de su

vida para el trabajo catequista del cura, pescador de votos para sus candidatos políticos, ó del fraile, pescador de niños para sus talleres y fábricas. Los centros de enseñanza laica, mantenidos por el obrero para la educación de sus hijos, contrarrestan la especulación congregacionista, restando á los establecimientos católicos un número considerable de alumnos; en tanto que la escuela nocturna y el gabinete de lectura, van haciendo una obra lenta de cultura que permite al trabajador discernir por su propia cuenta, lo que basta para evitar que él sea, en manos de los partidos católicos, un arma que á sí misma se destruye.

X

COOPERACIÓN FEMENINA

TAMBIÉN entre la mujer se manifiestan los progresos de la acción liberal. El cuidado que los pueblos americanos han puesto en la educación femenina, los cursos de enseñanza superior, ya en todas partes abiertos para la mujer, han elevado considerablemente su cultura, dejando ancho campo á sus aspiraciones de independencia económica.

La enseñanza oficial está en gran parte bajo su dirección. Rara es la República que no cuenta, al frente de las escuelas primarias, mayor número de profesoras que de profesores; muchas doctoras desempeñan cátedras y otras ejercen las profesiones de medicina y leyes. Aparte de Estados Unidos—de donde es inútil hablar, porque se sabe que en cuanto á derechos femeninos marcha á la cabeza del mundo—en el resto de América, no por desenvolverse aquellos ajenos á toda violencia dejan de contar triunfos. Cumple al gobierno actual del Uruguay la gloria de haber iniciado á la mujer en la carrera diplomática,

nombrando á la doctora Clotilde Luisi, *attaché* de la embajada de este país en Bélgica. Otra doctora, la Sta. Ernestina Dávalos, es, en el Paraguay, miembro de la Alta Corte de Justicia. Profesionales de la medicina existen en casi todos los países; doctoras en leyes en Argentina, Uruguay, Paraguay y algún otro. La literatura cuenta con un considerable número de publicistas. El arte tiene entre las mujeres delicadas intérpretes.

El mayor desenvolvimiento intelectual femenino, debía, necesariamente, marcar un grado de emancipación religiosa, y así ha sido. En este primer cuarto de siglo la mujer ha evolucionado en tal forma, que, aún cuando quedan grandes masas suggestionadas por las antiguas doctrinas, ya es posible encontrar minorías valiosísimas entregadas á la investigación y divulgación de diferentes escuelas filosóficas, todas ellas contrarias al predominio de la iglesia. Sociedades femeninas de esta índole hay muchas. México tiene, entre otras, la asociación «Hijas de Juarez», la Sociedad Patriótica Femenina, la Liga contra el Alcoholismo, la de Damas Espíritas y las Teosóficas. Muchas de estas diversas entidades constituyeron, hace poco, una Federación de Mujeres Librepensadoras. En Costa Rica las Sociedades Teosóficas, muy importantes y que cuentan con grupos de inteligentísimas damas, hacen una labor fructífera, librando el sentimiento religioso del fetichismo católico. Igual sucede en Puerto Rico, donde, como ya he dicho, el estudio de las cuestiones psíquicas absorbió á la mujer de tal modo que ha acabado por apartarla completamente de la iglesia. El elemento femenino del Brasil tiene también sus grupos independizados. Estos son importantes en la Argentina, donde existen dos Sociedades Librepensadoras: la una en Buenos Aires; la otra en La

Plata, y ambas, con ramificaciones en las demás provincias. Hay, además, una organización de jóvenes socialistas, muchas obreras y algunas feministas, entre las que se cuenta el grupo «Ciencia y Labor», cuyas iniciativas tanto han beneficiado á la mujer y al niño.

La mujer chilena, apasionada de suyo, no ha dejado de tomar parte activa en estas nuevas orientaciones del espíritu femenino. Además de los elementos cultísimos de la capital, entre los cuales figura un grupo que se dedica al estudio de las fuerzas mentales, existen asociaciones librepensadoras en Iquique — con grupos de adherentes en varios sitios de la Pampa, gracias al empeñoso trabajo de sus iniciadoras — en Antofagasta, Valparaíso y otras. También en muchas poblaciones, entre ellas la liberal Concepción, hay grupos de señoras demócratas. En Chillán, la Liga de Librepensadores, cuenta con un número considerable de damas, convocadas para este efecto por una distinguida educacionista, la Sr.^a María Spíndola de Muñoz.

Fácil es deducir por lo dicho del Uruguay, que aquí está la mujer casi absolutamente emancipada. Las sociedades de damas liberales laboran constituídas en casi todos los Departamentos, siendo en algunos, como Florida, el centro de todas las iniciativas con carácter liberal. Verdad que la primera emancipada de la tutela católica es la esposa del actual presidente, Sr.^a Matilde L. de Batlle y Ordóñez, mujer cultísima y completamente identificada con el criterio de su compañero de hogar. Un detalle describe su carácter: Casada civilmente, como he dicho, el arzobispo la envió mensajeras á fin de conquistarla para los desposorios católicos. Ella refería en cierta ocasión su respuesta: «me limité á contestar que, habiendo sido muy feliz en mi matrimonio, sin la

intervención de la iglesia, no sentía ningún deseo de introducirla en mi hogar».

Esta valiente actitud, si no ha tenido aún imitadoras entre otras damas consortes de presidentes, sí es observada ya por un crecido número de mujeres americanas pertenecientes á todas las clases sociales, aún á las más elevadas. Ello demuestra, contra lo comunmente creído, que el espíritu femenino no es refractario á los ideales modernos, y que si hasta hace poco no ha cooperado á ellos, sino en muy raros casos, es por el abandono en que dejó su mentalidad uno de los tantos preconceptos sociales.

Cuando daba mis conferencias en Cuba, fué una mujer, una delicadísima poetisa, Dulce María Borrero, la primera que se atrevió á escribir en público, refiriéndose á las nuevas doctrinas filosóficas: «Te esperabamos». La palabra es exacta, la mujer americana, ya intelectualmente preparadada, espera solamente su iniciación en las modernas ideas, para arrojar, lejos de sí, los restos de sus antiguos fanatismos.

XI

LAS COLONIAS

SIENDO estos países esencialmente cosmopolitas lógico es que el extranjero influya en los movimientos de opinión. Hay que exceptuar de esta regla á Norte América cuyo espíritu absorbente, anula la personalidad étnica del emigrante sin asimilarse nada de ella. Esto produce una especie de petrificación en las manifestaciones características de la psicología sajona, lo que si de momento es útil á ese pueblo porque le da una ecuanimidad que otros no tienen, en cambio, es signo de decadencia para lo futuro, porque todo lo que no evoluciona está condenado, fatalmente, á perecer.

Por el contrario, en las Repúblicas Latinas, el cosmopolitismo no es absorbente, sino armónico. Los rasgos peculiares al individuo de cada país, conjuntamente con el de aquel que los recibe, se modifican suavemente sin imponerse los unos á los otros, lo que permite crear un ambiente constantemente renovado y renovable, y, que por serlo, facilita la cura

de enfermedades atávicas, ayudando además, para la formación de nuevos tipos humanos.

De las colonias que en la América Latina coadyuvan á esta perenne obra renovadora llevando á ella el espíritu de sus respectivos países y entre las que figuran muy importantes núcleos de alemanes, franceses y rusos, las más influyentes, por su número, son la italiana que predomina en Argentina y Brasil, y la española, extendida por todo el Continente.

La primera es, en su mayoría, liberal. El italiano, que no puede perdonar al pontificado el haber impedido durante tanto tiempo la fundación de su nacionalidad, coopera de buen grado á todo cuanto tienda á mermar privilegios á la iglesia católica. Por él se ha popularizado en Sud América la fiesta del XX de Septiembre, que, conmemorando conjuntamente la unidad italiana y la caída del poder temporal de los papas, ha llegado á convertirse en el día del libre-pensamiento.

La colonia española carece de esta homogeneidad de criterio. Sus elementos, al igual que las grandes masas populares de la Península, se manifiestan divididos en dos tendencias: la una absolutamente conservadora, la otra netamente liberal. El español no entiende de los términos medios. Por eso se le ve en América ó sosteniendo las tradiciones clericales ó combatiéndolas con ardiente entusiasmo.

Un error de criterio, que es utilísimo desvanecer, ha aumentado, hasta hace poco, el número de los elementos inclinados al conservantismo. Creyeron muchos hacer obra buena para su país al vincular los prestigios de éste á los de las instituciones arcaicas que aún le rigen, sin darse cuenta de que, ante las naciones democráticas, tanto más grande y digna de respeto aparecerá España, cuanto más divorzada se muestre de esas instituciones. La tradición

española, tan enlazada á la iglesia, la corriente inmigratoria formada durante muchos años con lo más atrasado y por lo tanto más fanático de cada región, ha mantenido en el americano la idea que el espíritu español no se ha apartado todavía de aquella servidumbre del pensamiento en que le mantuvieron los Felipe II y los Arbués. Los alardes antiliberales de una parte de la colonia, ayudan á confirmar esta opinión, con grave daño para el nombre de la patria que desean y tienen el deber de enaltecer.

Nada ha sido para mí tan amargo como oír en mi viaje estas frases: «Y España ¿cuando se liberaliza?»—O bien—«España nos mandaba antes soldados y clérigos, ahora nos envía frailes y analfabetos.» Tristes verdades que no es posible desconocer y ante las cuales solo puede salvarse la responsabilidad española haciendo entender en el extranjero que, esos frailes y esos analfabetos, no se mantienen en España porque el espíritu de su pueblo sea refractario al progreso, sino por abandonos gubernativos y contubernios monárquico-clericales.

El finado Presidente de México, Francisco I Madero, lamentando la muerte de Canalejas, la atribuía á los radicalismos de éste en discordancia con el espíritu del pueblo español. Y como yo le indicara el criterio avanzado que predominaba entre las grandes masas populares de ese país, él, muy discretamente, aludía como ejemplo en contrario á la colonia de México, la cual, salvo pequeños grupos, había apoyado siempre las situaciones más favorables al clericalismo ⁽¹⁾. Igual sucede en el Uruguay, don-

(1) La colonia española tiene en México fama de *mocha* (clerical) á causa de la actitud adoptada por los elementos más ricos y aristocratizados de ella. Esto ha contribuido á crear en los actuales momentos una horrible situación para el español, á

de, aparte de un grupo de republicanos inspirados por un hombre ilustre, el Dr. Suñer y Capdevila, y otro español distinguido, el profesor Francisco Vázquez Cores, el resto ha sido refractario á la política liberal de Batlle y Ordóñez.

Y no es que todos los que aparentan sumisión á determinadas ideas sean afectos á ellas, sino que consideran un deber patriótico no discrepar de la opinión oficial de su país, estando fuera de él.

Las consecuencias de este modo de entender sus obligaciones las colonias en América, las ha sufrido por mucho tiempo España. Hasta hace poco, prescindían de visitarla los americanos que viajaban por Europa. «¡Un país tan atrasado!» — decían. Por la misma razón no se estimaban sus productos, en tanto que se abrían en los más ricos países de Sud-América nuevos mercados para Italia. En cuanto á su literatura, ha sido reputada muy inferior á la francesa. Así el criterio conservador, en vez de conservar, ha arruinado el prestigio y los intereses españoles.

La parte liberal de la colonia — hoy ya muy superior á la conservadora porque cuenta con el refuerzo de la emigración nueva, diferente en un todo á la antigua — ha tendido y tiende á mostrar á España regenerada de sus culpas teológicas. Esta noble labor, que ya empieza á dar frutos, se advierte en toda América. Los valiosos organismos del Brasil, entre los que descuellan varios de Santos; el gran número de colectividades españolas diseminadas por la Argentina, entre las cuales hay dos organismos españoles, uno de ellos presidido por el Dr. Rafael

quien los liberales, refugiados en el ejército carrancista huyendo de la dictadura de Huertas, consideran como un aliado y sostenedor de esa dictadura.

Calzada, carácter excepcional en quien la fortuna no alcanzó á desvirtuar arraigados sentimientos democráticos; el Centro Español, el Familiar y la Asociación Pro-Patria, en Santiago de Chile, con otros extendidos por la misma República: el de Iquique, el de Antofagasta, tan francamente progresista y á cuyo frente se halla el ferviente librepensador, Sr. Zacarías Gómez; los de Temuco, Chillán, Valdivia y Talcahuano, y el gran Club de Concepción, además del cual existe un grupo de librepensadores fundado recientemente por otro incansable luchador, el Sr. Eladio Sobrino; los existentes en varios Estados de México, así como en su capital — no obstante el espíritu retrogrado de sus más conocidas colectividades—y en fin, tantos otros, diseminados por las demás Repúblicas, contrarrestan, por el espíritu amplio que informa sus actos, la obra del tradicionalismo español.

Los resultados que da á España la labor de uno y otros, se manifiesta bién claramente en las Antillas. La colonia residente en Cuba, salvo un pequeño pero valiente grupo de republicanos, es antiliberal hasta el ridículo. Dirigida á punta de pluma por un antiguo carlista, el Sr. Nicolás Rivero, que ha hecho una fortuna en la Isla á la sombra del antiguo régimen, ella se complace en perpetuar un criterio ultra conservador; actitud que en un pueblo como el cubano, recientemente independizado y deseoso de buscar nuevos métodos para su vida tanto como de recusar concomitancias con lo viejo, no es la más favorable para restañar recientes heridas, anudando entrambos pueblos lazos de fraternal concordia. Por el contrario, el pensador cubano entiende que este espíritu del pasado, mantenido por la colonia, obstaculiza la obra de reformas necesarias á su país.

Recuerdo que al llegar yo á la Habana, algunos de mis compatriotas me dijeron: «El Dr. Cabrera va á combatir á Vd. Es un antiespañol furibundo; él ha popularizado la palabra deshispanizar Cuba». Mas la persona indicada, periodista meritísimo y una de las primeras mentalidades cubanas, lejos de asumir respecto á mí la actitud que se me indicaba, me trató gentilmente. Hablando yo, más tarde, en una de mis conferencias sobre España y la labor que en ella vienen realizando los elementos avanzados, aludí á la célebre frase, indicando que si por deshispanizar Cuba, se entendía librarla de los procedimientos antiguos en el sentido social y religioso, también España estaba empeñada en esa obra de evolución filosófica. Estas palabras despertaron un gran entusiasmo, en medio del cual se pronunciaron vivas á la España de Pi y Margall, á la España democrática, mientras el distinguido publicista decía — «Ha interpretado Vd. mi pensamiento, señora. En la palabra deshispanización, no puede haber un pensamiento de odio para la antigua Metrópoli, sino un deseo de librar á nuestra patria de aquel estrecho criterio que la dominación española le impuso. Ciertamente que Cuba, una República libre, no puede simpatizar con la España vieja; pero esa nación nueva que Vd. nos describe, tendrá siempre, en el corazón del cubano, el sitio predilecto que por razones de raza y de sangre le corresponde».

Las palabras del Dr. Cabrera son la mejor respuesta á los que creen que hacen españolismo en América, cuando mantienen y practican ideas ya muertas en el criterio americano.

Opuestamente á la colonia de Cuba procede la de Puerto Rico. Completamente liberal, ella está unida por lazos de solidaridad á la obra emancipadora del isleño. Ya en los tiempos del coloniaje,

españoles ilustres figuraron en sus partidos autonomistas y, laborando así por las libertades de aquel pueblo, afirmaron lazos de cariño que han resistido al cambio de régimen. Actualmente, puertorriqueños y españoles viven confundidos en una misma aspiración de progreso

Un viejo peninsular, D. Manuel Fernandez Juncos, figura entre los hombres más prestigiosos de la Isla; y otro hombre joven, Francisco Arriví, es allí el alma de todo el movimiento democrático español. Comerciante de los más fuertes en la capital, el Sr. Arriví pone su actividad y su fortuna al servicio de sus ideas; él ha organizado á sus compatriotas en una agrupación republicana; él, con muchos de la colonia, figura en la Federación de Librepensadores. La gente de iglesia, que le haría quemar de buena gana si aún existiesen tribunales del «Santo Oficio», aparenta respetarle porque le teme; pues en sus entusiasmos juveniles, lo mismo lanza á la publicidad un periódico de combate, que organiza, con centenares de sus españolitos (como él llama á la juventud del comercio) ruidosas manifestaciones anticlericales.

Las tendencias progresistas de la colonia española en Puerto Rico, mantiene allí vivo el afecto á España; y aún pudiera decirse que ahora, cuando ya ha terminado la tiranía de los poderes españoles, ese afecto se estrecha entrambos pueblos más y más.

Tales son los elementos españoles que en América cooperan á la obra de la libertad de conciencia. Valiosos y decididos, realizan dos obras grandes: laboran por el engrandecimiento de la tierra que ha sido para tantos fecunda en beneficios, y afirman, en ella, el espíritu nuevo del pueblo español.





CAPÍTULO DUODÉCIMO

En marcha

SUMARIO:— I NECESIDAD DE ACCIÓN
— II FUERZAS QUE SE EXTERIORIZAN
— III EL PROBLEMA DE LOS PROBLE-
MAS — IV HACIA LA CUMBRE 



I

NECESIDAD DE ACCION

PARA que los poderes se decidan á la realización de actos encuadrados dentro de un plano de determinadas ideas, hace falta que constituyan una fuerza de opinión. Esta puede existir y no manifestarse, en cuyo caso es nula; ó no existir y aparentar que tiene vida por medio de artificios, lo que basta para engañar el criterio gubernativo. La iglesia hace esto último, mediante los resortes de que dispone, gracias á su organización mundial. El liberalismo se halla en el primer caso, porque no poseyendo entre las diferentes escuelas que á él concurren un punto de intercesión doctrinaria que agrupe y discipline sus elementos, procede por individuos ó, cuando más, por grupos aislados entre sí y faltos, por lo tanto, de lo que constituye la fuerza en toda campaña opositora: la unidad de acción. Esto es lo que motiva en las Repúblicas Americanas esa aparente superioridad numérica del catolicismo, sobre la cual se fundan ciertas contemporizaciones de los gobiernos

Para evitarlas, necesitaríase evidenciar la poderosa mayoría que las escuelas liberales poseen, por medio de actos ostensibles que permitiesen el recuento de fuerzas, nacional é internacionalmente entendidas.

Esto ha sido difícil hasta ahora, porque el liberalismo americano vivió ignorando su verdadera influencia por la falta de relaciones intelectuales entre unas y otras Repúblicas. El intercambio de ideas es casi nulo en el Continente. Los escritores, los artistas, los oradores de un país no se conocen fuera de él, sino después de consagrados por la prensa europea. Los que no alcanzan ó no pretenden esta consagración, aún con méritos suficientes para ello, rara vez consiguen que su nombre traspase una frontera.

Esta falta de expansión internacional impide el mutuo conocimiento de los pueblos, muchos de los cuales, viven entre sí más extraños que cada uno de ellos con las grandes naciones europeas. El Sur no tiene con el Centro más puntos de contacto que los diplomáticos; otro tanto sucede á México con respecto á los países australes. A Estados Unidos lo juzgan las demás Repúblicas ajustándose á una frase hecha, importada de Europa: «¡La gran República!» sin que la mayoría de las gentes sepan hasta qué punto es aplicable ese título de grandeza; mientras que en Norte América, aparte de los interesados en especulaciones comerciales, los demás no conocen á las Repúblicas Latinas sino bajo el aspecto con que se las muestras un preconcepto de raza — «¿Chile, Argentina, Brasil?... ¡pchs!»». Una señora newyorkina estuvo á punto de *boxearme*, porque me permití decirle que en Uruguay existía mas libertad que en su país. Un matrimonio venezolano, residente en Nueva York, me aseguró que había desistido de un viaje á Buenos Aires porque personas competentes, co-

merciantes newyorkinos, les aseguraron que la Capital Argentina era un pueblo atrasado y sin *confort*. En Nueva Orleans, el empleado de una casa bancaria me preguntó si el Uruguay pertenecía á Chile ó al Brasil...

Tan grande es el desconocimiento que allí existe de cuanto se relaciona con los países del Sur, que un diplomático, el embajador del Brasil, acreditado en Washington, Sr. Domicio de Gama, al lamentarlo en el banquete celebrado por la Sociedad Panamericana de Nueva York, refería que la esposa de un alto funcionario le preguntó donde estaba en Brasil el mercado de esclavos; y otra persona culta le interrogó, muy llanamente, sobre si Perú era República, y si Bolivia y Uruguay pertenecían á Inglaterra.

Esta situación en que se hallan colocados unos países respecto de otros y cuya causa hay que buscar en las grandes extensiones, á veces inexploradas, que separan los centros cultos, en la falta de comunicaciones directas entre muchos de ellos y, muy principalmente, en el hábito de esperarlo todo y controlarlo todo por mediación de Europa, ha impedido al liberal americano apreciar la fuerza intensiva y extensiva de sus ideas en el Continente. Ello ha dado por consecuencia la anulación, para el servicio de la causa, de muchas energías valiosas; porque faltas éstas de ese apoyo moral que presta la solidaridad de principios y de esa emulación que provoca el acto ajeno, se han mantenido en un terreno puramente teórico. De ahí la carencia de organismos librepensadores en muchos países, y por ello, la falta de practicantes de la vida civil.

Con frecuencia se oye decir á hombres jóvenes: «Yo formaré mi futuro hogar prescindiendo de la iglesia y acomodándome solamente á la ley civil,

pero ¿no seré el único?». El temor de singularizarse le detiene porque no sabe que como él piensan muchos de aquellos cuyo juicio teme. ¿Sucedería ésto si en cada población y país se agruparan, solidarizándose, hombres de un mismo pensamiento que á su vez se relacionasen internacionalmente para extender la solidaridad liberal?

Una gran confederación de fuerzas independientes entre sí y aún con puntos de doctrina diversos, mas todas inspiradas en los principios evolucionistas y todas homogéneas en la defensa contra el común adversario, ¿no alcanzaría á provocar en poco tiempo, una formidable corriente de opinión continental que pesase en las determinaciones de la política americana?

FUERZAS QUE SE EXTERIORIZAN

LAS poderosas fuerzas liberales con que América cuenta, así como el desconocimiento que ellas tienen de su propia valía, hubo de revelármeme claramente durante el viaje que, en misión doctrinaria, realicé por el Continente.

Desista Vd. de sus propósitos—me habían dicho— Esa excursión es tan peligrosa como inútil, porque no existe aún, en la mayor parte de esos países que Vd. desea visitar, una opinión preparada para escuchar teorías filosóficas. Piense que el clericalismo lo tiene dominado todo.

Mis pesimistas consejeros se equivocaban en sus juicios. Tres años de peregrinación constante, de país en país, me lo probaron. Sin protecciones oficiales, sin recomendaciones diplomáticas, sin más carta de presentación que el pase libre de una noble doctrina, yo hallé en América, en esa América tan mal interpretada en Europa y tan desconocida de sí misma, un bello campo donde la siembra de ideas producía, como por arte mágico, bellas rosas prima-

verales y un vasto hogar repleto de cariño, en donde miles de millares de manos se me tendieron en franca camaradería.

Mi innato sentimiento no me había engañado. En aquellas muchedumbres alborozadas que lanzaban al aire sus voces de entusiasmo, como dianas triunfadoras; en aquellas gallardas juventudes estudiantiles, que eran como embajadas de los futuros tiempos; en aquellas mujeres generosas, empeñadas en la reivindicación femenina; en aquellos ancianos por sobre cuyas frentes pasaron las tormentas de la guerra civil y en cuyos corazones perpetuó los entusiasmos un ideal, yo pude ver cual es, grande, noble, enamorada de las causas justas, aliada de las benéficas empresas, el alma americana.

¡ Hermosa y deslumbrante revelación de una idea que germinaba oculta en el corazón de los pueblos; radiante alborear de una futura y generosa gloria! —No creíamos ser tantos— me decían en cada ciudad los librepensadores. — No imaginábamos que la opinión anticlerical estuviese tan difundida — me confesaron algunos gobernantes. ¡ Ignoraban la gran fuerza reactiva de que disponían! Así cuentan las fábulas que los gigantes, olvidados de su fortaleza, dejábanse vencer por enanos; así, en todos los tiempos, ha habido robustas energías anuladas por el desconocimiento de su propio valer.

Aquellas, para muchos, inesperadas revelaciones, no eran el pasajero efecto de una sugestión personal, sino una general proclama del íntimo sentir de los pueblos. Los que hasta entonces se juzgaron aislados, hallaban en la propaganda iniciada un centro á donde converger para sentirse legión; la idea abstracta é individual se concretaba, se socializaba, produciendo corrientes de entusiasmo que lanzaban

á los pueblos en formidables manifestaciones. Veinte, treinta, cincuenta mil personas ocupaban las calles ondeando estandartes con expresivos lemas; manos femeninas alzaban también blancas banderas, y mientras los viejos luchadores miraban con mirada de dicha aquellas revelaciones populares, encarnación viva de sus antiguos sacrificios, la iglesia, espantada al conocer la realidad, al ver cómo el espíritu público desertaba de los viejos altares, se debatía en inútiles cuanto ridículas resistencias.

¡Curioso y conmovedor espectáculo el que ofrecen los pueblos, palpitantes, estremecidos, ante la enunciación de una idea! La voz que se levanta ante ellos, invocando bienhechoras empresas, halla eco siempre porque hace vibrar la cuerda delicada de sus innatos sentimientos. Es como placa que impresiona una idea; es la plástica forma de un pensamiento impalpable. Oyéndola, las multitudes parece que se oyen á sí mismas, porque hay algo muy dentro, muy en lo íntimo del ser humano, que guarda en germen todas las generosas voliciones. Y es admirable ver cómo esas multitudes escuchan un momento impasibles, ponen luego interrogación en la mirada, yérguense ya más tarde enardecidas por el entusiasmo, y rompen, al fin, como creciente ola, en signos de calurosas aprobación. Es el divino misterio del verbo hecho carne; es la eterna y constante metamórfosis de lo ideal en lo real; es el vivo fulgor del pensamiento que proclama, por sobre los desvaríos morales y los feroces odios y los despóticos errores en que las sociedades se debaten, la solidaridad mental de la especie en las altas idealidades de un ensueño de perfección.

Por eso, en las manos que se unen para aplaudir, y en los labios que modulan la palabra de asentimiento, y en los ojos luminosos por el entusiasmo,

que brillan, bajo los arcos frontales, como estrellas dobles de una constelación de ideas, hay algo más grande, más respetable, más augusto que el simple y vano triunfo de una personal oratoria. Porque es en ese proceso psicológico que junta miles de pensamientos en un mismo deseo, donde oficia el instinto superior de la raza, dando, en comunión espiritual á las almas, el pan sagrado de la esperanza, y poniendo ante las pupilas las visiones sublimes de humanidades redimidas.

Así se me mostró América ardientemente interesada en las nuevas revelaciones de la vida. Y yo, á través del vasto y encantador Continente, navegando por los océanos en que se dibujan sus costas, atravesando sus ríos, ascendiendo hacia sus cumbres, pasando por sus floridos valles, por sus selvas majestuosas, por sus rientes campos, por sus ciudades agitadas en un ansia febril del más allá, teniendo ante mis ojos el panorama eternamente nuevo de esta tierra de ensueños para el artista, de esta tierra de promisión para el trabajo, pensé que sorprendía el futuro al mirar á estos jóvenes pueblos llegados á la mocedad en plena crisis filosófica, y, por designios del tiempo, armados caballeros del ideal, para emprender, en la hora suprema de las grandes revoluciones morales, las santas cruzadas por el derecho y la felicidad humanas.

EL PROBLEMA DE LOS PROBLEMAS

LECTORES que me acompañásteis á través de las páginas de este libro; los que buscásteis, como yo he buscado en las tierras americanas los frutos de la acción eclesiástica; los que habéis observado su influencia tendiéndose como invisible cerco desde el templo al hogar, desde el hogar á la escuela, desde la escuela al Estado y desde el Estado al pueblo; los que habéis visto al clérigo gobernar de hecho y sin derecho, interviniendo en la política, imponiéndose á los poderes y contraviniendo las leyes; los que habéis sorprendido en el monje la triste herencia de la degeneración eclesiástica: los instintos de Alejandro VI, la astucia de Bonifacio VIII, las ambiciones de Gregorio VII y la insaciable codicia de Juan XXII; los que habéis encontrado al clericalismo interviniendo en motines, asonadas, revueltas, cuartelazos y revoluciones; los que habéis comprobado los efectos del fanatismo católico en asesinatos políticos, linchamientos y atentados feroces; los que aún no alvidásteis la historia de aquellos galeones

en los cuales enviaban los jesuítas á las arcas de su orden el oro, extraído por el aborigen; los que sabéis de esos tesoros que hoy se acumulan en las arcas de S. Pedro arrancados al comercio, á la industria y á la agricultura de América; los que habéis visto y veis, en fin, á esa iglesia regular, secular, militante, triunfante, lega, sacerdotal, mongil, episcopal, cardenalicia y pontificia, cernerse sobre América como siniestra nube de desdichas, flagelándola y esclavizándola primero, fanatizándola y dividiéndola después, burlándola y explotándola siempre, ¿aceptaréis la frase hecha de que el peligro clerical no existe?

¿Acaso no son las enfermedades más terribles aquellas que se ocultan muy en lo hondo del organismo; las que no tienen alarmantes síntomas y dejan confiado al enfermo, mientras lenta, muy lentamente, la dolencia traidora va royendo la entraña?

El peligro mayor para los pueblos en cuyo pasado se afirmó gloriosamente una conquista, consiste en creer que ella es suficiente para garantizar su mañana. Por algo la táctica de guerra atrinchera las posiciones, luego de una victoria, previendo peligrosas revanchas

La experiencia irrecusable de los hechos ratifican tan prudente medida. Cuando los pueblos de Europa se independizaron, fundando sus nacionalidades, creyeronse libres de la servidumbre. Olvidaban que el Poder Temporal estaba en pie. La mano del papado fué para ellos más dura que lo fuera jamás la del imperio. Cuando Francia proclamaba en su noventa y tres los derechos del hombre, creyó salvar la libertad suprimiendo la aristocracia. Olvidaba la clerecía. Esta, vengó á Luis XVI con los horrores de la Vendée; hizo triunfar dos veces el

imperio, y, cuando el desastre del Sedán restauraba definitivamente la República, preparó el *affaire* Dreyfus que estuvo á punto de destruirla otra vez ⁽¹⁾. Y se observa cómo esta Francia, agotada y sin ventura hasta Thiers, se rehace, se pacifica y se engrandece desde el gobierno de Waldeck Rousseau. Su alejamiento de la iglesia la ha librado de la emboscada política.

Si el pasado nos habla con tan expresivos argumentos, ¿no bastarán en nuestros días á prevenir peligros las tremendas lecciones de la historia?

No obstante hay, como he dicho, muchas gentes que no creen ó no quieren creer en tal peligro. «El problema del siglo, sobre todo en América, — dicen — no es teológico sino económico». Ciertó; pero olvidan que, mientras el teólogo eduque, la enorme rueda del progreso humano girará sobre el eje de la cuestión religiosa. Y si el teólogo detiene en vez de impulsar la actividad del individuo; si deprime en vez de desarrollar el carácter; si deforma en vez de perfeccionar la moral; si atrofia en vez de robustecer el cerebro, ¿cómo tendremos hogares que hagan ciudadanos y ciudadanos que hagan patria, en el sentido de favorecer el desarrollo integral de los pueblos?

Preciso es confesarlo. La cuestión clerical es todavía el problema de los problemas; y porque lo

(1) El delito de lesa patria atribuído á Dreyfus, de origen israelita, sirvió para fomentar una campaña contra los judíos presentados como enemigos de Francia y contra la República que los toleraba. Con ello se obtuvo una reacción popular á favor del catolicismo y del partido monárquico. Como se sabe, Zola salvó la República poniendo al descubierto la trama clerical.

es, pone la iglesia tanto cuidado en mostrarlo como inofensivo, desviando el criterio de la opinión.

Cuando en Europa renacía el apasionamiento científico, los teólogos españoles popularizaron esta frase: «Evitemos la funesta manía de pensar». Hoy, en América, cuando la libertad florece y la especulación filosófica tiende á minar la base en que el dogma religioso se asienta, sus usufructuarios divulgan por donde quiera este otro concepto: «Evitemos la manía de discutir».

IV

HACIA LA CUMBRE

A FORTUNADAMENTE hay quien discute, quien se apasiona y quien lucha.

Un verdadero ejército de reformadores interrumpe con el ruido de sus teorías doctrinarias la monótona inercia que la iglesia aconseja; y en los núcleos sociales, á despecho de quienes juzgan ciertas cuestiones fuera de época, se despierta, cada día más vivo, el deseo de una franca renovación de ideas.

El pensamiento filosófico es ya en estos países como una enseña, bajo la cual se alistan las jóvenes generaciones para marchar en línea de batalla, llevando en la mente risueñas esperanzas y ostentando, como divisa, un reto á la mentira convencional.

¿Quién podrá contener ese afán de experimentación y de análisis, ese inquieto deseo de despejar incógnitas, ese anhelo constante de alcanzar la verdad, que son como atributos gloriosos de la vida intelectual, de nuestro siglo?

Impulsados por la fuerza de la idea, que es signo de vitalidad en los pueblos, avanzan los de

América apartando su entendimiento de aquellas sistemáticas fábulas que deificaban lo inverosímil, para orientarlo hacia la razón pura.

¡Nobles y generosos empeños los que guían á esas pléyades de voluntades, á esos hijos de la América libre, á través de los grandes escollos con que viejas rutinas interceptan sus pasos! Al verlos desplegados por el Continente, agitarse anhelantes de nuevas conquistas, soldados de una idea, trovadores que sueñan con poemas de gloria, intrépidos Quijotes que dirigen su lanza contra la esfinge de los XX siglos, pretendiendo destruir el prejuicio de una raza, la mente evoca á aquellos sus abuelos, cuyos pasos sobre la tierra americana conmovieron las testas coronadas de Europa, y cuyas voces, desde lo alto de los Andes, pregonaron al mundo una epopeya de libertad. Unos y otros cumplen los altos fines que les señala su época. Aquellos, dando la Independencia al Continente, proclamaron su libertad política; estos, que luchan contra el prejuicio religioso, proclamarán su libertad moral. Inspirándose en ambas, nuevas y fuertes generaciones escalarán la cima de los grandes destinos.

Pensando en ellos, creyendo ver en ellos los radiantes tabores que guarda para la humanidad el mañana, yo cierro estas páginas, colocando sobre ellas, á manera de broche, las palabras de Sucre en Ayacucho: «¡Adelante; paso de vencedores!».

FIN

INDICE

	PAG.
Al lector	7
América Promisoria	
América	13
Centro de acción	17
El gran crisol	21
El Peligro Religioso	
Del tiempo viejo	27
El peligro	32
Diferencias del medio	35
El Clericalismo	
La costumbre hace ley	43
Táctica clerical	49
Marca de clases	53
¡No hay problema!	58
La Educación	
La escuela del estado	65
La iglesia en la enseñanza oficial	69

Influencia sobre el profesorado	72
Las escuelas católicas	75
La escuela católica en América Latina	79
Dos países en estado grave	84
La escuela religiosa en la América Sajona	87

Mercantilismo Religioso

El negocio	95
El asilo	98
Talleres de D. Bosco	102
Los santuarios	105
Las congregaciones y el Millón	110
Sangrías nacionales	114
La conquista de la tierra	118
Patentes de personalidad civil	123
La ruta del Pacífico	127
El cosario de Andacollo	131
El tráfico de las ánimas	135
El negocio de las concesiones	139
¡Hasta en el fin del mundo!	142

Clericalismo y delincuencia

Efectos del celibato	149
¿Donde está Idalina?	153
¡Jacintos!	155
Los «Don Juanes»	158
La moral invertida	161

El Clericalismo en la política

Los dirigentes	167
La leva en el conventillo	171
La «masa» católica	175
La rémora	178
La tregua doctrinaria	181
Un ejemplo	185
Política trágica	188

La clave de una revolución	192
Juego de pasiones	194
Por mano ajena	198
Alrededor de la reforma	203
En el país de Washington	207

La Compañía de Jesús

Los jesuitas	215
Los caballeros de Colón	221

La Iglesia y la mujer

La dictadora	227
Creyentes y practicantes	230
La tolerancia	234

Los «beneficios» de la Iglesia

La civilización católica	241
Las misiones	246
Contra la Independencia	250
Documento que hace prueba	254
Los pobres galeotes	259
Pío X testifica	263

La defensa

Espíritu de Libertad	269
Elementos de resistencia	272
La emancipación desde arriba	276
Un pequeño gran pueblo	279
Un pueblo y un hombre	283
Lecciones de los pequeños	288
La Masonería	292
La juventud	298
Fuerzas Obreras	302
Cooperación femenina	305
Las colonias	309

En marcha

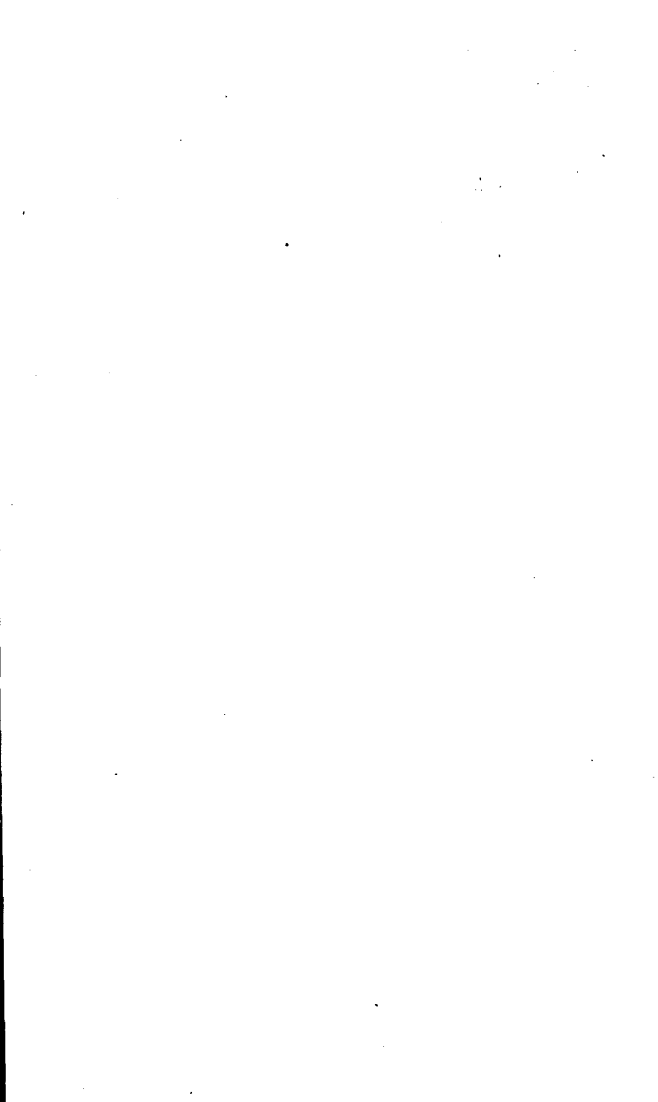
Necesidad de accion	319
Fuérzas que se exteriorizan	323
El problema de los problemas	327
Hacia la cumbre	331

NOTA

*A causa de una grave enfermedad sufrida por la Sr.^a Belén de Sárraga, y de la que aún se encuentra convalesciente, la obra **CHILE**, que debía aparecer en Enero de 1915, se publicará en Julio del mismo año.*

Composto e impresso nas Oficinas tipograficas de JOSÉ ASSIS & A. COELHO DIAS, Rua da Assunção, 18 a 24

* * * * * LISBOA * * * * *



EN PREPARACIÓN

DE LA VIDA ARTICULOS DOCTRINARIOS

ESCENAS VIVIENTES CUENTOS FILOSÓFICOS

CHILE SEGUNDO LIBRO DE LA SERIE
«A través de un Continente»





UNIVERSITY OF CHICAGO
37 181 792

BX
1426
.S3

1304548

Sarraga

El clericalismo en

America

L. L. Stanton

José L. Pérez

José L. Pérez

BX1426
.S3

1304548